

HARLEQUIN Deseo

A las órdenes del jefe

Jennifer Lewis

A las órdenes del jefe
Jennifer Lewis

El magnate del petróleo Elan Al Mansur nunca quiso que Sara Daly fuese su ayudante. Sabía que sus sinuosas curvas y su delicioso aroma le distraerían de lo que era más importante para él: los negocios. Pero una noche en el desierto, Elan cayó en la tentación de seducir a la mujer a la que había prometido no tocar jamás. Cuatro meses después, ella le dio la noticia de que estaba embarazada, y el duro hombre de negocios se dio cuenta de pronto de que no quería perderla...

Capítulo 1

—Quiero que se vaya.

La orden de Elan Al Mansur resonó en el oído de Sara cuando pulsó el intercomunicador. Debía de haber alguien en su despacho. Calló, temerosa de su nuevo jefe, aunque sólo llevaba allí unas horas.

—Pero, señor Al Mansur —Sara reconoció la voz de Jill Took, de Recursos Humanos—. Está licenciada en Empresariales, diplomada en Geología, escribió su tesis sobre los beneficios de las tecnologías mineras alternativas y sus referencias son excelentes.

Hablaban de ella.

Su dedo tembló sobre el botón, su cerebro le ordenaba colgar. Pero no lo hizo.

—¿No le dije que quería que mi asistente fuera una mujer madura? —su voz sonó casi como un gruñido.

—Sí, pero...

—¿Qué edad tiene la señorita Daly?

—Veinticinco años, pero parece muy madura...

—¡Veinticinco! —Sara oyó un resoplido de desdén—. Yo no llamo a eso madurez. Dejé muy claro que quiero que mi asistente sea una mujer con décadas de experiencia y, a ser posible, con canas.

Sara tomó aire, empezando a enojarse.

—Señor Al Mansur, me temo que no recibimos muchas solicitudes de personas mayores. Yo...

—¿La señorita Daly está casada?

—No, señor, no lo creo. Pero como sabe, ese tipo de información no es...

Sara apretó el teléfono contra el oído. Elan Al Mansur debía de haber silenciado a Jill con un gesto.

—Señorita Took... —el tono de su voz grave hizo que a Sara se le encogiera el estómago de miedo—. Soy un hombre ocupado. No tengo tiempo para los caprichos y tonterías de jovencitas alocadas. Ambos sabemos qué problemas ha habido en mi oficina últimamente. La señorita Daly debe marcharse.

—Pero señor Al Mansur...

—Es mi última palabra. ¿Señorita Daly?

Sara dio un bote en la silla al oír su nombre. Él también debía de haber pulsado el intercomunicador.

—Sí —casi gimió.

—Por favor, entre.

—Sí, señor —colgó el auricular. «Va a despedirme».

Oía un murmullo de voces al otro lado de la puerta de caoba, sin duda discutiendo los términos de su compensación. Había viajado desde Wisconsin, a miles de kilómetros, para incorporarse al trabajo en Placer, entre los picos y valles del desierto de nevada. Había gastado todo su dinero en la fianza del apartamento, su coche había dejado de funcionar… El horror de la situación se hizo patente.

Ese trabajo era la respuesta a todas sus oraciones. El elevado salario la ayudaría a pagar los cuantiosos créditos que había pedido para sus estudios universitarios y la enfermedad terminal de su madre. Había estudiado toda la carrera trabajando a tiempo completo; por fin tenía la oportunidad de desarrollarse profesionalmente y crearse una reputación como asistente ejecutiva y directora de proyectos en una de las empresas petroleras de crecimiento más rápido.

Iba a perderlo todo porque no tenía canas.

No era justo. Había trabajado duro durante mucho tiempo para que le negaran su oportunidad. «No, señor Al Mansur», pensó. No se iría sin luchar.

Se levantó de la silla, debatiéndose entre el miedo y la ira. Abrochó la chaqueta del conservador traje ejecutivo que había comprado para ese trabajo y fue a la puerta. Inspiró con fuerza y abrió.

—Pero es una cosita insignificante, estoy segura que no sería de las que… —la señorita Took calló y se sonrojó al ver entrar a Sara.

La mirada negra y aguda de su jefe la golpeó como un puñetazo en el estómago. Recostado en su sillón de cuero negro, la miró de arriba abajo.

Todo en él parecía diseñado para intimidar. Desde el espeso pelo negro y esculpidos rasgos al musculoso cuerpo embutido en un elegante traje negro, Elan Al Mansur rezumaba poder y peligro.

La protesta airada de Sara murió en su boca cuando él estrechó los ojos y frunció los labios. —Señorita Daly.

—Sí —la sorprendió que su voz sonara tan normal.

Él miró su rostro con desdén y alzó una ceja. La ira se desbordó en Sara. Sus músculos y nervios se tensaron como las cuerdas de una guitarra.

—Ha sido trasladada a un puesto en contabilidad —la miró a los ojos—. Su salario y beneficios no cambiarán. Se incorporará de inmediato.

Ella se había trasladado allí para ocupar un puesto de alta visibilidad como mano derecha del director ejecutivo. El departamento de contabilidad era un paso atrás, una bofetada.

—¿Por qué? —la pregunta se le escapó, sin más.

—Creemos que sus destrezas y su atención al detalle nos serán más útiles en… otros temas — dijo Jill Took, removiéndose en su silla.

Sara clavó los ojos en el hombre que quería echarla. Sin conocerla siquiera, la desdeñaba. Sabía que tenía todo que perder y nada que ganar poniéndolo en contra suya. «Sé cauta», se dijo.

Sus arrogantes rastros tenían una desconcertante belleza. Algunas mujeres lo encontrarían atractivo, pero para ella sólo era un jefe. Un hombre ordinario con un traje oscuro que tenía unos ojos tan intensos, que atravesaban carne y hueso.

—La compensaremos por la inconveniencia, señorita Daly.

—No quiero compensación —el enfado tiñó su voz—. Quiero este puesto. Estoy cualificada y trabajo bien. Seré la mejor asistente que haya tenido nunca, se lo prometo señor Al Mansur. No tendrá queja de mí.

Le costó creer estarle suplicando a un hombre que no la quería a su lado, pero no iba a dejar que le robasen una oportunidad profesional de tal magnitud.

—Eso no será posible, señorita Daly —su cara de póquer inflamó aún más la indignación de Sara.

—He oído la conversación dijo, sin considerar las consecuencias.

Tenía que poner todas las cartas sobre la mesa.

Él enarcó una ceja y una sombra oscureció su rostro. Parpadeó una vez y clavó sus fieros ojos en ella.

—Le oí decir que no soy lo bastante mayor para el puesto — Sara reunió fuerzas para defenderse.

—Eh, señorita Daly… —Jill Took se levantó, pero dejó de hablar cuando su jefe alzó la mano. —Señorita Daly, seré franco con usted —su voz sonó grave y relajada. Se recostó en el sillón, que volvió a chirriar, y cruzó los brazos. Sara no pudo evitar fijarse en lo fuertes que eran. —Estoy harto de jovencitas que vienen en busca de marido. No crea que me halaga ser el objeto de sus atenciones. A decir verdad, las encuentro patéticas.

Le lanzó una mirada por encima de su nariz aquilina. Su expresión de disgusto fue demoledora.

—Tengo un negocio que dirigir y no toleraré el comportamiento atolondrado de personas que tienen otras cosas en mente. Por esa razón, no volveré a aceptar mujeres jóvenes y solteras para este puesto —se inclinó hacia delante de nuevo, otro chirrido—. Eso es todo, señorita Daly.

Sara, exasperada, fue hacia el escritorio. Apoyó las yemas de los

dedos en la reluciente superficie de caoba y se inclinó hacia él. Captó su aroma, sutil y masculino, a jabón desodorante y cuerpo cálido.

Él se echó hacia atrás lentamente, escrutándola.

—Señor Al Mansur, puede que sea joven y soltera pero, créame, no tengo otro interés que desempeñar bien mi trabajo. Soy una asistente ejecutiva con experiencia.

«Y una cosita insignificante», pensó con ira. Alzó la barbilla y clavó la mirada en sus ojos oscuros.

—Esta es la clase de empresa de desarrollo rápido e ideas innovadoras para la que quiero trabajar. Ha alcanzado un crecimiento del diez por ciento durante los últimos cinco años. Es líder en la explotación de nuevas tecnologías de perforación y reducción de emisiones perjudiciales para el medio ambiente. Tomó aire y cuadró los hombros.

—Su empresa ha sido elogiada por crear un ambiente de trabajo amistoso y progresivo. Un elogio quizá inmerecido, considerando el trato que estoy recibiendo. Si me quita el puesto puede estar seguro de que lo demandaré por discriminación por edad.

Sus palabras reverberaron contra las paredes blancas y se apartó del escritorio. Cruzó los brazos sobre el pecho, imitando la postura de él. La asombraba y asustaba su declaración. No podía demandarlo cuando ni siquiera podía permitirse comprase un traje. Era un farol, pero no tenía mucho que perder.

Sólo el puesto en contabilidad, que iba unido al mismo cuantioso salario. Se recriminó internamente. Estaba jugándose mucho.

El rostro de él se tensó. Sus ojos negros ardieron con una intensidad que le provocó un escalofrío. Si las miradas mataran... la que le estaba dedicando en ese momento parecía estar drenando su energía.

—Usted... —la palabra sonó tan baja, que apenas entraba en la frecuencia audible por el ser humano. Se levantó del sillón con un movimiento fluido—. Usted... —la ira era obvia en su voz y en sus ojos. Puso una enorme mano en el escritorio, entre montones de papeles y carpetas—. ¿Usted... me demandará?

—No es justo. No me ha dado una oportunidad. Me está despidiendo por algo ajeno a mí — Sonó serena y racional, aunque estaba lejos de sentirse así—. Déjeme demostrar que puedo hacer el trabajo. Si no queda satisfecho, puede transferirme o despedirme, no me quejaré.

Él la miró un momento, con el ceño fruncido. Se estiró y miró a Jill Took. Después enarcó una ceja y miró a Sara.

—De acuerdo, señorita Daly. Tiene un mes.

Ella sintió un alivio glorioso.

—Un mes para demostrar que puede concentrarse en sus obligaciones.

—No lo decepcionaré, señor —resistió el impulso de añadir un saludo militar.

Él rodeó el escritorio, y a ella se le tensaron los hombros de ansiedad. Se obligó a mantenerse erguida y firme. Aceptó la mano que le ofreció y le dio un apretón que esperaba fuera firme y autoritario. La mano de él, grande y cálida, sólo la tocó un instante.

Y ella comprendió la magnitud del reto que tenía ante sí.

Un estremecimiento invisible sacudió su cuerpo al tocar su piel. La mirada oscura parecía penetrar hasta el fondo de su alma. Todo en ella se erizó al comprender la peligrosa fuerza masculina que era él.

Cuando apartó la mano notó un cosquilleo y un súbito calor en todo el cuerpo. Si no hubiera sido por el grueso tejido de su traje chaqueta nuevo, sus pezones erectos habrían sido claramente visibles.

«¿Qué diablos?», se preguntó. Debía de ser química. Sara dio un paso atrás, temiendo esas extrañas sensaciones. No entendía que un hombre al que no conocía y que no le gustaba, tuviera ese efecto en ella.

Carraspeó, desesperada por recuperar el control de su cuerpo y de su mente y demostrar la profesionalidad que había prometido.

—¿Eso es todo, señor? —sonó como un personaje de película a quien le faltara el guión. Necesitaba salir de allí. Cuanto antes.

Su jefe se había dado la vuelta para rebuscar entre el lío de papeles que cubría el escritorio.

—Hum —gruñó, sin alzar la vista. Movió la cabeza, despidiendo a las mujeres—. Gracias.

Jill Took se levantó de la silla y casi corrió hacia la puerta. Sara la siguió como un conejito asustado.

En el espacioso anexo donde se encontraba el escritorio de Sara, Jill se volvió hacia ella.

—Sara, lo que decía cuando entraste, que eras una cosita insignificante… —se sonrojó—. Sólo era para intentar que el señor Al Mansur cambiara de opinión.

—Claro —Sara asintió con vigor, preguntándose por qué Jill estaba tan arrebolada si no mentía—. Te agradezco que me defendieras. No te haré quedar mal.

—Ya sé que no. Yo te contraté, ¿recuerdas?

Sara soltó una risita, para disipar algo de tensión.

—En realidad no es tan malo —Jill bajó la voz—. Es sólo que, la verdad, tiene razón. Yo contraté a sus dos últimas asistentes. Parecían empleadas capaces, cualificadas y eficientes, pero... no sé cómo explicarlo. Se embobaron por él —abrió los ojos con gesto cómico.

Sara parpadeó y tragó saliva. Acababa de sufrir un ramalazo de embobamiento y aún estaba mareada.

—Es un hombre guapo y eso... —siguió Jill—. Pero tiene un extraño efecto en las mujeres, que las lleva a lanzarse a sus pies de forma vergonzosa. Supe que tú no serías de esa clase.

«Dado que eres una cosita insignificante». Las palabras no pronunciadas flotaron en el aire. Sara se encogió ante la rubia de treinta y tantos años, impecablemente vestida. Por lo visto Jill era inmune a la extraña maldición de ser irresistible que pesaba sobre la cabeza del pobre Elan. Se sintió humillada.

—En absoluto —consiguió decir—. Necesito este trabajo y pienso mantenerlo.

—Lo harás muy bien —Jill le dio un suave apretón de ánimo en el brazo.

—Puedes apostar a que sí —afirmó Sara, resuelta.

***

Así que pretendía demandarlo por discriminación por edad. Eso era nuevo. Era obvio que ella no sabía mucho de leyes, pero lo molestaba que lo hubiera acusado de prejuicio.

No tenía nada en contra de las empleadas femeninas. Incluso las contrataría para los yacimientos petrolíferos, si quisieran el trabajo.

Pero no quería saber nada de jovencitas llorosas que se pegaban a su escritorio y agitaban las pestañas cuando tomaba el café. Lo agotaban con sus intrigas y coqueteos. Y ninguna sabía hacer un café decente. Era flojo, igual que ellas. Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Sara entró con un informe que le había pedido que preparara y lo dejó sobre el escritorio.

—¿Necesita algo? —su voz resonó como una campana. Esperó en silencio. Un mechón de pelo rubio se había salido del moño y flotaba junto a su barbilla, que lucía alta y desafiante.

—Me iría bien una taza de café —él ladeó la cabeza.

—No sé hacer café —lo miró con una actitud casi insolente.

A él lo asombró su negativa.

—Sospecho que tiene aptitud para aprender —dijo—. Pero da igual. Demasiada cafeína altera los nervios.

Vio que en sus labios jugueteaba un atisbo de sonrisa, pero ello lo controló y mantuvo su expresión pétrea. Él tuvo que admitir que le gustaba su actitud.

Ella se inclinó para poner la tapa a un bolígrafo que había sobre el escritorio. El mechón de pelo suelto colgó sobre sus ojos y lo apartó con una mano. Mientras se lo ponía tras la oreja, lo miró y sus ojos se encontraron en un reto mutuo.

De repente pareció que hacía calor en el despacho.

Ella se dio la vuelta y se marchó sin decir más. Buena señal. No lo marearía con charlas inútiles.

Le daría la oportunidad que había pedido. Exigido, en realidad. Había visto el fuego que brillaba en sus ojos. Eran color jade claro, con motas doradas, y enmarcados por pestañas pálidas que se habían agitado con ira al mirarlo.

«Una cosita insignificante». Una extraña descripción. Lo divertía que a veces la gente definiera la belleza por su obviedad. Para él la verdadera belleza era una cualidad que brillaba desde el interior, que iluminaba y fortalecía, como el sol al salir tras las montañas.

Una fuerza que podía ser peligrosa para quien la contemplaba.

Pero la belleza serena de Sara no tenía efecto en él. En Estados Unidos se había acostumbrado a disfrutar de los atributos femeninos más obvios. Coches rápidos, mujeres ligeras y la comodidad y tranquilidad de estar solo en su cama al final del día.

Ni ataduras, ni responsabilidades ni compromisos. Algo que extrañaría o incluso horrorizaría a la gente que había dejado en Omán.

Pero en Estados Unidos tenía todo lo necesario, incluida la libertad de no doblegarse a tradiciones que no tenían cabida en el mundo moderno.

Sara pasó gran parte de la tarde organizando los archivos de su escritorio. El sistema utilizado por su predecesora era desconcertante. Pero por lo visto no había pasado mucho tiempo allí. Ni las dos anteriores. Se preguntó si todas habían sido víctimas del peligroso encanto de un jefe que sólo quería una asistente eficaz.

Alisó la última etiqueta recién impresa de sus reorganizadas carpetas colgantes y cerró el cajón.

Su jefe salió del despacho y pasó junto a su mesa sin decir palabra ni mirarla. Cruzó el suelo con el paso ágil de un depredador. Cuando se cerró la puerta que daba al vestíbulo de ascensores, Sara pensó que Elan mismo debía ser la razón de que el salario fuera tan alto. Era obvio que trabajaba duro y esperaba lo mismo de sus empleados.

Ella lo haría.

Se sintió algo incómoda entrando a su despacho sin estar él, pero no se lo había prohibido. Pensaba organizarlo de manera que no tuviera más remedio que preguntarse cómo había sobrevivido sin ella.

No había cuadros, adornos o fotografías. Era obvio que para Elan todo era trabajo.

Había creído necesario establecer que no sería su camarera, pero quería demostrarle que haría cuanto estuviera en su mano para facilitarle el día. Con eficacia, clasificó y reorganizó los montones de papeles del escritorio, etiquetándolos con notas adhesivas si requerían atención. Afiló sus lápices, probó los bolígrafos y tiró los que no escribían.

Había buscado una lata de aceite lubricante para eliminar el irritante chirrido que emitía la silla de su jefe. Estaba a gatas bajo el sillón cuando se abrió la puerta.

—¿Qué diablos...? —resonó la voz grave de su jefe. Ella vio dos relucientes zapatos negros. Con aprensión, obedeció al instinto de ponerse en pie.

—¡Ay! —se golpeó la cabeza con el sillón.

Los zapatos dieron un paso, y Sara tragó saliva. Consiguió salir de debajo de sillón y se puso en pie con tanta dignidad como le permitió su falda.

Los últimos rayos de sol que entraban por la pared de ventanas la hicieron parpadear. Al igual que ver a Elan, enorme, silueteado en el umbral. Tenía la chaqueta desabrochada y se había aflojado la corbata.

Sus duras facciones tenían un brillo metálico bajo la luz cobriza del ocaso. Con el ceño fruncido, miró la reluciente superficie caoba que antes había estado cubierta de papeles, luego a ella y a la lata que tenía en la mano.

—¿Qué está haciendo?

—La silla chirriaba.

Él alzó una ceja negra.

—¿No lo había notado? Me estaba volviendo loca. A ver si ya está —se dejó caer en el enorme sillón de cuero y la alegró no oír nada—. Solucionado.

—¿Qué le ha hecho a mi escritorio? —preguntó él, sin mover un músculo.

—He clasificado los papeles por categorías. No he tirado nada, pero creo que el montón de la izquierda puede ir a la papelera.

—¿Cómo podría saber lo bastante de mi trabajo para organizar mis papeles el primer día? —su rostro se oscureció y la miró con suspicacia.

—Instinto.
—Por favor, levántese de mi silla —enunció él lentamente, como si intentara comunicarse con alguien que desconociera el lenguaje.
Ella se levantó de un salto. Estaba tan transfigurada mirándolo, que había olvidado que estaba ocupando su trono personal.
—¿Qué le ha hecho pensar que podía entrar en mi despacho y tocar mis cosas sin permiso?
—Considero que mantener su escritorio organizado es una de mis responsabilidades —dijo ella, intentando recobrar su actitud profesional.
—¿Cómo puedo saber que no estaba poniendo un micrófono ahí?
—¿Un micrófono?
—Para grabar mis conversaciones.
—¿Dice algo que merezca la pena grabar? —exclamó, indignada. Se arrepintió de inmediato. Elan clavó los ojos en ella, digiriendo su insolencia.
—Para mis rivales de la competencia, sí —cruzó la habitación, se agachó y metió la mano bajo el asiento del sillón.

Sara miró la franja de piel bronceada que había entre el almidonado cuello blanco de la camisa y el cabello negro de su nuca. Sus pequeñas y delicadas orejas no encajaban con el enorme y fuerte cuerpo.
Él se arrodilló y estiró un brazo bajo el escritorio. Los músculos de su espalda, visibles incluso bajo el tejido oscuro, capturaron la atención de Sara, que tardó unos segundos en comprender que buscaba dispositivos electrónicos.
La sospecha la airó. Nunca la habían acusado de actividades criminales, y la desconfianza no le gustaba. Había trabajado desde los catorce años y siempre había contado con la admiración de sus jefes.
Elan se inclinó más. La chaqueta se levantó, revelando la curva de su trasero. Tenía un cuerpo digno de un atleta. Ella dio un paso atrás, una oleada de calor hizo que se sintiera incómoda dentro del traje.
Él salió lentamente de debajo del escritorio mientras Sara intentaba mirar cualquier cosa que no fuera su musculoso trasero. Elan se puso en pie.
—¿Sigue pensando que soy una espía? —ladeó la cabeza, retándolo a explicar su acusación.
—Antes trabajaba para una empresa electrónica, ¿no? —se pasó una mano por el cabello.

—Sí. Electrónica Bates. Trabajé allí dos años. No están relacionados con la industria petrolera ni con el espionaje industrial. No soy una espía.

—¿No podía haber comunicado a mantenimiento que el sillón chirriaba?

—Claro, pero entre llamarlo, explicar el problema y demostrado el chirrido, habría tardado más. No hace falta un experto para pulverizar lubricante.

Él la miró. La palabra «lubricante» flotó en el aire. Una palabra inocente que hizo que la mente de Sara se disparara en direcciones prohibidas. Recordó su advertencia de que no coqueteara con él. Pensó en probar su sentido del humor preguntándole si podía despedirla por decir «lubricante» en su presencia.

Por suerte, se contuvo clavándose las uñas en las palmas de las manos. No tenía sentido provocar ni irritar a su nuevo jefe. Pero sentía un impulso casi irresistible de ver qué había bajo la pulida y pétrea fachada que Elan Al Mansur mostraba al mundo.

Él se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo del sillón. Desabrochó los gemelos, los dejó en el escritorio y se arremangó. Tenía los antebrazos morenos, musculosos y salpicados de vello negro.

Ella se los imaginó rodeando su cintura. Dio un paso atrás y se alisó el traje con la mano, intentando librarse de la extraña reacción física que la asaltaba. Sospechó que estaba ruborizada, mientras intentaba desviar la vista. «¡Un brazo, por Dios santo! ¿Qué me está ocurriendo?», se preguntó.

El reloj que llevaba puesto debía costar más que el último tratamiento de quimioterapia de su madre. Elan Al Mansur sólo quería lo mejor de lo mejor.

—¿No tienes trabajo que hacer, Sara? —alzó la vista y la miró con los ojos entrecerrados.

—No estaba segura de si necesitaba algo.

—Si necesito algo, te lo haré saber —puso un dedo sobre un documento—. Entretanto, espero que te entretengas tú sola.

Él había notado sus ojos estudiándolo, evaluándolo. Disfrutando. La humillación le atenazó el estómago. Se dio la vuelta, sonrojándose aún más.

—¿Quiere que cambie el agua del jarrón de rosas? —dijo ella, pensando que serían de una admiradora.

—No. Puedes llevártelas a casa. No me gustan las flores.

—No puedo llevarlas a casa, vengo a trabajar en bicicleta. Las pondré en mi escritorio. Alegrarán el ambiente. Gracias —enterró el rostro en las flores amarillas. El suave aroma la relajó—. Son

preciosas.

—No para mí. Estarán muertas en un par de días. No quiero verlas morir.

—Yo disfrutaré de su canto del cisne. Si no necesita nada más, me marcharé a casa.

—Bien —dio él tras echar una ojeada a su caro reloj—. Volvió a concentrarse en sus papeles. Ella levantó el jarrón y fue hacia la puerta.

—Buenas noches —se despidió desde el umbral.

—¿Vienes a trabajar en bicicleta?

—Sí —contestó, esperando su desaprobación.

—Entiendo —la miró un segundo, con expresión inescrutable. Luego volvió a sus papeles.

Sara salió y suspiró con alivio cuando la puerta se cerró a su espalda.

Elan se levantó y fue hacia el ventanal que daba al aparcamiento, el desierto y las lejanas montañas.

El sol casi se había puesto. Muchos empleados se habían ido ya. Los demás estaban cruzando el aparcamiento, subiendo a sus coches y saliendo por las verjas en orden, como hormigas.

Una figura solitaria se apartó de la procesión de coches, zigzagueando en una bicicleta. Sara. Se había quitado el traje beige. No se podía montar en bicicleta con una falda estrecha. En realidad, no estrecha, sino con forma, que acariciaba la curva de sus caderas, como recordaba bien.

Llevaba pantalones cortos, elásticos. Parpadeó y tragó saliva. Tenía piernas esbeltas y musculosas. Observó cómo cruzaba hacia la salida en diagonal, evitando la larga fila de coches. Se alzó sobre el sillín, levantando el trasero.

Elan tosió y se dio la vuelta. Sintió una oleada de calor, que lo sorprendió. Tenía el pulso acelerado. Se apartó de la ventana y se desabrochó otro botón de la camisa, pensando en las caderas de Sara.

No era ninguna cosita insignificante. Simplemente utilizaba sus encantos femeninos de manera más calculada que las chicas de minifalda y tacones.

Pero ya estaba viendo que era igual que las otras.

Capítulo Dos

—Puedes llamarme Elan

El runrún de su voz hizo eco en una parte de su anatomía que desconocía. Tragó con fuerza.

—De acuerdo, Elan —decir su nombre le dio cierta sensación de intimidad.

Una intimidad que era un regalo precioso, una recompensa por su primera y exitosa semana en el trabajo. Sabía que él estaba satisfecho de su labor. Dos veces la había enviado a reuniones en su lugar e incluso le había permitido negociar un contrato con un proveedor de conductos.

Había tenido la esperanza de que la atracción de sus encantos femeninos se disipara con el tiempo y la exposición. Por desgracia, no había ocurrido aún.

—Sara, éste es mi discurso para la conferencia. Por favor, edítalo y dame tu opinión —le entregó unas hojas escritas a mano.

Hasta su caligrafía era sexy. De su pluma de oro puro fluía una letra fuerte, rotunda y negra.

—Muy bien —aceptó los papeles y se obligó a no perderse en su seductor y musculoso cuello cuando inclinó la cabeza sobre los contratos que le dio ella.

Elan se entregaba a su trabajo con la intensidad de un atleta de competición. Al final del día parecía tan tenso, que ella anhelaba masajear sus hombros y oírlo suspirar con alivio mientras sus dedos aflojaban los nudos bajo su piel. Anhelaba enredar los dedos en su espeso cabello negro.

Luchaba contra esa locura. Un enamoramiento de colegiala que minaba su competencia. No podía salir nada bueno de suspirar por un hombre que había dejado claro que odiaba eso en sus empleadas. El hombre que tenía la llave de su futuro en las manos.

Manos anchas y capaces que la embrujaban.

—Puedes leer el discurso aquí, si quieres. Así no te molestará el teléfono —señaló una silla de cuero color ciruela que había en una esquina.

—Fantástico, gracias —otro honor que seguramente no merecía. Se acomodó en la silla y levantó las hojas, para no distraerse mirando a su jefe.

Cuanto más trabajaban juntos, más deseaba tocarlo. La electricidad chisporroteaba en el aire

Cuando se acercaba a centímetros de él. Pero esa diminuta

distancia era un abismo insalvable que se la tragaría si cometía la tontería de actuar. No podía arriesgarse. Y no sólo por el dinero que tanto necesitaba, Elan le estaba dando la oportunidad de demostrar su valía en el mundo de los negocios, de una profesión que sería la base de una vida segura.

Nunca tendría que depender de un hombre que la mantuviera. No sufriría como había sufrido su madre, atrapada en un matrimonio sin amor porque tenía demasiadas bocas hambrientas que alimentar.

Pero algo en la curva del pómulo de Elan le hacía desear mordisquearlo. Algo en su oreja la llamaba a trazar su delicada curva y lamer el tierno lóbulo. Algo en su boca la incitaba a entreabrir sus labios con la lengua e introducirse en su interior.

—¿Qué estás mirando?

Ella dio un bote en el asiento. Parpadeó, cubriendo sus pupilas dilatadas por la lujuria. La había pillado mirándolo por encima de los papeles, con el deseo escrito en el rostro.

—Disculpa, estaba pensando.

—Eso ya lo veo —se recostó en el asiento, estrechó los ojos y una sombra de sonrisa curvó sus labios.

Él sabía que lo deseaba. Igual que las demás. Intentó aguantar su mirada fija sin encogerse. Él alzó una mano, extendió un dedo y se lo llevó a los labios. Un gesto deliberado, pensativo e increíblemente sensual. Sara sintió una oleada de calor, placentera e incómoda a un tiempo.

Notaba que el traje oprimía su cuerpo, que deseaba ser libre y dar rienda suelta a los alocados impulsos que sentía. Llamaron a la puerta y, sobresaltada, se puso en pie de golpe, dejando caer el discurso de Elan en la silla.

—Estás nerviosa —murmuró él.

—Adelante —dijo ella, intentado recuperar el aura de eficiencia del que tan orgullosa había estado.

—Tengo las muestras que pidió del yacimiento Davis —dijo Dora, sus labios color coral esbozaron una sonrisa educada. Era la cotilla de la oficina y disfrutaba contándole a Sara detalles de la caída de sus antecesoras. Traía una cesta de metal con viales de una sustancia negra.

—Yo me ocuparé —Sara agarró la pesada cesta y miró a Elan.

—Ponla en el escritorio.

—Gracias, Dora —Elan la despidió con un ademán. Ella salió con una sonrisa irónica que llevó a Sara a preguntarse si Dora le había leído la mente. Si sabía que la tentaba el mismo camino de autodestrucción que había acabado con muchas mujeres antes de ella.

—¿Sabes qué es esto? —Elan alzó un vial y lo movió. El líquido negro y viscoso se pegó a las paredes de cristal.

—¿Petróleo?

—Sí. La razón por la que estamos aquí —observó como el líquido se asentaba de nuevo—. Oro negro.

Él quitó la tapa y se llevó el vial a la nariz. Lo olió un momento y gruñó con satisfacción.

—Nunca me canso de su olor —se levantó y fue hacia ella —. ¿Has manejado crudo alguna vez?

—No, la verdad —su proximidad le provocó un cosquilleo en las palmas de las manos.

—Huele —Elan metió un dedo en el líquido y lo acercó a su rostro. El fuerte olor asaltó sus sentidos, era casi embriagador, y arrugó la nariz.

Elan se llevó el dedo a su propia nariz. Dejándose llevar por un impulso, ella empujó su dedo, y él se manchó el labio superior. ¡Lo había tocado! Horrorizada, retiró la mano. Él la miró, atónito.

—Pareces Charlie Chaplin —el amasijo de emociones que sentía se convirtió en una risa burbujeante.

—¿Quizá a su famosa caracterización, el Gran Dictador? —sus ojos se habían estrechado, pero luego chispearon con humor. Parecía a punto de sonreír.

—Eres un dictador benévolo —le dirigió un saludo burlón y, lentamente, una sonrisa iluminó el rostro de Elan, como el sol al levantarse en el horizonte.

—Considero eso un cumplido —la sensual curva de sus labios mostró dientes perfectos y blancos. Sus ojos chispearon divertidos, estudiándola.

La calidez de su sonrisa y la intensidad de su mirada casi pudieron con la cordura de Sara.

—Te limpiaré —dijo.

Sacó un pañuelo de papel de la caja que había en el escritorio y lo alzó para limpiar la mancha negra. Las yemas de sus dedos rozaron su mejilla mientras oprimía el papel contra su boca. Estuvo a punto de cerrar los ojos de éxtasis al cumplir su fantasía de tocarlo. Se mordió el labio con fuerza, para apartar de sí las sensaciones físicas que recorrían su cuerpo.

Él la observó con curiosidad mientras lo limpiaba. No era tarea fácil. Un carraspeo deliberado llamó la atención de ambos; Dora traía una segunda bandeja de muestras. Su rostro se contrajo con una expresión divertida que controló con esfuerzo. Sara se dio cuenta de que podía parecer que estaba limpiando carmín de los labios de su jefe.

Se guardó el pañuelo en el bolsillo y agarró la segunda bandeja

casi esperaba que Elan dejara claro que no había ocurrido nada. Pero él se limitó a quedarse de pie en el centro de la habitación, retando a su empleada a que interpretara la situación.

—Gracias, Dora —dijo Sara, reorganizando los papeles del escritorio para hacer sitio a la bandeja La mujer asintió y salió, con los labios apretados. La puerta se cerró a su espalda, y Sara miró a Elan.

—Cree que nos estábamos besando —dijo él, con una sonrisa burlona en los ojos. Ella se estremeció. Estaba peligrosamente cerca del abismo.

—No hay peligro de eso —dijo rápidamente—. ¿Quieres un pañuelo para limpiarte el dedo? Ella sacó el pañuelo, iba a dárselo, pero él estiró el dedo y la retó con la mirada.

Envolvió el pañuelo alrededor de su dedo y su muñeca con la otra mano, para mantenerla firme. Una peligrosa corriente eléctrica recorrió su brazo.

Frotó el dedo hasta que estuvo limpio, pero le costaba soltarlo. Tocar a Elan era delicioso y quería prolongar la sensación. Se dijo que estaba jugando con fuego. Los líquidos y las emociones inflamables no eran una buena combinación.

Apartó las manos y tiró el pañuelo a la papelera. Elan, en silencio, la observaba con una extraña expresión en sus ojos negros.

—Leeré el discurso en mi escritorio —le dijo, recogiendo los papeles de la silla. Él asintió, y ella salió con el corazón y la mente hechos un torbellino.

Desear a Elan era tabú. Tocarlo estaba prohibido. Era inasequible. Habían hecho un claro contrato verbal. Sin embargo, le resultaba muy fácil imaginar su cálido aliento en el cuello y la presión de sus manos en la curva de su cintura.

Quería escalar en su profesión y asumir más responsabilidades. Pero también quería a Elan.

Eran dos impulsos contradictorios, que se cancelaban el uno al otro. Dejarse llevar por lo que sentía hacia su jefe acabaría con su carrera en la empresa. Había quedado muy claro en su primer día de trabajo.

Seguía a prueba. Durante tres semanas más.

—¿Qué diablos es esto? —Elan la miró con una ceja enarcada, observando el bulto de cuero negro que había en su sillón.

—Un cojín de apoyo lumbar. Para mantener la espalda en la posición correcta. He notado que estirabas mucho la columna y he pensado que te ayudaría a mantenerla derecha.

«Además, no puedo verte estirarte y flexionarte una vez más sin perder el último rastro de cordura».

—Hum —estiró la mano y tocó el bulto dubitativo, como si tuviera vida propia.

—Está a prueba. Lo devolveré si no te gusta. Aún no he pasado el gasto a administración —se dio la vuelta y llevó la regadera a la hilera de plantas verde oscuro que había comprado para suavizar la austeridad del despacho.

No había esperado que le encantara. Sus pequeños detalles sólo provocaban sorpresa y confusión en Elan, aunque él lo disimulaba muy bien.

Ella se dijo que quizá se estaba esforzando demasiado. Había pasado medio sábado buscando utensilios destinados a aliviar el estrés del ejecutivo. Tenía algunas ideas más, pero no quería excederse.

Al oírlo sentarse, se dio la vuelta. La molestó su patético deseo de verlo sonreír. Él afrontaba cada día con tanta seriedad y determinación, que provocaba en ella un instinto irracional de hacer o decir algo inapropiado que resquebrajase su pétrea máscara.

No era nada inteligente. No estaba allí para eso.

Lo vio sentado con expresión de incomodidad, las cejas arqueadas y la mirada clavada en sus pies.

—Perdona, los zapatos me estaban matando. Iré a ponérmelos —se disculpó.

—No hace falta —Elan se aclaró la garganta—. Es el final de la jornada y sólo quedamos tú yo. Puedes ir como quieras.

—Gracias —se recriminó mentalmente por dar un sentido sugerente a las palabras más inocentes cuando salían de la sensual y ancha boca de Elan. Forzó una sonrisa educada.

Él se removió en el sillón, incómodo.

—¿Lo odias, no?

—No lo odio, simplemente no estoy acostumbrado —cuadró los anchos hombros contra el sillón.

Sara volvió a concentrarse en las plantas, echando agua sobre la gravilla decorativa que cubría la tierra. Las relucientes hojas daban vida a la habitación. Casi parecía alegre, sobre todo desde que lo había convencido para dejarle colgar un par de cuadros abstractos que antes languidecían en la sala de reuniones.

—¿Sara?

—¿Sí? —como siempre, oír su nombre dicho por esa voz profunda la dejó sin aliento. Siguió regando.

—No es tu obligación regar las plantas de mi despacho o hacer que mi sillón sea más cómodo —su voz sonó rara, y Sara alzó el rostro.

—Lo sé, pero… —no supo qué decir.

—Igual que no espero que me hagas el café, no espero que te ocupes de esas trivialidades. Es tarde y tienes una casa a la que regresar.

Ella sintió un pinchazo de dolor por su rechazo. Pero era culpa suya. Él no le había pedido esas cosas.

—Lo siento. Supongo que te molesto con… esto —señaló la habitación, con sus cuadros, plantas y la cafetera nueva, especial para el fuerte café que a él le gustaba. Sin duda, se estaba excediendo.

—Al contrario. Has hecho que el despacho sea muy agradable —dijo él con voz queda y cauta.

—La verdad es que me gusta, ya sabes, alegrar el ambiente —apretó la regadera contra el pecho—. Me sobra tiempo libre. No estoy acostumbrada a estar sola. En casa somos muchos, cuatro hermanas y tres hermanos —las palabras salieron a borbotones—. Mi madre estuvo enferma mucho tiempo, y yo me ocupaba de ella. Estoy acostumbrada a cuidar de cosas y de personas; no a estar sola en casa, yo…

«Cállate, Sara», se ordenó.

No tenía sentido decirle lo patéticamente sola que se encontraba. No era problema de él. Había sido ella quien tomó la decisión de trasladarse, cocinar para uno y hablar consigo misma en la cocina o cambiar los muebles de sitio para distraerse.

«A acosar a tu jefe con tu inconveniente instinto protector», se sonrojó al comprender lo que había estado haciendo.

—Aprecio el esfuerzo que has hecho —murmuró Elan, inmóvil—. Es un don comprender las necesidades de los demás sin que las expresen —una expresión de reserva ensombreció sus duros rasgos—. Tu consideración complementa tu excelente trabajo.

Ella parpadeó y se mordió el labio, sintiendo una ráfaga de emoción. Su seriedad y gravedad unidas a un cumplido tan grande, el primero que le hacía, casi la desbordó. Sintió ganas de reír y llorar.

—Gracias —consiguió decir.

Elan se dio la vuelta y empezó a rebuscar entre papeles. Carraspeó y se aflojó la corbata con un dedo.

—Buenas noches —dijo ella, yendo hacia la puerta.

—Buenas noches, Sara —sus palabras apagadas, como si aún sintiera la corbata demasiado apretada, resonaron en la mente de Sara hasta que llegó a casa.

***

Elan se recostó en la silla, contemplando a Sara dar un informe de ventas a unos potenciales clientes canadienses. El mes de prueba

había concluido y había demostrado sin sombra de duda que era más que merecedora de su puesto de trabajo.

—Como he demostrado, nuestra tecnología reduce el sedimento del crudo por debajo del nivel requerido. Nuestras avanzadas técnicas permiten una explotación productiva de yacimientos anteriormente no rentables. Ofrecemos un paquete completo de servicios, desde la perforación al refinado, que permiten a nuestros clientes beneficiarse de tecnología de vanguardia sin invertir en una infraestructura propia.

Lo impresionaban su mente aguda y su talento para realizar un análisis incisivo. Contrataban con la parte cálida y suave de ella que lo pillaba desprevenido con sus detalles. Para ser tan joven, era inusualmente lúcida, y su inteligencia iba acompañada de una naturaleza compasiva que lo asombraba. y también estaban sus destellos de humor...

El sol que entraba por la ventana daba un tono dorado a sus delicados rasgos y reflejos a su cabello. Se preguntó cómo sería de suave ese pelo bajo sus manos, mientras echaba su cabeza hacia atrás para reclamar su boca con un beso.

«Ni lo pienses», se dijo. Nunca tendría una relación con una empleada. Sería un abuso inexcusable de autoridad. Nunca había besado a una de sus asistentes. Y no porque no lo hubieran intentado. Una mujer que se lanzaba sobre un hombre en un entorno profesional nunca tendría su respeto ni su afecto.

No entendía por qué las atraía tanto. No tenía un rostro bello y su cuerpo era recio y grande por su trabajo con los caballos, no del tipo elegante que suponía que preferían las mujeres.

Por supuesto, estaba su dinero. Siempre había sido rico, incluso antes de comprar una pequeña empresa de perforación y convertirla en una corporación de servicios petroleros de éxito. El petróleo había enriquecido a su familia y a su país antes de que él naciera. ¿Sería eso lo irresistible para las mujeres?

Daba igual. Las antecesoras de Sara habían abandonado la empresa voluntariamente, irritadas por la baja opinión que tenía de ellas.

Pero ninguna había tenido su talento. Ella ya estaba asumiendo responsabilidades que estaban muy por encima de su cargo. Era muy valiosa y haría cuanto estuviera en su mano para no perderla.

A la mañana siguiente iba a volar con él a un yacimiento. El viaje ampliaría su comprensión del trabajo y la prepararía para asumir retos mayores.

El objeto de sus pensamientos cruzó la sala de reuniones hasta la pizarra blanca y empezó a escribir una fórmula que le había pedido un cliente. Él miró sus caderas y la curva de su trasero, que se

movía bajo el traje al escribir.

Sintió que los pantalones le oprimían. Quizá debería enviarle a su sastre nuevas medidas. Se removió en la silla y tironeó de su corbata, que parecía estar cortándole la respiración

A Sara se le cayó un rotulador. Cuando se inclinó para recogerlo, la falda se tensó sobre sus nalgas. Elan se echó hacia delante, sintiendo que un relámpago de sensaciones lo recorría de arriba abajo.

Bajó la cabeza y escribió unas notas mientras intentaba recuperar el control de su cuerpo.

Su traje era demasiado revelador. Era indecente y poco digno exhibir el físico en un entorno de trabajo. Tendría que pedirle a Jill Took, de recursos humanos, que hablara con ella del tema.

Alzó la cabeza lentamente mientras Sara explicaba los cálculos que requería una fase del proceso de refinamiento. Estudió el ofensivo traje con ojos críticos y se avergonzó al comprobar que era intachable. No era ajustado. La falda llegaba por debajo de las rodillas.

Era modesto en corte y color.

El problema estaba dentro del traje. Y en él.

Capítulo Tres

—Setenta y dos elefantes se balanceaban sobre la tela de una... —se le cascó la voz, el terror la atenazaba.

—Has sobrevivido. Sara, abre los ojos —la voz de Elan penetró en su subconsciente.

—Oh, Dios —todo su cuerpo estaba rígido y apretaba los párpados intentando borrar la realidad.

—Estamos encima de las nubes. No hay peligro.

Ella abrió los ojos y la brillante luz que entraba por las ventanas ovaladas casi la cegó. Silueteado contra la luz vio el preocupado rostro de Elan.

Estaba aferrada a sus dos manos, pero no podía soltarlas. El deseo no tenía nada que ver. La dominaba el terror.

—Ves, no es tan malo. El avión apenas se mueve y ni siquiera se ve el suelo desde aquí.

—Oh, Dios —pensar que estaba a kilómetros de tierra hizo que se le contrajera el estómago.

—¿Vas a vomitar?

—No creo —dijo ella. *«Dios, no dejes que vomite».*

—Bien.

—Siento ser tan... —¿cobarde? ¿Débil? ¿Inútil?

—No te disculpes, Sara. A mucha gente le da miedo volar —dio un apretón tranquilizador a sus manos.

Ella inspiró con fuerza. Estaban en el aire. Dios.

—¿Nunca has volado antes?

—No —respondió. La tierna mirada de preocupación de él creó un nudo de emoción en su garganta.

—Creía que los americanos volaban a todos sitios.

—Algunos, supongo. Yo no —le costaba creer que estaban por encima de las nubes. Pensarlo le provocó otra oleada de terror y ansiedad.

Elan liberó una de sus manos. Mientras Sara se estremecía de miedo, se desabrochó el cinturón de seguridad y colocó un brazo sobre su hombro.

La calidez del fuerte brazo la tranquilizó y se recostó en él. Tomó aire de nuevo. Tal vez sobreviviría.

—¿Tu familia no volaba en vacaciones?

—No, apenas salíamos de la ciudad —soltó una risa nerviosa—. La situación financiera de mi familia no daba para lujos.

—¿Era mala?

—Pésima.

—Ah —él frunció los labios mientras consideraba la información. Supuso que eso no haría que pensara peor de ella. Obviamente la culpa no era suya, pero no volvería a ser pobre si podía evitarlo.

—Pero eres de Wisconsin, ¿no? ¿Cómo viniste a Nevada?

—Por carretera.

—¿En bicicleta? —él alzó las cejas.

Sara volvió a reír. Eso, y sentir su brazo confortándola, le relajó los nervios.

—No, conduje mi viejo coche. Dejó de funcionar en cuanto llegué aquí. Por eso ahora voy en bicicleta.

—Me alivia oírlo —sonrió él—. Pero comprarás otro coche, ¿no?

—Antes o después —lo haría cuando pagara su deuda de decenas de miles de dólares. Pero no lo dijo. Sus problemas personales no eran asunto de nadie.

—Estás recuperando el color —dijo él con voz suave e íntima, reconfortante.

Ella adquirió consciencia de la situación. Elan estaba inclinado sobre ella, arropándola con su fuerza. Sentía su ancho pecho contra el hombro. Sus firmes pectorales le daban calor incluso a través de la ropa.

El color retornó a sus mejillas como fuego. Desvió los ojos. El miedo estaba desapareciendo para ser reemplazado por algo muy distinto: lujuria.

La mano de él estaba en su cintura, justo debajo de su seno derecho. Sintió una llama en el vientre al notar cada uno de sus largos dedos en la piel, calentándola a través de la blusa. Su pezón se endureció, anhelando el mismo contacto.

También captó que su aroma, terroso y almizclado con una nota exótica, la envolvía.

Sus fantasías secretas se habían hecho realidad. Él la estaba tocando. Su jefe.

Mientras su cuerpo cosquilleaba de excitación, su mente sabía que el abrazo no era más que un gesto compasivo. Si él supiera lo que provocaba en su cuerpo y en su mente, se apartaría horrorizado.

Pero quería prolongar el placer ilícito, el peligroso éxtasis de estar en brazos del hombre que atormentaba sus días y desvelaba sus noches solitarias.

Soñaba con él, despierta y dormida. Fantasías.

Lo miró y su corazón se contrajo al leer la expresión de sus ojos entrecerrados: «te deseo». Tenía los iris casi negros, indistinguibles de las pupilas, pozos sin fondo que escondían su alma oscura. Pero

supo exactamente lo que estaba pensando. Y también que él sabía lo que pensaba ella.

Rápidamente, se separaron. Sara se aclaró la garganta y se alisó la blusa. Él agarró su Wall Street Journal y lo colocó sobre su regazo. Después jugueteó con su corbata, se pasó los dedos por el pelo y se arremangó. Hojeó el periódico con interés.

Evitando su mirada.

Sara se recostó en el asiento. No sabía dónde estaba su maletín. El terror la había paralizado al subir al avión. Sólo recordaba su deseo de gritar y correr rampa abajo hacia la seguridad de tierra firme.

—No recuerdo dónde puse mi maletín —dijo.

Él la miró con alarma y señaló sus pies.

—Gracias —rebuscó en su interior, dejando que el pelo ocultara su rostro arrebolado. Sacó un informe que quería revisar y preparó su bolígrafo.

Lo miró de reojo. Parecía de granito mientras leía el periódico. Ella intentó concentrarse en el denso texto científico, pero su mente divagaba.

—Lo siento —sus labios hablaron por cuenta propia.

—¿El qué? —él no alzó la cabeza.

—Ser tan idiota. No sabía que reaccionaría así —se mordió el labio. La humillaba haber demostrado tan poco control al enfrentarse al miedo.

—No es problema —dijo él con brusquedad, sin alzar la vista. Pasó otra página y luego alzó la cabeza—. No es ninguna vergüenza tener miedo a volar —sus facciones se suavizaron al mirarla. Sara tragó con fuerza. Una extraña mezcla de emociones estaba a punto de desbordarla. Miedo, vergüenza y lujuria prohibida se mezclaban en su interior, atormentando sus nervios.

Pobre Sara. Veía cuánto estaba sufriendo. En ningún momento había demostrado inquietud, ni había mencionado que no había volado antes, hasta que el miedo la superó cuando embarcaron.

Su obvio terror había hecho que afloran en él un fuerte instinto protector. Había deseado rodearla con sus brazos y confortarla. Y ese deseo de protegerla lo asustaba más que los transitorios pensamientos sexuales que lo aguijoneaban en su presencia.

Elan había dejado atrás su hogar y a su cruel padre para construir su propia vida, libre de ataduras y obligaciones indeseadas. No necesitaba a nadie y nadie lo necesitaba a él. Hasta que vio el miedo que estremecía ese delicado cuerpo y llenaba los ojos jade de lágrimas. No soportó verla sufrir. Abrazarla había sido muy placentero. Ella se había relajado en sus brazos. Había dejado

de temblar y su piel había recuperado el color. Lo había aceptado y bienvenido.

El deseo lo había atenazado. Deseo de ofrecerle algo más que consuelo, de recibir mucho más que la satisfacción de calmar sus miedos.

Quería experimentar la dulce agonía de su suave cuerpo junto al suyo. Acariciar sus sensuales curvas. Provocarle el júbilo que sentía él cada vez que ella le ofrecía una de sus deliciosas sonrisas.

Podría si quisiera, eso era obvio. y ser consciente de ello debería apagar su deseo.

—Apuesto a que eras un niño la primera vez que volaste en avión —la voz de ella lo sacó de sus tortuosos pensamientos.

—Sí, tenía once años —no se atrevió a alzar la vista. Esos enormes ojos eran un hechizo al que no tenía fuerzas para resistirse en ese momento.

—¿Estabas de vacaciones con tus padres?

—No.

—¿Entonces? —ella esbozó media sonrisa con sus labios suaves, delicados y finos. Que él quería besar.

—La primera vez que salí de Omán fue para volar a un internado de Inglaterra —dijo. El amargo recuerdo apagó el fuego de su imaginación.

Aquel día había dejado todo lo que conocía y las personas que quería para ir, solo y asustado, a un viejo y extraño país donde nadie entendía su idioma ni sus costumbres. Había sido un viaje del que nunca había regresado por completo.

—¿Estabas asustado?

—Sí. Pero no como imaginas. Disfruté del vuelo. A los chicos les gustan las máquinas grandes.

—¿Por qué te enviaron tus padres a estudiar fuera?

No había sido para que recibiera una educación excelente, aunque la recibió. Ni para que se familiarizan con la cultura occidental, aunque lo hizo.

Su padre había castigado a su madre arrancándole al hijo más querido de los brazos y enviándolo a un país lejano. Sólo para demostrar que podía hacerlo.

Aún ardía de ira al recordar a su madre llorando mientras los ayudantes de su padre lo arrastraban al avión. Elan no volvió a verla. Estaba delicada, con una enfermedad neurológica, y cuando lo alejaron de ella el declive fue rápido y su muerte súbita.

Nunca perdonaría a su padre por haberle quitado la vida, había sido como degollarla a sangre fría.

—Creyeron que eso me convertiría en un hombre —dijo, viendo

que Sara esperaba su respuesta. Eso también era verdad. Su padre odiaba que estuviera tan unido a su madre. Aborrecía que fuera a su cama a buscar consuelo para sus pesadillas, que la siguiera durante el día y que riera con ella y las mujeres, disfrutando de su humor y cariño.

«¡Ningún hijo mío se esconderá tras las faldas de una mujer!», las palabras aún resonaban en sus oídos.

—Debe de haber sido duro dejar tu casa tan pequeño —la voz de Sara tembló.

—Sí. Hablaba poco inglés y no había viajado antes. De repente, me apartaron de cuanto conocía. Gente, idioma y comida. Y el clima inglés... —hizo una pausa—. Echaba de menos el sol de mi país casi tanto como a mi familia.

—He oído decir que Inglaterra es bastante gris —Sara esbozó una sonrisa tentativa.

—Mis caballos se sorprendieron tanto como yo. No entendían que el sol hubiera desaparecido y que cayera tanta agua del cielo. Pero les gustaba la hierba.

—¿Llevaste caballos al internado? —sus ojos brillaban curiosos e interesados. Eso animó a Elan a seguir compartiendo recuerdos enterrados hacía tiempo.

—Sí. Llevé a mis dos sementales favoritos. Allí los castraron —el doloroso recuerdo lo aguijoneó—. Se negaron a tener sementales con los demás caballos.

En aquel tiempo le había parecido simbólico. Los tres, humillados en un país extranjero, despojados del poder y posición que habían conocido. Pero juntos habían encontrado la forma de sobrevivir. Habían descubierto las reglas y aprendido a seguirlas.

Ese largo y duro exilio de su país y de la gente amada, lo había convertido en el hombre que ERA.

—¿No se supone que los sementales son peligrosos? —preguntó Sara.

—Hay que manejarlos con cuidado. Pero al hombre que ha montado un semental ya no lo satisface otro caballo. Dominar la fuerza del líder de la manada y moverse con él es una experiencia sin igual.

Un delicado rubor tiñó las mejillas de Sara. Al principio lo sorprendió, después comprendió que sus palabras debían de haber provocado una imagen distinta a la que él pretendía. Quizá ella imaginaba cómo sería montarlo a él. Su boca se curvó.

A él también lo intrigaba la idea. Sus esbeltos muslos apretándolo, sus delicados dedos enredados en su pelo, sus caderas moviéndose, animándolo...

Elan estiró el periódico sobre su regazo. Corría el riesgo de

empezar a jadear.

Sara entreabrió los labios, desvió la mirada y rebuscó en su maletín. Estaba roja como la grana. La piel pálida tenía sus desventajas. Llevaba los pensamientos literalmente escritos en el rostro.

Él no pudo evitar preguntarse qué otras partes de su cuerpo enrojecerían en respuesta a él.

Pezones rojos como bayas maduras. La delicada flor de su sexo como una rosa invitándolo a probar su néctar...

—Disculpa —carraspeó con fuerza—. Tengo algo en la garganta —por suerte, su piel oscura no traicionaba la llama de calor que surcaba su cuerpo.

Estaba duro como una piedra, se le clavaba la cremallera de los pantalones. Se arrepintió de haberse quitado la chaqueta, pero si se levantaba a por ella, su estado sería evidente. Sólo el Wall Street Journal impedía que su lujuria fuera visible.

No entendía por qué esa mujer tenía ese efecto en él. Se sentía como un hombre que, tras pasar meses en el desierto, se encontrara con un exuberante oasis. Sentía hambre y sed que no tenían nada que ver con la comida y la bebida.

No era célibe. Las mujeres lo acosaban y a veces aceptaba lo que ofrecían. El disfrute era mutuo y la separación inevitable. Algunas buscaban un hombre rico que las mimara, otras un amante exótico para desfogarse. Les daba lo que querían, sin entregarse.

Ninguna veía al hombre que era por dentro. Al hombre sencillo y avergonzado de su pobreza de espíritu. Al alma solitaria que había aprendido en manos de su padre que el amor y el afecto eran crímenes que se castigaban dura y largamente. Ya no era capaz de amar y ni siquiera le dolía saberlo.

Ese pensamiento puso fin a su erección.

Pasó una página del periódico y miró a Sara de reojo. Se había dormido. Eso lo alegró. Mejor que descansara. El aterrizaje sería duro para ella.

Las pistas de aterrizaje de algunos de los yacimientos que visitaban suponían un reto para los pilotos más experimentados. Iban a un yacimiento remoto y la pista estaría llena de baches. Incluso él se alarmaba a veces al ver el terreno rocoso y desigual que se alzaba para recibir al avión.

Dejó el periódico a un lado, no quería que su crujido la sacara de su pacífico sueño.

Las delicadas pestañas descansaban en sus mejillas. No usaba mascara y eran de un color oro oscuro, como la tierra de su tierra natal. Sus mejillas seguían teñidas de rosa y tenía los labios

entreabiertos y húmedos, como si acabara de lamérselos.

Se preguntó qué sueños bailaban en su cabeza para darle esa expresión pacífica, y risueña que iluminaba sus facciones desde el interior.

En ese momento no sintió nada mundano como la lujuria. Su encanto era un bálsamo para el espíritu.

Y respetaba su profesionalidad. Tenía una habilidad asombrosa para tratar con los clientes, explicar conceptos complicados sin embrollar a la gente con términos científicos. A diferencia de él, que a veces daba la impresión de ser pomposo y estirado. Se preguntó si ella lo vería así, y supuso que sí.

En el poco tiempo que se conocían había comprendido que Sara era una mujer especial en muchos sentidos. Una mujer que merecía ser respetada. Y como muestra de su respeto, no se aprovecharía de la atracción que sentía por él. Ni de la suya por ella.

Era un hombre adulto. Podía controlar sus instintos básicos, frenarlos igual que frenaba a los sementales que montaba. Era una empleada valiosa. Lo recordaría cuando lo asaltara la tentación.

***

—¡Oh, Dios! —Sara se despertó de golpe al oír un fuerte ruido, le costó recordar dónde estaba—. ¿Nos hemos estrellado?

—No —Elan miraba sus ojos—. Hemos aterrizado. Estamos en tierra.

El avión temblaba y crujía, mientras las ruedas botaban por la pista. Sara se puso rígida.

—¿Me he dormido? —era una pregunta estúpida.

Era obvio que sí. Tal vez dormir había sido su reacción a una sobrecarga sensorial—. No contestes a eso.

Elan no parecía tener intención de hacerlo. Nunca hablaba por hablar. El extraño recuerdo de haber cantado con él asaltó a Sara: «Noventa y nueve elefantes se balanceaban...». Debía de haber sido un sueño. Raro. Y en el sueño era él quien sugería cantar. Aún más raro.

De repente, lo recordó todo. El humillante ataque de terror al subir al avión. Cómo se había aferrado a él como si fuera un bote salvavidas.

—Gracias —no se le ocurrió otra cosa que decir.

Él se limitó a asentir, dobló el periódico y lo guardó en su maletín.

El ruido de las perforadoras asaltó sus oídos cuando el conductor aparcó el jeep. Le costó oír a Elan cuando bajó del coche,

le dijo que lo siguiera y se encaminó hacia la obra con entusiasmo evidente.

El olor del petróleo crudo casi se mascaba. En la distancia se veía una hilera de bombas, moviéndose a un ritmo constante, extrayendo el mineral de su escondite en las profundidades de la tierra.

Era un yacimiento descubierto hacía poco, y el Mansur asociados había pujado agresivamente para conseguir el contrato de explotación.

A Sara le había encantado que Elan sugiriera que lo acompañara. Pero ya allí, en medio del clamor y bullicio, sintió un retortijón de aprensión.

Conocía las teorías de oferta y demanda, mecánica del terreno y cuotas de flujo. Entendía la perforación desde un punto de vista técnico y económico. Pero no estaba segura de querer ver cómo saqueaban a la tierra para que entregara su riqueza secreta.

Elan le presentó al capataz y dejaron sus cosas en el remolque—oficina. Se pusieron gafas protectoras, cascos y tapones en los oídos antes de cruzar el arenoso terreno y subir por una escalerilla de metal a una plataforma que iba a iniciar la perforación

El encargado advirtió a Sara dónde colocarse, qué vigilar, los riesgos inherentes si se rompía una pieza y la posibilidad de una explosión si daban con una bolsa de gas. Cuando acabó, ella tenía los nervios tan desbocados como si estuviera sobre una bomba.

La enorme perforadora entró en acción. Elan se puso a su lado y la observó mientras la plataforma temblaba y se estremecía con el movimiento.

—Ésta es mi parte favorita —gritó él, por encima del ruido de los motores.

—¡Típico de un macho! —gritó ella en respuesta.

Elan pareció confuso un segundo, luego una lenta sonrisa se extendió por su rostro. Se inclinó como si fuera a decirle algo. Ella se quitó los tapones.

—Tienes una mente muy sucia —sus labios le rozaron la piel y su voz le resonó en el oído. Ella se estremeció. Sentir los labios de Elan en la piel era dulce y pecaminoso.

«Sí que la tengo», pensó ella. Desde que había llegado a él Mansur asociados, su cuerpo parecía haber desarrollado una mente propia.

Elan siguió sonriendo. Sara no se atrevió a imaginarse lo que le pasaba por la mente mientras la perforadora se introducía más y más en el suelo.

Cuando paró, él puso una mano en su cadera y la guió a la escalerilla. El práctico gesto hizo que ella se sintiera lánguida y

sensual.

—¿Va a borbotear? —preguntó ella, medio en broma, cuando estuvieron en tierra firme. —Aún no. Antes tienen que sacar el barro. Pero no verás un chorro de petróleo. No desperdiciamos ni un solo barril.

Pasaron la tarde visitando pozos en distintas fases de perforación y extracción. Elan actuaba con la tranquilidad y confianza de un hombre acostumbrado a estar al mando. Honrada porque la hubiera elegido para ocupar un papel más importante en la empresa, Sara se juró estar a la altura de sus expectativas.

De vuelta en el jet privado, Elan se sentó a su lado. Sara se preguntó por qué no ocupaba otro asiento. Eran los únicos pasajeros. En el viaje de ida había sido inevitable, porque se aferró a él como una lapa.

Quizá quería estar cerca por si necesitaba que la confortan. Pero tras haber sobrevivido su primer vuelo, se sentía relativamente segura.

Sin embargo, habría agradecido tener la seguridad de que podía trabajar con Elan sin babear sobre su traje. y la veía lejana. Se alejó aún más aún cuando él se arremangó la camisa, exponiendo sus anchos y musculosos antebrazos.

Ella se puso los dedos en los párpados. «No mires, con eso bastará», se dijo.

—¿Estás cansada?

—¿Qué? Eh, sí, supongo que un poco —estaba cansada de no poder controlar su libido—. Ha sido un día fascinante. Gracias por traerme.

—De nada. Nunca lo había hecho antes, pero tú estás más cualificada que mis anteriores asistentes.

—Gracias.

Los motores rugieron, y a ella se le tensó el estómago. Él puso una mano sobre la suya, sin hablar.

Su miedo se evaporó y un relámpago de deseo recorrió su cuerpo de arriba abajo. Ardía por tener una relación nada profesional con ese hombre.

Elan tenía las manos curtidas, y la textura rugosa de su palma cosquilleaba su piel. Dedos suaves, pero firmes, rodearon los suyos. Pensar en esas manos moviéndose sobre su piel le provocó oleadas de excitación sexual incontrolable.

Sus sentimientos por él eran como el petróleo bajo la tierra; si no los controlaba podían desbocarse y salir propulsados al exterior. y cada segundo que pasaba con Elan la acercaba más a una potencial y devastadora explosión.

Capítulo Cuatro

—Estoy bien, ahora que me he acostumbrado a volar —había dicho—. En serio, estoy... —miró por la ventanilla—. Oh.

Se recostó y se llevó la mano al pecho. Elan vio las luces que marcaban la pista de aterrizaje, mientras el avión se inclinaba hacia la derecha.

—Cielos, ¿siempre se inclina así? —le tembló la voz y se lamió los labios con ansiedad.

—Sí, es la forma normal de acercarse.

Ella se llevó la mano a la boca y volvió la cabeza lentamente. Se le pusieron los nudillos blancos cuando se aferró al reposabrazos que los separaba. Elan luchó contra el instinto de rodearla con un brazo.

Quería tranquilizarla, acariciarla, ablandarla y luego... «Típico macho». Recordó sus palabras y se maldijo. Le había asegurado el primer día de trabajo que no era un hombre típico, y sería fiel a sus palabras aunque eso lo matara.

Era siete años más joven que él. Sabía poco del mundo, como demostraba el que nunca antes hubiera subido a un avión. Su responsabilidad, consigo mismo y para con ella, era no permitir que ocurriera nada entre ellos. Además, el Mansur asociados necesitaba su mente aguda en la empresa más de lo que él necesitaba su suave cuerpo en la cama.

El avión se ladeó más, preparándose para el acercamiento final; las dos sendas de luces del suelo se vieron más brillantes y próximas en la oscuridad. Sara dejó escapar una risita tensa.

—La gente siempre ve una luz que se acerca en los momentos finales, ¿verdad?

Instintivamente, el puso la mano sobre la suya; su afán protector doblegaba a sus neuronas sin permiso. Tenía la mano helada y los dedos rígidos.

—No te preocupes, he aterrizado aquí cientos de veces. Es una maniobra normal... —calló al verla derrumbarse en el asiento. Se desabrochó el cinturón y sujetó su cabeza mientras el avión aterrizaba.

—Sara —tocó su mejilla con los dedos—. Despierta.

Pálida como un fantasma, tenía los labios entreabiertos. Su dulce aliento lo acarició cuando se inclinó hacia ella. Rozó su piel con los labios mientras susurraba su nombre de nuevo. Su mejilla

tenía el color y la textura de un delicado pétalo de rosa.

Su memoria lo atormentó con la imagen de Sara en su despacho, inhalando el aroma de las rosas que le había dado. Esas rosas no habían sido más que un estorbo hasta ese momento, recordándole su propia mortalidad. Pero cuando ella admiró su belleza condenada a marchitarse, las vio bajo otra luz.

Últimamente veía muchas cosas bajo otra luz.

Sara era distinta a todas las mujeres que había conocido. Una hechizante mezcla de inocencia y experiencia, candor y cautela, que sabía cuándo escuchar y aprender y cuándo tomar las riendas y actuar por su cuenta. ¿Una cosita insignificante? Ojalá lo fuera.

Cambió de posición y rozó un seno con el brazo. El pezón se tensó bajo la blusa de seda. Él tragó aire.

—Sara.

Apartó un mechón de pelo rubio de su frente. Sus dedos lucharon contra el deseo de enredarse en la melena que acariciaba su cuello y sus labios latieron al ver los de ella, entreabiertos como si esperaran un beso. El beso de la vida, tal vez.

«Está respirando, idiota». El deseo de capturar su boca con la suya no se debía a una urgencia médica.

—Espero que el vuelo haya sido satisfactorio, señor. Vaya, ¿está dormida? —preguntó el piloto.

—Se ha desmayado —Elan giró para mirarlo.

—¿Pero está respirando?

Elan asintió. El piloto cruzó la cabina y se inclinó sobre Sara. Él se tensó al ver al otro hombre sobre ella, lo bastante cerca para disfrutar de su perfume.

—Se pondrá bien —lo sorprendió la agresividad de su voz. Apartó al piloto casi con perversidad. —Yo la llevaré —colocó los brazos debajo de ella y se preparó para resistir el placer de tocarla. Pero fue imposible controlar la tortura del deseo que lo sacudió cuando levantó el frágil cuerpo.

—Sara —susurró su nombre como un talismán contra el deseo que lo atenazaba. Debía ser un crimen de cierta magnitud sentir lujuria por una mujer que ni siquiera estaba consciente.

Ella agitó las pestañas. Se le aceleró el corazón al imaginar esos ojos jade y oro abrirse ante los suyos. Se acercó más, hasta casi tocar su piel con la boca.

—Despierta —susurró.

Ella abrió los labios, y él se alegró de tener los pies firmemente plantados en el suelo. La atrajo contra su cuerpo, luchando contra la urgencia de despertarla a besos.

—Señor Al Mansur, ¿llamo a una ambulancia? —la voz del

piloto le sonó a miles de kilómetros.

—No será necesario —Elan escupió las palabras, molesto por la interrupción. Quería ver cómo se despertaba su bella durmiente.

Las doradas pestañas se agitaron de nuevo y sus ojos se abrieron. El sonrió de oreja a oreja cuando Sara lo miró, atónita.

—¿Qué...? —de repente sus ojos se ensancharon de miedo y se agitó en sus brazos. Él luchó para sujetarla, sin saber por qué, pero disfrutando de ello.

—¡Suéltame! —se revolvió como una tigresa, y una carcajada creció en el pecho de él hasta explotar mientras la ponía de pies.

—Con gusto, señora.

Ella se estiró el traje y se colocó el pelo detrás de las orejas. Miró a su alrededor, intentando centrarse.

—¿Por qué sonríes así? —sus ojos llamearon.

—Me alegro de verte despierta. Y tan fiera como siempre —volvió a reírse.

—Hemos aterrizado —dijo ella.

—Así es —afirmó él con gravedad fingida. Estaba disfrutando de su confusión. Con los pies separados, parecía dispuesta a enfrentarse a un ejército. Lo tentaba lanzar un puñetazo al aire para verla saltar sobre él como una tigresa.

—Tal vez deberíamos ayudar a la joven a bajar —el piloto abrió la puerta exterior—. Puede que siga mareada tras el desmayo.

—Sí, por favor, ¿puede ocuparse de las bolsas? —con un movimiento fluido, Elan alzó a Sara en brazos. No pudo contener otra sonrisa al verla debatirse e intentar librarse de él.

—¡Suéltame! Puedo andar perfectamente.

—No nos arriesgaremos. El desmayo podría tener efectos secundarios. Te bajaré yo, por precaución.

—¡Esto es ridículo!

Sara chocó contra él, intentando saltarse. Él casi temió que lo mordiera. Se limitó a apretarla más.

—No luches contra mí. Te dejaré cuando lleguemos al suelo —reiteró. Ella le dio un último codazo en las costillas, que sólo sirvió para ampliar su sonrisa.

—¡Deja ya de sonreír! —gritó ella.

—Perdón. Simplemente me alegro de verte viva... y pateando —se tragó otra carcajada.

Sara arrugó la frente. A él le hizo aún más gracia que no captara el humor de la situación. Ella respiraba con agitación, y notó el latido de su corazón junto al pecho. Sabía que estaba afectada por lo sucedido, y eso exacerbó su instinto protector. Estrechó los brazos sobre el cuerpo esbelto, pero sustancial. Musculoso y firme, era el cuerpo de una mujer que sabía luchar por lo que quería.

Y en ese momento, Elan supo demasiado bien lo que quería él. Se alegró de que la oscuridad escondiera la evidencia de su deseo.

Ella no entendía por qué se estaba resistiendo como una niña. Era obvio que eso lo divertía mucho.

Sus brazos la habían rodeado como bandas de acero al levantarla. Su resistencia fue instintiva, pero inútil contra la sólida masa de músculo que era Elan. No entendía cómo un ejecutivo había desarrollado ese cuerpo de atleta olímpico.

Mientras pataleaba y se revolvía, los brazos de él la apretaron más, demostrando que era más fuerte. Sintió calor en el bajo vientre cuando los músculos de su torso la aplastaron. La facilidad con la que la transportaba hizo que se sintiera ridículamente femenina. Tuvo que esforzarse para no disfrutar del primitivo placer de ser dominada por un hombre poderoso.

Al final de las escaleras la dejó en pie cuidadosamente. Ella se apartó, ardiendo, con las piernas temblorosas y el corazón desbocado. Al recordar el súbito terror que le había quitado la conciencia, tuvo ganas de arrodillarse y besar el suelo.

—¿Estás bien?

—Sí —se obligó a mentir.

—¿Puedes andar hasta el coche o prefieres que te lleve? —su voz sonó más ronca de lo normal. *«Llévame»,* pensó.

—Puedo andar —gimió. Se concentró en mover una pierna tras la otra mientras Elan recuperaba las bolsas del piloto y las llevaba al largo coche negro las echó en el maletero, la ayudó a sentarse y después se despidió del piloto.

—Tu dirección —dijo, aflojándose la corbata.

—¿Qué?

—¿Dónde vives? Tengo que llevarte a casa. A no ser que pienses ir andando.

—Ah, claro. Avenida Railroad, 55 —se preguntó qué pensaría Elan del deslucido edificio de apartamentos. Con su salario podría haberse costeado una buena casa, pero tenía otras obligaciones. La semana anterior había hecho la primera aportación significativa a sus créditos universitarios y a la cuantiosa factura de hospital de su madre, y eso era mucho más importante que una vivienda de lujo.

Él condujo en silencio. Las carreteras oscuras estaban desiertas, y la luna, oculta tras las nubes. Frenó de repente, y Sara dio un gritito.

—Un coyote —dijo él.

Ella vio el destello de unos ojos y después la criatura nocturna se internó en el desierto. —Vaya. Me he asustado.

—Estoy seguro de que el coyote se ha asustado más que tú. Ver el brillo de dos faros en el desierto debe de ser alarmante para los

animales de la noche.

—Sé cómo se sienten. Por lo visto no he evolucionado con el resto de la civilización occidental, porque a mi cuerpo no le gustó volar. Siento haber montado una escena en cada vuelo.

—No te preocupes por eso —se volvió hacia ella, y su cálida sonrisa la dejó sin aliento.

«Basta, Sara», se dijo. Hasta la presión del cinturón de seguridad le hacía pensar, con remordimiento y placer, en la de los brazos de Elan rodeándola.

—Tengo hambre —anunció él, cuando llegaron a la ciudad.

—Yo también.

—Vamos a por algo de comer. ¿Qué te apetece?

—No conozco los restaurantes. No he comprado comida para llevar desde que estoy aquí — había estado ahorrando cada centavo.

—El pollo frito es bueno. Y la comida del mexicano siempre es fresca.

Sara se volvió hacia Elan, que estudiaba los letreros de neón con interés. Se había quitado la chaqueta y tenía la camisa arremangada. La sorprendió que comiera pollo frito, como la gente normal.

—Lo que prefieras.

—Creo que me apetecen fajitas de ternera —se volvió hacia ella y alzó una ceja, interrogante. —Suena bien.

Ella se preguntó si pretendía que lo invitara a comer en su apartamento o si la dejaría allí y se marcharía a la suya a cenar. Supuso que lo último.

Él recogió la comida y se la dio a Sara. El aroma de carne y cebolla a la parrilla llenó el coche, y a ella le rugió el estómago.

—Es verdad que estás hambrienta —rió Elan.

Ella se removió en el asiento, incómoda, observando cómo ponía la mano en la palanca de cambio. Deseó abanicarse, o subir el aire acondicionado.

—Tenemos que comer ya. Y conozco el sitio ideal.

Cruzó la ciudad, salió al desierto y giró hacia la montaña. La carretera se convirtió en un camino de tierra mientras ascendían hacia la luna y las estrellas.

Unos minutos después, detuvo el coche y bajó. Sara abrió la puerta y puso un pie en el arenoso suelo del desierto. Elan había abierto el maletero y estaba haciendo fuego a unos metros del coche.

—¿Qué utilizas como combustible?

—Madera de mesquite. Siempre llevo en el coche. El fuego

impedirá que los animales vengan a cenar —dijo él, extendiendo una manta en el suelo.

Sara sacó la comida y bebida. Era una noche cálida, y el aire fresco de la montaña revigorizó el cuerpo cansado de Sara. Abajo, en el valle, las luces de la ciudad brillaban como una alfombra de joyas. Sara suspiró con placer, se quitó los zapatos y se acomodó en la manta.

—¿Vienes aquí a menudo? —pensó que era una pregunta estúpida, mientras le entregaba su comida.

—Sí —sonrió él.

—¿Solo? —¡Sara! ¡Come y calla!

—A veces —sus ojos oscuros destellaron a la luz del fuego. La sugerencia que Sara vio en ellos le aceleró el pulso, pero se dijo que debía haberla imaginado.

Desenvolvió su fajita y le dio un mordisco. Era una situación muy extraña. Estaba sentada junto a un fuego, en el desierto, con un magnate millonario del que estaba vergonzosamente enamorada.

Lo miró de reojo. Estaba observándola con una expresión extraña. Se preguntó si se reía de ella. Aún no había empezado a comer y ella titubeó antes de tomar el siguiente bocado.

—Tras vivir años en Inglaterra, me gusta empezar las comidas con un brindis —dijo él. El fuego iluminó su rostro, todo benevolencia—. Por ti, tras sobrevivir a tu primer vuelo —alzó el vaso de refresco—. Salud.

—Salud —dijo ella, chocando el vaso con el suyo. Las burbujas cosquillearon su garganta—. Y mi segundo vuelo. Aunque ése me costó más, ¿verdad?

—Tu respuesta al descenso del avión fue bastante inesperada —sus ojos chispearon, divertidos.

—Gracias por ocuparte de mí —se sonrojó al comprender que no tenía ni idea de cómo había pasado de estar en el asiento a despertar en brazos de Elan.

—Fue un placer —afirmó él con voz ronca y un reto en los ojos que hizo que a ella se le fuera la cabeza.

Tomó otro bocado de fajita, intentando no pensar en él inclinado sobre ella, con los labios a centímetros de los suyos, desabrochándole el cinturón de seguridad, aflojándole la ropa...

No le había aflojado la ropa. «Vuelve a tierra, Sara», se ordenó.

Elan no parecía en absoluto preocupado mientras devoraba tres entradas con gusto. Ella mordisqueó su comida, mirándolo con asombro.

—¿Qué? —dijo él cuando por fin alzó la cabeza y se limpió la boca con una servilleta.

—Nada.
—Venga. Tus ojos sonríen. ¿Qué te divierte tanto?
—Nunca había visto a nadie comer tanto.
—Soy un hombre de apetitos prodigiosos —la miró con la cabeza ladeada.
Sus labios temblaron, como si estuviera pensando en algo muy distinto de la comida. Sara controló un escalofrío cuando su imaginación se disparó.
—Y hoy nos saltamos el almuerzo —su boca se curvó con una sonrisa.
—Tienes razón. No comimos —ni siquiera se había dado cuenta. La comida era lo último que tenía en la cabeza cuando estaba con Elan.
—Llevaba horas muerto de hambre.
«Yo también», pensó ella.
Elan se recostó, apoyándose en un brazo, con una mano sobre el estómago. Un estómago firme y plano como el suelo del desierto. Sara sabía cuánto; media hora antes había estado apretada contra él. Y su mano, fuerte y de dedos largos, parecía capaz de sostener el mundo. Aún sentía sus dedos en la piel como si su calor la hubiera quemado.
El fuego chisporroteó, a punto de apagarse. Elan se estiró sobre la manta para recolocar los trozos de madera. Parecía un tigre a punto de saltar. Ella intentó no jadear cuando su torso casi la rozó. Él sopló sobre las llamas hasta reavivarlas. Luego retrocedió y se arrodilló junto a ella.
—El mesquite necesita más atención que los excrementos de camello —dijo él con una sonrisa. Ella se rió, agradeciendo la excusa para relajarse.
—Supongo que no es fácil encontrar combustible en el desierto. ¿Creciste en el desierto?
—Sí —dijo él, mirando el fuego—. Teníamos una casa en muscat, la capital, pero mi padre solía ir allí solo, por trabajo.
—¿Echas de menos tu país?
—A veces —la miró con expresión extraña—. Es raro que haya admitido eso.
—¿Por qué?
—He vivido aquí muchos años. Dejé Omán a los veintiún años, en circunstancias que me hicieron desear no volver nunca —observó las llamas con ojos velados—. Estoy acostumbrado a una vida de exilio.

—¿No echas de menos a tu familia?
—Mis padres han muerto —hubo un destello de emoción en sus

rasgos, pero Sara no preguntó más.

—¿Tienes hermanos? —Sara no se imaginaba creciendo sin la compañía de sus hermanos y hermanas. La habían ayudado mientras sus padres se peleaban y destrozaban, ellos. Era la más pequeña y la habían educado para convertirse en la mujer que era.

Todos habían renunciado a oportunidades para ayudar a mantener a la familia y criarla a ella cuando murió su padre. Aunque todos querían ayudar, su hermano Derek y ella eran los únicos con ingresos suficientes para paliar las deudas contraídas con los tratamientos del cáncer de su madre. Derek ya había renunciado a mucho, era el turno de Sara. Debía recordarlo si la tentación la desviaba de su camino.

—Tengo dos hermanos —Elan alzó los ojos oscuros, inescrutables, del fuego—. Ya apenas los conozco.

—¿Cómo se llaman? ¿Aún viven en Omán? —la tristeza que había notado en su voz la llevó a querer saber más de él. De repente, la atenazó el estómago pensar que sus preguntas rozaban la descortesía.

Él la miró, sorprendido, y también vulnerable.

—Mi hermano Quasar, el bebé de la familia, es financiero en Nueva York. Siempre estaba metiéndose en líos de niño: me retaba a carreras en los camellos de mi padre, escondía insectos en la ropa de las mujeres para que gritasen... —sonrió—. Sigue igual, aunque ahora me entero por los periódicos —su expresión pasó de la añoranza a la seriedad—. Me gustaría verlo más, pero ambos estamos muy ocupados.

La rozó al estirarse sobre la manta, y ella tragó aire. Sopló suavemente la madera y saltaron chispas. Sara deseó echar arena sobre las chispas que sintió en su interior al captar su atractivo olor masculino en el aire nocturno. Desvió su mirada del fuerte antebrazo que revelaba la camisa arremangada.

—Mi hermano mayor, Salim, se hizo cargo de los negocios familiares cuando mi padre murió —se pasó la mano por la boca—. Supongo que habría preferido quedarse en América —la miró—. Vino aquí a la universidad, como todos. Pero tiene un sentido muy fuerte de la responsabilidad. Es un buen hombre, y también muy ocupado. Me acostumbré a estar lejos de la familia mientras estuve en el internado.

—¿Tus hermanos y tú no fuisteis al mismo?

—No. Quasar estudió en Europa; Salim tuvo un tutor privado en casa —dijo. De nuevo, se inclinó sobre el fuego y sopló. El halo naranja de chispas silueteó sus angulosas facciones.

Ella no pudo evitar desear que la tomara entre sus brazos, como había hecho cuando se desmayó.

Se recriminó por ello: «Te sientes sola, pero no es en los brazos de tu jefe donde debes buscar consuelo».

—¿Se tarda mucho en acostumbrarse a estar lejos de la familia? Echo mucho de menos a la mía —se le cascó la voz —. Sólo ha pasado un mes, pero... —tuvo que morderse el labio para no llorar.

—¿Nunca habías estado lejos de casa?

Sara negó con la cabeza. Lo miró con ojos húmedos por las lágrimas. La mirada cargada de ternura de Elan casi la deshizo.

—Yo lloré por las noches durante mucho tiempo —confesó—. Me sentía como una página arrancada de un libro. Una mezcla de palabras e imágenes que no tenían sentido sin sus compañeras. En mi país la familia lo es todo. Vivimos muy unidos, comemos juntos, dormimos juntos. Ser separado de la gente que era mi vida... la verdad, casi me mató.

—Oh, Dios —movió la cabeza para controlar las emociones que la desbordaban—. No puedo ni imaginar lo difícil que debió de ser. Al menos en mi caso fue una elección. Me fui para construir mi propia vida.

—Te entiendo —su voz grave la rodeó como el humo del fuego, confortándola—. Yo hice esa elección cuando dejé mi país, ya adulto, para instalarme en América. En cierto sentido es más doloroso, uno sólo puede culparse a sí mismo de su aislamiento. Con el tiempo crece una costra incluso sobre las heridas autoinflingidas —dijo, volviendo a mirar el fuego.

Pero la expresión de sus ojos negaba sus palabras. Sara comprendió que la soledad de Elan era un tormento que posiblemente nunca lo abandonaría. Por instinto, se estiró y tocó su antebrazo. Él dio un bote como si lo hubiera pinchado. Sara retiró la mano, pero él la agarró y sujetó. Clavó sus ojos ardientes y oscuros en los de ella.

—La soledad es la maldición del hombre. Una vez abandona el vientre de su madre, está condenado a recorrer el mundo buscando la plenitud que una vez disfrutó —alzó la mano y la puso en su mejilla. Ella tragó aire—. Pero no se reencuentra esa plenitud, sólo cierto consuelo.

Ella entreabrió los labios, pero no llegó a hablar. Sus pensamientos se esparcieron en el viento del desierto cuando la boca ardiente de Elan se cerró sobre la suya.

Echó la cabeza hacia atrás cuando la tomó en sus brazos. Gimió en su boca y llevó las manos a su cuello. Sus brazos la rodearon, fuertes y duros como el acero, vibrantes de peligrosa urgencia.

Ella se estremeció con la intensidad de su deseo y su miedo de desear demasiado, más de lo que nunca podría recibir. Pero el miedo también se evaporó en el desierto. Se perdió en el beso de

Elan y aceptó la primitiva unión que alma y cuerpo reclamaban.

Su piel murmuró cuando la mano de él se introdujo dentro de su chaqueta y sintió la presión de sus dedos en la espalda, a través de la fina blusa. Se arqueó como un sauce con el contacto. Sus cuerpos se acercaron en la manta hasta que la distancia entre ellos desapareció. Hombros, caderas y rodillas se encontraron mientras estrechaban su abrazo. Ella enredó los dedos en su espeso cabello, atrayéndolo y profundizando el beso. El lamió el interior de sus labios y después succionó su lengua, haciéndole gemir.

La mano que había bajo la chaqueta liberó la blusa de la falda y se deslizó dentro. Cuando sus dedos acariciaron un pezón a través del fino sujetador, se estremeció con la intensidad de la sensación. Cada nervio de su cuerpo clamaba excitado al máximo.

Elan se sentó y tiró de ella hasta que estuvo sobre él, rodeándolo con las piernas y abrazándolo. Su lengua jugueteaba con sus labios, lamiendo, succionando y retirándose. Le levantó la falda y acarició sus firmes muslos.

Deslizó los dedos dentro de sus bragas y masajeó y acarició su trasero. El cuerpo de ella se abrió a él, cálido y húmedo. Apretó los senos contra su pecho, buscando el contacto de pezones y músculos.

Su piel humeaba bajo sus manos, la sangre le hervía, todo su cuerpo deseaba consumirse en el fuego de Elan.

Tras lamer sus labios con gentileza, él introdujo la lengua en lo más profundo de su boca. El cuerpo de ella se arqueó y dejó escapar un suave gemido.

Enterró el rostro en su cuello, inhalando el embriagador y viril olor de su piel. Tomó su rostro entre las manos y sus dedos exploraron los duros ángulos de su mandíbula, los bordes de sus pómulos, la suavidad de su pelo.

Elan.

De repente, se preguntó qué diablos estaba haciendo. Echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos, temblando de deseo mientras intentaba recuperar el control.

Él abrió los ojos lentamente y el reflejo de las llamas bailó en su oscura profundidad.

—Te deseo, Sara. Y sé que el deseo es mutuo —el ronroneo grave de su voz fue para ella como un terremoto que acabó con cualquier resto de cordura.

—Sí.

Capítulo Cinco

Lo atrajo más, rindiéndose a fuerzas más poderosas que el sentido común. Descargas eléctricas surcaron su cuerpo cuando besó su boca y sus lenguas se encontraron un segundo.

Cubrió su rostro de besos. Él cerró los párpados, y ella los acarició con los labios. Después los frotó por sus mejillas rasposas.

Las manos de Elan no pararon mientras ella saboreaba su piel salada y mordisqueaba su barbilla. Le bajó la cremallera de la falda y después la apartó suavemente para desabrocharle la chaqueta. Se la quitó y después se ocupó de los botones de la blusa.

La pausa dio a Sara tiempo para pensar en lo que estaba haciendo. Más bien en lo que no hacía.

Debería estar sujetándose la blusa, poniéndose en pie y corriendo a refugiarse en el coche. Acostarse con su jefe no podía traer nada bueno.

Pero en ese momento ya no podía ver a Elan como jefe. Los largos y poderosos dedos que gestionaban los diminutos botones de perla eran los de un hombre que deseaba abrazarla tanto como ella a él, y que además lo había admitido.

La luna emergió de entre las nubes y vio la excitación de sus ojos negros, que reflejaba la de ella. Él jadeó cuando entreabrió la camisa de seda y reveló sus pechos. El sujetador de encaje color crema los alzaba y ofrecía como frutas maduras.

Observó cómo él alzaba las manos para tocarlos. Las suaves curvas se tensaron. Sus pezones

Se erizaron bajo el encaje, suplicando el contacto. Elan, como si hubiera oído la silenciosa petición, tiró del encaje hasta que liberó sus senos y los tuvo en las manos.

Sara suspiró cuando empezó a masajearlos, al tiempo que reclamaba su boca con un beso.

Se apretó contra él y frotó las caderas contra su vientre, percibiendo su potente erección a través de la ropa. Lo quería dentro de ella.

La soledad que la seguía a todas partes se había transformado en un infierno de añoranza de conectar con ese hombre. Saber que él también se sentía solo, que necesitaba a alguien, la convenció de que encajarían juntos como las piezas de un rompecabezas.

Agarró el cinturón de cuero para quitárselo, mientras los gruñidos quedos de él resonaban en su oído. Él lamió el lóbulo de su oreja, excitándola aún más, mientras le bajaba la cremallera y los

pantalones.

Desabotonó su camisa con urgencia, necesitando el contacto de su pecho. La piel brilló como bronce a la luz del fuego, ardiente bajos sus dedos. Acarició cada músculo mientras le quitaba la camisa de los hombros.

—Iré a por protección —susurró él, apartándose.

Ella abrió los ojos de par en par. Ni siquiera había pensado en eso. Casi sintió dolor físico por la separación. Él se despojó del resto de su ropa y fue hacia el coche. Desnudo.

Tenía un cuerpo magnífico. Parecía un dios caminando descalzo sobre la arena, iluminado por la luz de la luna.

Abrió la puerta, rebuscó en la guantera y volvió hacia ella. Andaba con una elegancia asombrosa para ser un hombre tan grande. Llegó a ella con unas pocas zancadas de sus poderosas piernas.

Ella lo recibió entre sus brazos, aún más excitada por la breve separación. Se tumbó sobre la manta y lo atrajo sobre ella casi con brusquedad. Se consumía por sentir su fuerza, su virilidad. Quería sentirlo, grande y duro, dentro de ella.

El abrió el paquete y se puso el preservativo. Con dedos cuidadosos, tocó y abrió los húmedos pliegues de su sexo. Se colocó en posición, sobre ella, y le acarició su sensibilizada carne con la punta del miembro. Después la penetró.

Tan lentamente, que ella creyó que perdería la cabeza con el agonizante placer que sentía. Por fin estuvieron piel contra piel, dentro y fuera, rodeándose con brazos y piernas, fundiendo sus alientos en ese momento de gloriosa unión.

Elan suspiró suavemente en su oído, asentándose en ella. El ajuste de cuerpos era perfecto. Sintió cómo crecía aún más en su interior. La sensación la hizo reír y sus ojos se abrieron para encontrarse con su mirada. Los ojos de él brillaban de júbilo, y una sonrisa curvaba las comisuras de su boca. Entreabrió los labios y enterró el rostro en su cuello, agarrándola con las manos.

—Nunca he sentido tanto deseo por una mujer —murmuró en su oído. Ella gimió al sentirlo moverse en su interior—. Nunca he deseado… necesitado…—sus palabras se perdieron en un gruñido de placer mientras se movía, profundizando y reforzando el contacto que los unía.

Se movieron juntos, alzando las caderas, frotando vientre contra vientre, abrazando y aferrando con piernas y brazos mientras se acercaban al éxtasis que amenazaba con consumirlos.

Ella se rindió a la intensidad de un placer descarnado que no había imaginado posible.

Elan era exquisito haciendo el amor. Tierno y cariñoso, duro y

exigente, la montó y dominó, acarició y reconfortó, besó lamió y atormentó. Cada centímetro, cada poro de su piel clamaba al sentir la bella locura del amor.

¿Amor?

Sí. Sólo el amor podía dar la vuelta al universo y provocar una lluvia de estrellas sobre ellos. Y ese amor la llenó hasta desbordarla con un júbilo explosivo que amenazaba con romperla en mil pedazos.

—Sara, yo... yo...

Ella no supo qué iba a decir, porque en ese momento explotó dentro de ella, convulsionándose con la fuerza de su liberación y haciendo que ella también se perdiera en la vorágine de un clímax glorioso.

***

La mano de Elan descansó en su mejilla mientras, lado a lado, recuperaban el aliento. Ambos estaban exhaustos, y el cuerpo de Sara zumbaba aún con los ecos de su perfecta unión sexual. Él se acercó más, hasta que sus torsos se encontraron. Acarició su cabello suavemente y besó su mejilla. Al sentir que su estómago se tensaba, Sara pensó que iba a decir algo, pero no lo hizo. Quizá no había encontrado las palabras. Ella desde luego no las tenía para describir lo que acababa de suceder entre ellos.

Percibió que no quería soltarla. No quería romper el delicado vínculo que los unía. Quizá él también se sentía entero, arropado, seguro, libre de pensamientos racionales y prácticos. Allí arriba, sin que nada se interpusiera entre ellos y la pálida luna, sólo existían ellos dos.

Pero el fuego se había apagado, y Sara se estremeció al pensar en todas las criaturas salvajes que había alrededor: coyotes, linces, lagartos... Un crujido en la arena hizo que se encogiera.

Podían ser los únicos humanos, pero no estaban solos.

—Será mejor que nos vayamos antes de que algo nos muerda —dijo, a su pesar. Él mordisqueó el lóbulo de su oreja, juguetón.

—Corres un gran peligro de ser mordida por mí. Cualquier otra cosa que intente probar tu delicioso sabor tendrá que enfrentarse conmigo.

A ella no le costó imaginarse a Elan enfrentándose a cualquier cosa. Irradiaba tal fuerza y confianza en sí mismo que incluso el escorpión más feroz se arrugaría ante él.

—Pero tienes razón, preciosa mía. Debemos irnos. Intercambiaron un último beso antes de separarse y recoger sus ropas.

Cuando subían al coche, Sara supo que dejaban atrás el mundo mágico que los había acogido. El clic del cinturón de seguridad le pareció el símbolo de su regreso a un mundo de normas y reglamentos.

Elan no se había abotonado la camisa, y ella deseó tocar su pecho. Pero no lo hizo. Sabía que el tiempo de las caricias y la intimidad había acabado. Se le contrajo el estómago cuando la aprensión sustituyó a la serena despreocupación que había disfrutado sólo unos minutos antes.

Él se había puesto serio. Miraba directo al frente mientras conducía, con el rostro tenso y rígido. Ella intentó pensar en algo que decir, algo que rompiera la tensión que ensombrecía el ambiente, pero nada parecía apropiado en esa extraña situación.

«¡Gracias, ha estado muy bien! Vaya, el desierto es muy bonito por la noche, ¿no? Será mejor que vayamos a dormir, tenemos una reunión a primera hora». Tragó saliva, imposible hablar.

Se quedó paralizada cuando la cruda realidad la acarició con dedos gélidos.

Había dormido con su jefe.

No. No había dormido con él. Había arañado su espalda, clavado las caderas en las suyas, lo había montado aullando de placer y había gemido su nombre en los espasmos de su clímax.

Santo cielo.

Tal vez, si estuvieran charlando sobre la película que irían a ver el sábado por la noche, la situación sería mejor, aunque no normal. Pero viendo cómo agarraba el volante, con la mandíbula tensa, los ojos entrecerrados y los labios apretados, era obvio que ésa no era la primera noche de una futura relación.

Esa clase de noche no solía serlo. ¿Qué hombre se interesaría por una chica que se entregaba en la primera cita? y ni siquiera había sido una cita. La había invitado a cenar y se había lanzado sobre él.

No era ninguna virgen. Había tenido un novio en el instituto y otro en la universidad. Pero nunca en su vida había dormido con un hombre con el que no estuviera «saliendo» en serio. Aún oía la voz de su hermana mayor, Natalie: «Si no te respetas a ti misma...». Había sido un discurso juguetón, porque sus hermanos sabían que Sara no lo necesitaba.

Pero había conocido a Elan. Y la desmadejaba de una forma que daba miedo. Retiraba la fina capa de ser civilizado y sacaba a la luz el ser primitivo.

Amanecía tras las colinas, y el cielo adquirió un tono violáceo cuando llegaron a donde ella vivía.

—Gira a la izquierda, es el siguiente —le dijo. Las manos de él se deslizaron sobre el volante y paró el coche ante su edificio—. ¿Quieres subir a tomar café? —casi se atragantó al decirlo, pero era lo correcto. Le habría gustado que subiera. Para hablar y romper el tenso silencio que se había asentado sobre ellos.

—Creo que ambos deberíamos dormir un rato —dijo él con gentileza. Por primera vez desde que habían subido al coche, se volvió hacia ella.

Su mirada perdida la tocó en lo más profundo. Deseó tocarlo, acortar la distancia que los alejaba. Anhelaba estar de nuevo en sus brazos.

Él abrió la boca, pero no se movió. Después la cerró con firmeza, como si ya estuviera todo dicho.

Ella quería despedirse con un beso. Sentir su piel bajo los labios una vez más. Pero la rigidez de sus hombros y de su rostro la detuvo. No habría besos.

—Buenas noches, Sara.

—Buenas noches, Elan —le tembló la voz y creyó ver un destello de emoción en los ojos de él. Pero tal vez fuera un reflejo de su propia confusión. Agarró su maletín y bajó del coche.

Elan no arrancó hasta que entró en el edificio.

No lo oyó partir, pero sufrió su marcha en cada célula. Había pasado de sentirse sola a estar desolada. Como Eva al ser expulsada del Paraíso por no resistirse a la tentación de la peligrosa fruta que contenía.

***

A la mañana siguiente, Sara aparcó la bicicleta y entró al edificio. Sabía que Elan no habría llegado aún. Ella llegaba antes para cambiarse de ropa y organizar su escritorio. Él solía llegar alrededor de las nueve.

Cuando esa hora se acercó, empezó a perder la concentración La sangre golpeteaba en sus oídos y el corazón tronaba contra sus costillas. Se preguntaba qué iban a decirse: «Hola. Buenos días. ¿Necesitas algo? Yo, por ejemplo, desnuda bajo la luna?».

Se encogió de horror. Estaba preparando un informe complicado y las cifras bailaban ante sus ojos.

Cada vez que se abrían las puertas del ascensor sentía ganas de esconderse bajo el escritorio. Cuando llegó un mensajero con una caja envuelta en papel dorado, Sara se levantó de un salto; tal vez Elan le había enviado algo.

—¡Gracias! —abrió el sobre con dedos temblorosos.

Señor Al Mansur, gracias por su excelente trabajo en Alberta. Anticipamos un nuevo año de colaboración y beneficios.

Atentamente,

Tony Leon

No era para ella, sino para Elan. Un regalo empresarial. Sara dejó caer los hombros. Era patético haber asumido que Elan había tenido un gesto romántico.

Llevó la caja a su despacho y volvió a su escritorio, a esperarlo. Pero él no llegó.

A mediodía se sentía confusa y molesta. Elan había faltado a una reunión con un proveedor, pero él mismo había telefoneado para excusarse.

—¿Cuándo llegará? —preguntaba una persona tras otra.

«No estoy segura» empezó a convertirse en «no lo sé», y Sara se sentía menos profesional tras cada llamada. Ella organizaba su horario, concertaba sus citas y solía conocer su agenda mejor que él.

Sintió la tentación de llamarlo a casa, pero pensó que si se había excusado de la reunión debía de estar bien. Simplemente había decidido no ir a trabajar.

Había optado por no verla.

—¿Cuándo regresa el señor Al Mansur de Turquía?

—¿Qué? —Sara alzó la cabeza de su trabajo. La asistente de Producción estaba ante su escritorio, con un bolígrafo entre los labios.

—Es que necesito que firme estos documentos. No sabía que viajaba a Turquía hoy.

—Yo tampoco —la desolación la envolvió como niebla. Había salido del país sin avisarla.

—¿Estás bien? —la mujer la miró, preocupada.

—Claro —contestó, con voz firme y demasiado alta—. No estoy segura de cuándo volverá —ni siquiera sabía qué vuelo había tomado. Debía de haber comprado el billete él mismo—. Te avisaré en cuanto lo sepa.

—No tienes buen aspecto. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. Pero me duele la cabeza, tomaré una aspirina.

La puerta se cerró tras su compañera de trabajo. Una mujer diez

años mayor que ella y en una posición de autoridad. Era todo lo que Sara deseaba ser: respetada, querida y admirada por sus ideas y su eficaz trabajo en equipo.

Ella podría haber sido así en unos años. Si no se hubiera acostado con su jefe. Deseó que hubiera aspirinas para el dolor de corazón.

Elan estuvo fuera cuatro días. Habló con él por teléfono dos veces. Él le pidió que le enviara unos documentos y le dijo en qué vuelo regresaría. Ella le leyó el acta de una reunión que se había perdido.

No hubo mención de lo ocurrido entre ellos.

Sara estaba segura de que la despediría a su regreso. Al fin y al cabo, le había dicho que si no cumplía sus expectativas, incluyendo no ponerle las manos encima a su jefe, podía echarla sin más.

Revisó su currículum, pero comprendió que no podía incluir un trabajo en el que sólo había estado un mes. Resultaría obvio que la habían despedido.

Se preguntó si podría suplicarle que le permitiera conservar su puesto unos meses, hasta que encontrara otra cosa. O luchar y aferrarse a su puesto.

El sexo era cosa de dos. Y él había participado con ganas.

—Buenas tardes, Sara —Elan pasó a su lado como un vendaval, del ascensor a su despacho. Su puerta se cerró antes de que ella registrara su presencia.

Ni siquiera lo había saludado. Se puso en pie y recogió un montón de documentos y mensajes.

No tenía más remedio que llevárselos. Cuanto antes acaban todo, mejor.

Titubeó antes de llamar a la puerta, preguntándose si debía mencionar lo sucedido; intentar disculparse antes de que él hablara. El golpeteo de la sangre en las sienes la ensordecía.

Llamó.

—Adelante.

Abrió la puerta. Elan estaba sentado en su trono de cuero. Al verla, se levantó y se pasó una mano por el pelo.

—Sara.

—Sí —tragó saliva. Él la miró, y ella se quedó paralizada. Los ojos oscuros y penetrantes la escrutaron desde un rostro tenso.

—Creo que te debo una disculpa por lo sucedido la semana pasada —dijo.

Ella aguantó la respiración.

—Eres una empleada muy valorada en la empresa. Será mejor que no volvamos a mencionar lo ocurrido.

Dos ideas giraron como un torbellino en la mente de Sara: no iba a despedirla y quería olvidar la noche que habían pasado juntos.

El alivio de no perder su trabajo quedó minado por una puñalada de humillante decepción. Tal vez había tenido la esperanza secreta de una posible relación íntima con Elan, a pesar de que él había desaparecido durante días para evitarla.

El dolor de su corazón le confirmó que así era.

—Muy bien —susurró. Su voz sonó como un siseo de vapor—. Gracias.

Casi habría jurado que él hizo una mueca cuando dijo «gracias». Tal vez le desagradaba que no dimitiera. Alguien tan rico como él no debía entender que a veces había que anteponer el trabajo al orgullo.

Él asintió con la cabeza. Sara carraspeó e intentó transmitirle los mensajes con normalidad.

Elan escuchó y respondió educadamente, pero evitando mirarla. Tenía los hombros rígidos de tensión. Era obvio que su presencia lo incomodaba. Y con razón. Porque incluso mientras le hablaba, la mente de Sara divagaba recordando el

Tacto de sus manos, su olor al hundir el rostro en su cuello, la dulzura y calidez de estar entre sus brazos.

Él estudió un documento, siguiendo las líneas con el dedo. El dedo que había bajado desde su barbilla hasta su ombligo y más abajo, hasta... Sara parpadeó y tragó saliva para intentar librarse de las inquietantes sensaciones que recorrían su cuerpo.

Ese hombre tenía algo que desmoronaba su profesionalidad. Que la desequilibraba hasta la locura.

Desvió los ojos e intentó concentrarse en los papeles de la mesa, en el cielo azul que se veía por la ventana, en la inmaculada moqueta gris. Pero siempre volvía al hombre que consumía su atención.

A cómo el pelo le rozaba el cuello de la chaqueta. A las muñecas fuertes y morenas junto a los puños blancos de la camisa. A la corbata floja y el botón desabrochado. Elan siempre parecía constreñido en la ropa, como si deseara quitársela y ponerse cómodo.

O tal vez era ella quien deseaba quitársela. Cerró los ojos, intentando bloquear su imagen, borrarlo de su mente. Pero lo tenía grabado en la retina.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo ella con voz aguda. No le extrañó la pregunta. Estaba en su despacho con los ojos cerrados. Era obvio que no

estaba bien. No sabía si volvería a estarlo nunca—. ¿Eso es todo? —consiguió decir.

—Sí, gracias —Elan se había inclinado sobre el escritorio y abría un cajón. Vio los bíceps flexionados bajo la camisa y las manos casi cerradas en puño. La tensión del ambiente era sofocante, una tormentosa mezcla de arrepentimiento y recriminaciones.

No sabía en qué había estado pensando para tocarlo, para besarlo, para…

Giró sobre los talones y salió. Dio un portazo accidental con las prisas por huir. Fuera, tomó aire y sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

Para sobrevivir tendría que simular que «eso» no había ocurrido. Evitar pensar en «eso» que asolaba su consciencia. En esa noche que, inevitablemente, sería el rasero del resto de las noches de su vida.

Capítulo Seis

—Estaríamos encantados de hacer negocios con ustedes. Muchas gracias por venir —Sara apretó la mano del último miembro del equipo de inversores llegado de Nueva York. Los guió a la puerta de salida de la sala de reuniones con una sonrisa profesional.

Cuando la puerta de caoba se cerró tras ellos, se derrumbó en una silla, temblando.

Una reunión de seis horas. Con el director ejecutivo, el director de finanzas, el director de inversiones y dos miembros del departamento administrativo.

Ella. Sola con todos.

—Estoy seguro de que podrás ocuparte de los detalles —le había dicho Elan, tras anunciar que tenía otros planes para esa mañana.

Anderson Capital, que pretendía invertir en pequeñas empresas petroleras de riesgo y utilizar la tecnología y experiencia de El Mansur Asociados para rentabilizarlas, podía dar millones de beneficios anuales a la empresa. Y Elan le había adjudicado la cuenta, para que la ganara o perdiera ella sola.

Quería que fracasara. Que admitiera su derrota. Que dimitiera y se marchara. Y lo deseaba tanto, que no le importaba arriesgar una cuenta importante para conseguirlo. Ya le había fallado una vez. Había traicionado su confianza, incumplido la promesa de no sobrepasar los límites de su trabajo. Pero no volvería a fallar.

Sus responsabilidades aumentaban día a día. Los retos que Elan le lanzaba eran cada vez más complejos. Rara vez dormía más de tres horas; necesitaba cada minuto para preparar la avalancha de reuniones, informes y presentaciones que se habían añadido a sus funciones administrativas.

Su teléfono móvil vibró, una vez más, y ella pensó en el trabajo que debía de estar acumulándose en su escritorio en ese mismo momento. Tomó aire.

—Hola.

—Por favor, ven a mi despacho —dijo Elan.

—Ahora mismo —un destello de ira compitió con el calor que le provocaba oír su voz. Colgó, recogió sus papeles y salió al vestíbulo, preguntándose cómo podía presionarla tanto.

Se dijo que eso era lo que había querido. Un empleo bien pagado que supusiera un reto en el área en la que era experta. Pero

no había soñado con realizar tareas más adecuadas para un vicepresidente que para una asistente ejecutiva y directora de proyectos. Eso se lo debía a Elan, pero lo último que tenía en mente era agradecérselo.

Salió del ascensor, dejó los papeles en su escritorio, tan revuelto y lleno como el de Elan, y llamó a la puerta de su despacho, preparándose para verlo.

—Adelante —se recostó en el sillón y clavó en ella sus ojos oscuros—. ¿Cómo ha ido la reunión? —creo que bien —contestó ella secamente—. Les preocupaba nuestra capacidad de aumentar el ritmo de producción si descubrían un yacimiento nuevo, y les aseguré que no sería problema.

—Bien. Me gustaría que preparara una propuesta que cubra todos los puntos tratados en la reunión y les ofrezca un resumen detallado de los servicios que podemos ofrecerles…

Ella asintió, mirando la boca que seguía hablando. Se preguntó si era el mismo hombre que la había amado una noche en el desierto. Entonces había sentido un vínculo inimaginable con él.

La había abrazado con tanta ternura y pasión, que había creído haber encontrado… Su alma gemela.

Se había equivocado.

—Estará en tu mesa mañana a primera hora.

Él escrutó su rostro un momento. Sara se preguntó si veía que estaba agotada y si eso lo satisfacía. Pero no encontró la respuesta en su expresión.

—Gracias —dijo él. Despedida y cierre. Volvió a centrarse en el informe que estaba leyendo.

Ella lo miró, sin moverse. «No me romperás», pensó. Le pareció ver que los dedos de él se tensaban alrededor de la pluma. Dejó de leer, tiró del cuello de su camisa y alzó la cabeza. Sus ojos se encontraron.

—¿Eso es todo?—«¿señor?», añadió para sí. Quería que él supiera que era consciente de su juego.

—Sí, Sara —dijo su nombre lenta y enfáticamente, sin parpadear. El estómago de ella dio un bote.

El apretó los labios en una línea firme.

Labios que la habían besado con una fuerza y ternura que nunca había imaginado. Labios que habían jugado y tentado hasta llevarla al frenesí de la pasión.

Labios que tenían el poder de despedirla.

Sí, había fallado una vez, y quería que él supiera que nunca volvería a ocurrir.

Cuando la puerta se cerró, Elan dejó escapar un largo suspiro. La

mujer era tan testaruda como un camello y mucho más dura. Cualquier persona normal habría tirado la toalla, pero no Sara.

No pudo evitar una sonrisa. Esa pequeña mujer tenía el coraje de diez hombres. Por desgracia, también tenía la inteligencia y aptitudes de diez hombres. Por más trabajo que le daba, conseguía hacerlo. Empezaba a preguntarse si un duendecillo trabajador visitaba su apartamento por la noche.

Hombres no, desde luego, no tenía tiempo para eso. Su sonrisa de satisfacción se borró. Sus noches no eran asunto suyo.

Había cometido un error de juicio… una vez.

Ella había tocado en él algo que había creído enterrado y olvidado. Había reabierto viejas heridas que creía cicatrizadas. Había ido más allá de la fuerza, el poder y el dinero… hasta el hombre que había dentro.

Aquella noche había sentido que la necesitaba. Y él no necesitaba a nadie, no dejaría que eso volviera a ocurrirle nunca.

Capítulo Siete

Inclinada sobre el lavabo del baño de la oficina, Sara sufrió otro ataque de náuseas. Estaba agotada. Y embarazada de más de tres meses.

Hasta la consulta médica de esa tarde, la posibilidad de un embarazo no le había pasado por la mente. Al fin y al cabo, había sangrado, pero menos de lo habitual, y casi constantemente. Se sentía mal a veces, pero lo había achacado al estrés y la carencia de sueño. Después de unas semanas de periodo intermitente, había visitado a la ginecóloga.

Diagnóstico: embarazo.

El sangrado no era normal, y el rostro de la doctora expresó preocupación. Sara supuso que el suyo expresaba asombro, incredulidad y, tal vez, horror.

La llevaron a una sala de ultrasonidos y, sin ninguna ceremonia, hicieron que se desnudara y la untaron con gel para examinar qué ocurría en su interior.

Su incredulidad se desvaneció cuando lo vio en el monitor: su bebé. El corazoncito latía visiblemente y se distinguían sus diminutas extremidades, curvadas bajo la gran cabeza. Soltó una exclamación.

—No se preocupe —le dijo la enfermera con voz suave—. El entorno uterino parece normal. Algunas mujeres siguen manchando un tiempo sin razón aparente. No hay evidencia de peligro para el embarazo.

Sara entendió las palabras tranquilizadoras, pero sólo provocaron un nudo de lágrimas en su garganta. Un torbellino de emociones desconocidas sacudió su cuerpo. Culpabilidad por no haber dedicado ninguna atención al «entorno uterino». Temeroso rechazo hacia la vida que había llevado en el vientre tanto tiempo sin saberlo. Y, aún más alarmante, un intenso afecto por la personita que crecía dentro de ella.

Volvió a la oficina a preparar un informe para la reunión del día siguiente. Pero, ante su escritorio, la realidad de la situación hizo mella. Era incapaz de enfocar los ojos, pensamientos confusos llenaban su cerebro y el terror le retorcía el estómago. Corrió al baño, superada por las náuseas y la terrible certeza de que todo en su vida iba a cambiar.

Ya había cambiado.

No podía seguir trabajando así. Estaba arriesgando su salud y

también la del bebé. El informe tendría que esperar. Se disculparía, diría que estaba enferma. Pero se marcharía y llamaría desde su casa, porque se sentía incapaz de ver a Elan en ese momento.

No sabía si se atrevería mirarlo a la cara de nuevo.

Todas las crueles suposiciones que había hecho sobre ella el primer día habían sido certeras.

Había sentido lujuria por él y lo había seducido. Había arriesgado la oportunidad profesional de su vida por unas pocas horas de placer. Y llevaba el bebé de Elan dentro.

La idea la golpeó como un chorro de agua helada. Con la excitación de descubrir su embarazo había conseguido no pensar en la responsabilidad de la otra persona por esa vida que crecía en su interior.

Supuso que reaccionaría con asombro y posiblemente horror. Su desgracia era total.

Se quitó el traje y se puso su ropa de ciclista y zapatillas de deporte. Metió el traje en la mochila con menos cuidado del habitual; pronto le quedaría pequeño. Se hizo una coleta.

Tenía los ojos rojos. Esperó poder huir sin encontrarse con nadie.

Salió del baño y corrió al ascensor. Se abrazó, intentando controlar la respiración y las lágrimas hasta que saliera del recinto.

Pero el ascensor llegó con Elan dentro.

—Sara, no tienes buen aspecto.

—Ya —su voz fue un susurro. La culpabilidad y el terror la paralizaron. Su gigantesco secreto amenazaba con hincharse hasta explotar y derrumbarla.

—¿Quizás estás trabajando demasiado?

—Hum... —no era capaz de formular una frase que no incluyen «llevo dentro un bebé tuyo». Tenía que irse. Una descarga de adrenalina la incitó a apartarlo y entrar en el ascensor. Su corazón tronó mientras miraba su única ruta de escape. Si pudiera entrar y hacer que las puertas se cerraran...

Elan estaba en medio, bloqueando la puerta, y fruncía la frente con preocupación.

—Estás enferma. No deberías ir en bicicleta. Te llevaré a casa.

—¡No! —escupió la palabra, recordando el último viaje en coche que habían hecho juntos: Elan con la camisa desabotonada, sus manos en el volante.

Su esperma nadando hacia su óvulo.

—Estaré bien. El ejercicio me ayudará. ¿Te importa si...? —tartamudeó, centrada en la oscuridad vacía del ascensor que la alejaría de un drama que no estaba preparada para afrontar.

—No hay nada que no pueda esperar hasta mañana —se apartó, y ella creyó ver alivio en su rostro.

—Gracias —lo esquivó, y él soltó la puerta que había estado sujetando. Lo vio mirarla con el ceño fruncido mientras se cerraban las puertas. Se apoyó en las frías paredes metálicas.

«No estoy enferma. Sólo embarazada de tu bebé».

—Bromeas —dijo Erin, tras una pausa. Su hermana era la primera persona a la que había llamado. Era madre soltera, y Sara supuso que la entendería.

—¿Bromearía sobre algo así? —Sara paseaba por su diminuto apartamento, intentando no chocar con la encimera ni arrancar el teléfono de la pared. No podía quedarse quieta. Estaba demasiado nerviosa.

—¿Embarazada? ¿De quién? Acabas de trasladarte y aquí no estabas saliendo con nadie. ¿O sí?

—No, no he salido con nadie desde que rompí con Mike el año pasado —tragó saliva y retorció el cable de teléfono—. Me he acostado con mi jefe.

—¿Tu jefe? Creí que era el dueño de la compañía.

—Sí —admitió ella. Sonaba aún peor en voz alta.

—¿No es un magnate del petróleo, millonario?

—Sí —cerró los ojos.

—Tiene cincuenta años, ¿o algo así?

—No, claro que no. Tiene treinta y dos —y era guapo e irresistible. Y la despreciaba.

—Ya, ¿y tenéis, digamos, una relación?

—No —tironeó del cable, le ardían los ojos. Se mordió el carrillo para evitar las lágrimas—. Fue cosa de una noche. Un error.

—Vaya —Erin soltó el aire de golpe—. Eso es tan increíble... viniendo de ti.

—Dímelo a mí. Me he matado a trabajar para conseguir este empleo, y ya sabes cuánto necesitamos el dinero. Pero tiene algo... —su voz se apagó.

—Debe ser la bomba. ¿Cómo se llama?

—Elan —decir su nombre la ruborizó. Culpabilidad.

—¿Está casado?

—¡No! ¿Crees que me acostaría con un hombre casado? —preguntó con indignación.

—No creía que te acostarías con tu jefe.

Sara tampoco lo había creído.

—No se lo has dicho aún, ¿verdad?

—No. Tú eres la primera en saberlo. Decir que no se alegrará es quedarse muy corto. Después de esa noche me pidió que no volviéramos a mencionarlo.

—Podrías demandarlo por acoso sexual —dijo su hermana con voz grave y seria.

—No puedo. Él predijo que podía ocurrir algo así. Por eso no quería una asistente joven e intentó transferirme a otro departamento el primer día. Le dije que si mi comportamiento no era profesional... —tragó aire—, podía despedirme sin más.

—Oh, Sara —hizo una pausa. Sara oyó a su sobrinito decir algo, Erin susurró una respuesta y volvió al teléfono—. No se lo digas. En serio, no querrás perder tu seguro médico en un momento así. Créeme. He pasado por eso. No sé qué habría hecho si Derek no me hubiera ayudado.

—A Derek le dará un ataque, ¿verdad? —Derek, el hermano mayor, había sido como un segundo padre para ella. Más padre que el auténtico. Se había pluriempleado para ayudar a la familia a superar crisis tras crisis. Al inesperado embarazo de Erin le había seguido el diagnóstico de linfoma de su madre. Sara se estremeció al pensar en darle otro disgusto.

—Derek es una roca. No dijo ni una cosa negativa cuando me quedé embarazada. Me ayudó cada paso del camino. Todos te apoyaremos. Kristin puede cuidar del bebé mientras trabajas. Será divertido. Te he echado mucho de menos. Volverás a casa, ¿no?

Sara se llevaba haciendo esa pregunta desde el primer momento. Lo lógico sería estar con su familia pero, al mismo tiempo, no lo era.

—Allí no hay trabajos para mi especialidad —miró por la ventana y admiró el árido paisaje desértico, las montañas oscuras contra el cielo. Tan bello.

—Bates Electronics te readmitirá.

—Pero no ganaré suficiente para pagar las facturas de hospital de mamá. Sé que todos contribuimos, pero mi sueldo es el más alto. Y está el crédito para mis estudios universitarios. Todos tenéis vuestras propias responsabilidades.

—No tienes por qué ser siempre una supermujer, ¿sabes? Está bien ser humana.

Sara se dijo que no era cierto. Había cometido ese error una noche en el desierto.

—No creo que Elan me despida. Si fuera su intención, lo habría hecho ya. Le prometí el primer día que no le dirigiría ni una mirada coqueta. Por lo visto las mujeres lo acosan continuamente. Me cuesta creer que yo haya sido una de ellas.

—Suena como una buena pieza. Me gustaría ponerle las manos encima.

—Así fue como empezó todo, me temo —la amenaza de Erin casi le hizo reír—. Mañana le diré lo del embarazo.

—Oh, Sara —la voz de su hermana sonó apagada—. Sabes que Gavin me dejó cuando se lo dije.

—Lo sé —Sara se frotó los ojos. —Sólo espero poder ser tan fuerte como tú.

«Llegó el momento. Vas a entrar en su despacho y decirlo: Estoy embarazada».

Sara tomó aire en el ascensor. Había llegado tarde a propósito para no tener tiempo de sentarse y buscar excusas para no decírselo. Incluso había montado en su bicicleta con un elegante traje pantalón para estar «vestida para la ocasión». Por desgracia, la cadena había dejado una mancha negra en el bajo de la pernera derecha. Se ocuparía de eso más tarde.

Las puertas se abrieron, y su ansiedad se convirtió en sorpresa.

Su escritorio, que había estado frente al ascensor, había sido desplazado a un lado y compartía el espacio con otro escritorio idéntico. Los montones de papeles que cubrían el suyo amenazaban con desparramarse sobre la impoluta superficie del contiguo.

—Sara —saludó Elan. El corazón de ella latió con más fuerza.

«Estoy embarazada». Sólo que ya no podía decirlo porque había otra persona allí.

—Ésta es la señora Dixon —dijo él. Sonrió con satisfacción—. Un nuevo miembro de nuestro equipo. Su cargo es asistente ejecutiva.

A Sara se le heló la sangre. ¿La había destituido?

—La señora Dixon realizará las tareas secretariales que solían ser tu responsabilidad: contestar mis llamadas, mi correspondencia, archivar mis papeles...

Sara intentó controlar su expresión, preguntándose qué sería lo que haría ella.

—Tú concentrarás tu tiempo y energía en los proyectos especiales que te asigne. Esta distribución es algo inconveniente —dijo, señalando los escritorios. Su reloj de oro destelló bajo la luz—. Pero es temporal. Me gustaría que adquirieras más experiencia en nuestro campo, que te familiarizaras con el funcionamiento día a día en obra.

Sara parpadeó y miró a la señora Dixon. Con el cabello gris acerado recogido en un moño y los labios prietos, la bien vestida mujer la miraba con lo que parecía desagrado.

Recordó las palabras de Elan su primer día de trabajo: «prefiero

que mi asistente sea una mujer con décadas de experiencia y, a ser posible, canas».

La estaba sustituyendo. Quería librarse de ella y, como no se rendía, iba a enviarla a los yacimientos a «ganar experiencia».

—Tu salario aumentará, por supuesto —aclaró Elan—. En consonancia con tus nuevas responsabilidades y, la inconveniencia de viajar a menudo.

Viajes frecuentes, en avión. A ella se le encogió el estómago. Quizá pensaba librarse de ella atacando su único punto débil.

—Es un ascenso, aunque tu título no cambiará —sus arrogantes facciones se iluminaron con una sonrisa.

Un ascenso. Un aumento de sueldo. Sara se preguntó si era una recompensa o una pantalla de humo para ocultar su plan de obligarla a dimitir.

—Gracias. Me gustan los retos —dijo con rigidez.

—Muy bien. Tengo una reunión. Por favor, familiariza a la señora Dixon con el funcionamiento de la oficina. Esta tarde estaré en casa, porque me llevan una yegua. Puedes ocuparte de mis llamadas —inclinó la cabeza con brusquedad y dejó a Sara con...

La Otra Mujer.

Quiso echarse a reír. Su rival no era una conejita de labios gruesos y pestañas largas. No. Era una empolvada matrona de al menos cincuenta y cinco años.

—Encantada de conocerte —dijo, ofreciéndole la mano a la señora Dixon.

—Lo mismo digo —asintió con la cabeza y aceptó su mano—. ¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Casi cinco meses.

«Ah, y estoy embarazada de él, por cierto».

Sara se preguntó cómo iba a decírselo a él, con esa mujer de pelo acerado en la puerta del despacho, seguramente con el oído pegado al interfono. Como había estado el suyo una vez.

—Tengo treinta y cinco años de experiencia atendiendo a ejecutivos —la señora Dixon apretó sus delgados labios mientras echaba un vistazo al traje arrugado de Sara y al montón de carpetas y correspondencia que había en su mesa—. Enseguida tendremos esta oficina en orden.

***

«Tengo que decírselo. Hoy».

Pedaleaba por una polvorienta carretera que cruzaba el desierto. Iba despacio, intentando conservar sus energías y no sudar

demasiado.

Hacía mucho sol. Ya eran las once, estaba tardando más de lo que había esperado. Cuando miró la dirección de Elan no se había dado cuenta de que su rancho estuviera tan lejos de la ciudad. Pero quería darle la noticia en privado.

Llevaba dos semanas intentando quedarse a solas con Elan tras la puerta cerrada de su despacho. Pero la señora Dixon revoloteaba por allí, llevándole café, bolsas de camisas de la tintorería e informes. Sabía taquigrafía, así que, Elan, encantado, le dictaba su correspondencia personal en vez de teclear él mismo en su ordenador. Era imposible escapar de la mujer, cuya solicitud de la vieja escuela contrastaba con las ambiciones profesionales de Sara.

Elan estaba utilizando esas ambiciones como cuerda para ahorcarla. El jueves siguiente tenía programado un viaje de tres semanas a un yacimiento marino, en el Golfo de México. Después iba a Canadá, a tres emplazamientos distintos. No podía negar que era emocionante, pero también sería un gran reto. Sin duda Elan la estaba presionando, probándola para encontrar sus límites.

La había querido lejos de él, y lo estaría. Así no tendría que esforzarse para no mirar sus anchos hombros, sus manos y el magnetismo de su mirada.

Debía sentir alivio, pero sentía un doloroso vacío. Pero el vacío podría deberse a que había estado trabajando media noche sin haber comido más que un poco de fruta y queso.

No creía que la despidiera cuando le diese la noticia. Llevaba el tiempo suficiente en la empresa para saber que Elan trataba a sus empleados con justicia escrupulosa. Había varias mujeres embarazadas en la empresa e incluso había sugerido crear una guardería para animarlas a continuar trabajando para él.

Sus objeciones serían personales.

Aunque no la despidiera, podría presionarla lo bastante para que decidiera volver a Wisconsin.

Decírselo era arriesgado, pero no podía guardar el secreto. También era hijo suyo y tenía derecho a conocer su existencia.

No había telefoneado para decirle que iba. La sorpresa de su visita quedaría olvidada por la otra, mucho más dramática.

Subió una pequeña colina y vio movimiento en la distancia. Tuberías oscuras cruzaban el desierto, marcando fronteras en la planicie. Estrechó los ojos contra el sol, intentando distinguir la silueta.

Un caballo oscuro y un hombre moreno silueteados contra el soleado paisaje. Gradualmente, percibió la forma de la casa. Era color arena y se fundía con el entorno. Según se acercaba vio más caballos en cuadras tono tierra.

Un chorro de sudor descendía por su espalda, y tenía el corazón acelerado, tanto por miedo como por el esfuerzo físico realizado.

No la había visto.

Elan estaba en el centro de un corral redondo. El caballo rojo oscuro corría en círculos, atado a una larga cuerda. Cuando paraba o intentaba esquivarlo, agitaba un látigo para obligarlo a seguir.

Atento al caballo, ni siquiera alzó la cabeza cuando ella desmontó de su bicicleta. La dejó apoyada contra la pared de lo que supuso debía de ser su casa.

Se acercó lentamente. El corral estaba a unos cien metros y tuvo que esforzarse para cubrir lo que parecía una distancia enorme. No podía dar marcha atrás. No se iría sin darle la noticia.

—¡Ea!

El grito la sobresaltó. Pero le gritaba al caballo. La asustó su expresión: cejas bajas y ojos entrecerrados contra el sol, la barbilla firme y determinada.

Sólo llevaba unos polvorientos vaqueros negros. Su torso desnudo brillaba de sudor bajo el sol de mediodía. Tenía el pelo húmedo y pegado a la frente. Levantó un musculoso brazo y enterró el rostro en el interior del codo, secándose la mezcla de sudor y polvo, y volvió a mirar el caballo.

Entonces la vio.

Aflojó la cuerda, y el caballo se detuvo. Elan alzó una mano como visera y la miró, atónito.

—¿Sara?

—Sí —fue hacia él con piernas temblorosas.

—¿Qué te trae a mi casa? —aún protegiéndose del sol se encaminó hacia ella. Pero el caballo tenía otras ideas y movió la cabeza, casi arrancándole la rienda de la mano.

Elan se dio la vuelta y soltó una retahíla de palabras en un idioma que ella no conocía.

—¡Esta yegua es más tozuda que un buey y más desdeñosa que un camello!

La yegua tenía la cabeza alta, y uno de sus ojos miraba fijamente a Elan, con obvia insolencia.

—Estoy adiestrándola para ver si sirve para cruzarla con mis sementales.

—¿Pero ella tiene otras ideas? —Sara alzó una ceja. Agradecía la distracción de hablar del caballo. Era una forma de romper el hielo, aunque el hielo era inimaginable en el calor del desierto.

—Sí. Ella quiere adiestrarme para que la deje en paz con su comida —los labios de Elan se curvaron con una sonrisa. La yegua

aprovechó para darle la espalda. Elan dio un latigazo y la obligó a trotar alrededor del corral; después la detuvo.

—Es preciosa —dijo Sara, cuando se acercaron.

—Sí, pero la belleza sin lealtad puede romper corazones... y huesos —dio una palmadita en el cuello de la yegua—. Se doblegará a mi voluntad. Es cuestión de tiempo. La alimento, la cuido y la protejo del sol. Aprenderá que todo eso tiene un precio, y a pagarlo.

Sara miró a la bella yegua, que agitaba la cabeza, obviamente incómoda. Sintió pena por la criatura que deseaba ser libre, pero tendría que aprender que los días de ilusoria libertad se habían acabado.

Ella conocía esa sensación.

En ese momento el bebé se movió en su interior, una sensación nueva y extraña. Instintivamente, llevó la mano a su vientre. Los ojos de Elan se estrecharon al ver el movimiento. Ella puso la mano a su espalda.

—Necesito hablar contigo —dijo, casi mareada.

—¿Sí?

—Sé que estás ocupado, pero ¿podríamos ir dentro? —no aguantaría más tiempo al sol sin desmayarse. Tenía el corazón desbocado y estaba nerviosa.

—Claro —la miró un momento—. Llevaré a Leila a su establo —la expresión de su rostro denotó que comprendía que era algo serio. Elan no era hombre que perdiera el tiempo preguntando.

Fueron en silencio hasta la cuadra, donde él se ocupó de la yegua.

Después, Elan colgó el ronzal y la rienda de un gancho y miró su cuerpo polvoriento y sudoroso.

—Por favor, disculpa un momento —agarró una manguera y lanzó el chorro contra sí.

Ríos de agua cayeron por su espalda y por su musculoso pecho, mientras él sujetaba la manguera sobre él. Inclinó la cabeza y se mojó el pelo, removiéndolo con los dedos.

Sara sintió una oleada de calor. Su cuerpo respondía de forma predecible a su impresionante físico.

Cuando cerró el agua, tenía los vaqueros empapados hasta las rodillas y el torso cubierto de gotas. Sara intentó no jadear mientras veía el agua caer sensualmente por su piel. Sus ojos seguían automáticamente el camino del agua que se reunía entre sus pectorales, bajaba al ombligo y luego al vello negro que se perdía en la cinturilla de los vaqueros.

Ella se dijo que era un caso perdido.

—Ven por aquí —dijo él. Por suerte no la miró y no vio el efecto

que había tenido la ducha improvisada en su cordura.

Se quitó las botas en la puerta y luego la abrió las paredes que tan bien se fundían con el color del desierto ocultaban un espacio cavernoso y suavemente iluminado. En el centro de la habitación había una fuente que daba al ambiente frescor y sensación de paz. Las paredes desnudas estaban decoradas con sutiles dibujos en tonos tierra.

—Es precioso —dijo Sara, con los ojos muy abiertos—. ¿Debería descalzarme? —el espacio parecía un santuario. Sin duda Elan se refugiaba allí de las presiones del mundo de los negocios.

—Si quieres.

Se quitó las deportivas, y sus cansados pies agradecieron la sensación de la piedra deliciosamente fría. Elan se encaminó hacia otra puerta arqueada.

—Entra aquí —le sujetó la puerta. Ella rozó su brazo accidentalmente. Las gotas de agua que pasaron de su piel a la de ella sisearon como una descarga eléctrica.

—Siéntate y relájate. Volveré en seguida.

Dos enormes sofás de cuero flanqueaba una chimenea de mármol pálido. Sara se sentó. Una pared era de ventanas cubiertas con cortinas de gasa que se movían con la brisa del aire acondicionado. Sobre la chimenea había una pintura original de Mark Rothko, un cuadro azul sobre un campo gris.

Elan regresó vestido con unos vaqueros limpios y nada más. Aún había gotas de agua en su torso. El pelo despeinado le caía sobre los ojos. Pero ella había invadido su casa e interrumpido su trabajo, era lógico que no se vistiera de gala para ella. Llevaba dos vasos de agua en las manos.

—Toma, bebe esto —dijo, ofreciéndole uno.

Ella lo aceptó, y él se sentó en el sofá, opuesto y recostó sus anchos hombros contra el cuero oscuro. Tomó un sorbo de agua y la miró, expectante.

Ella sintió pánico al comprender que había llegado el momento de confesar. Se aclaró la garganta y dejó el vaso en el suelo.

—Eh, Elan... —la sangre se le subió a la cabeza mientras intentaba mantener la coherencia. Había intentado ensayar qué decir, pero siempre acababa en parloteos sin sentido o llorosa autocompasión. No era momento de sentir lástima de sí misma. Inspiró y enderezó la espalda—. Tengo algo que decirte.

Él arrugó la frente. Ella esperó una interjección cortés, como «ah», o «qué», pero no la hubo. Elan tomó otro sorbo de agua y la miró con fijeza.

—Yo... No sé cómo decirte esto... —hizo otra pausa y se abrazó,

como si sintiera una corriente de aire frío. Elan estrechó los ojos y dejó el vaso. Se inclinó hacia delante un poco.

Expectante.

El bebé se movió, y eso le dio coraje.

—Estoy embarazada.

Él parpadeó. Aparte de eso, no movió un músculo. La miró y escrutó su rostro. Enarcó una ceja. Sara se encogió por dentro, tal vez no la creía.

—De cuatro meses.

Él frunció el ceño y entreabrió los labios. Miró su vientre, que ella se sujetaba inconscientemente, y después su rostro de nuevo.

—Voy a tener un bebé —dio Sara.

Las palabras colgaron en el aire unos segundos mientras él seguía mirándola, atónito. Después se puso en pie y cruzó la habitación, descalzo.

Aún no había dicho una palabra.

Sara se estremeció y miró el suelo, oyendo sus pasos alejarse. Había sido incapaz de imaginar cómo reaccionaría. Nunca lo había visto perder los estribos en la oficina. Su ira era silenciosa y controlada. Se preguntó si estaba enfadado.

Se atrevió a alzar la vista y, justo entonces, él se volvió hacia ella. Sus ojos ardían y su expresión era rígida, inescrutable y atemorizadora.

—¿Has guardado el secreto cuatro meses? —las palabras sisearon de entre sus labios prietos y cerrados.

—Sólo lo sé desde hace dos semanas —susurró ella. Se le encogió el corazón al ver una sombra de confusión en su rostro. Unos segundos después, se acercó a ella, invadiendo su espacio con su sombra.

—¿Puedo ver tu vientre? —su voz sonó serena, pero exigente. No era una petición educada, pero la situación tampoco era habitual. Sara se puso en pie. Ruborizada, se levantó la camiseta y bajó la cinturilla de sus pantalones de ciclista.

Evitando sus ojos, Sara se miró el vientre. Parecía vulnerable y pálido, y una suave curva anunciaba la presencia de una tercera persona en la habitación.

Elan alzó la mano derecha y tocó su abdomen con la punta de los dedos extendidos. Gradualmente, con suavidad, bajó la mano hasta cubrir su vientre.

Ella sintió un intenso cosquilleo con el contacto. Intentó controlar la respiración, sin atreverse a mirarlo. Sus pezones se tensaron contra su voluntad y desvió la mirada, rezando

Porque él no viera cómo respondía su cuerpo a la suave presión de su mano.

Elan seguía haciendo que su cuerpo vibrara. Tenía conciencia de su recia virilidad, su belleza. De su aguda inteligencia, equiparable a la suya. Pero sobre todo, conciencia del hombre que le había hecho el amor con una pasión y ternura que nunca olvidaría.

—Tenemos que casarnos —él apartó la mano.

—¿Qué? —Sara apenas reconoció su voz. Sonó estrangulada y distante. Con esfuerzo tremendo, lo miró a la cara.

Sus ojos llameaban fuego negro. La miraba con expresión determinada.

—Serás mi esposa.

Ella se colocó los pantalones y la camiseta, cubriendo su vientre. Se sentía desnuda y expuesta ante esa orden autoritaria.

Pero negó con la cabeza.

Elan estrechó los ojos, pero no habló.

—No puedo casarme contigo —dijo con voz clara y resuelta.

—¿Por qué no? —gruñó él.

—Porque… —«Porque no me quieres», pensó, pero fue incapaz de decirlo.

Había imaginado la posibilidad de que le propusiera eso. Al fin y al cabo era lo honorable, y Elan era un hombre de honor.

Incluso en el siglo XXI, lo educado era ofrecerse a darle su apellido al bebé. Igual que había hecho su padre con su madre, hacía décadas, cuando la dejó embarazada.

—¿Me rechazas? —Elan la miró, atónito, y colocó las manos en las caderas. Sara tragó saliva.

—Sí —susurró, llevándose las manos al vientre—. Puedo criar a mi hijo sola.

Le rompió el corazón ver la confusión que oscurecía el rostro de Elan. Deseó abrazarlo y gritar: «Sí, me casaré contigo, seré tu esposa y tendré a tus hijos y seremos felices para siempre».

La idea le provocó rubor y cierta vergüenza de tener unas fantasías tan infantiles. Era ridículo soñar con un futuro feliz con un hombre que había dejado claro como el agua que las mujeres eran la cruz de su existencia.

Su madre debía de haber tenido esas mismas fantasías cuando prefirió el matrimonio a ser madre soltera. Un matrimonio desgraciado que le había quitado la fuerza y mantenido constantemente embarazada o cuidando de un bebé, a pesar de su mala salud. Que la había mantenido encadenada a un hombre cruel que la engañaba y a una sucesión de trabajos temporales mal pagados que nunca le permitirían escapar.

Sara no pensaba cometer el mismo error.

Capítulo Ocho

Elan desvió la mirada y cruzó la habitación. Su mente era un torbellino de pensamientos confusos. «Sara está embarazada de mi hijo».

Había tenido que poner la mano en su vientre para aceptar la verdad. Y su corazón saltaba de alegría.

Lo asaltó la visión de Sara viviendo en su casa y del silencioso desierto resonando con risas infantiles. Durante un instante, todo cuanto había desechado le pareció una bendición. Sara en su cama cada mañana. Una familia a la que mantener y cuidar, como era el destino de un hombre. Un hijo o una hija, y la promesa de más, para continuar con su legado en el futuro.

Pero ella lo había rechazado.

Se volvió hacia Sara. Parecía muy pequeña y delicada allí de pie, con ambas manos en el vientre, como si temiera que intentase arrancarle al bebé.

—¿Quieres negarme el derecho a criar a mi hijo?

Ella se estremeció cuando dijo «mi hijo». Parpadeó y miró al suelo. Él tuvo un feo pensamiento que le provocó un escalofrío helado.

Había dicho que estaba embarazada, pero no que el bebé fuera suyo. Se preguntó si era de otro y le estaba informando del embarazo por cortesía profesional. La imagen de Sara con otro hombre lo golpeó como una patada en el estómago.

—¿Es mío? —las palabras salieron de su boca como balas de una pistola. Tenía que saberlo.

—Sí —siseó Sara, poniéndose roja como la grana.

—Perdona —él se arrepintió de haberla avergonzado con su duda—. No pretendía sugerir… —no pudo decirlo. Pensar en Sara con otro hombre lo ponía malo.

Desde aquella noche en el desierto lo había atormentado el deseo de tenerla en sus brazos de nuevo. Lo perseguía el recuerdo de sus caricias, de su pasión. Pero sabía que se había aprovechado de ella.

Era joven, recién salida de la universidad. Incluso aunque ella lo había deseado también, en ese momento, no debería haber permitido que la situación se le fuera de las manos. Él debería haberse controlado.

Era su jefe. El abuso de autoridad era inexcusable.

El que ella aceptara su disculpa sin protestar le confirmó que

aquella noche había sido un terrible error de juicio. Tal y como él había sugerido, no habían vuelto a mencionar el asunto.

Empeñado en librarse de su deseo de abrazarla y de esos recuerdos, había hecho lo posible por forzarla al límite de sus capacidades y hacer que se fuera.

Como eso no había funcionado, decidió alejarla. Apartarla de su vista y de su mente. Librarse de la obsesión de abrazarla, protegerla y cuidarla.

Él no la necesitaba. Pero había que pensar en el bebé. Eso lo cambiaba todo.

Ella lo miraba con esos ojos fríos y claros que hechizaban sus noches. Unos cuantos mechones de pelo dorado se habían escapado del moño y enmarcaban su rostro. Ella alzó las manos para recogerlos y volver a colocarlos en su sitio.

El movimiento hizo que la camiseta ciñera la nueva redondez de sus senos y de su vientre, y Elan tuvo que desviar la mirada. El embarazo no disminuía su deseo por ella.

Sintió un pinchazo de ira. Ira por el poder que ejercía sobre él, magnificado por el hecho de que llevara dentro a su hijo. Un poder que sólo podía controlar mediante el matrimonio.

No entendía por qué lo rechazaba. Tal vez se sentía culpable por haber roto el pacto que le propuso en su primer día de empleo. Pero ambos lo habían roto. Eso era parte del pasado y había que avanzar.

—Me considero responsable de esta desafortunada situación. Tú no tienes culpa...

—Pero yo... —empezó a protestar, pero Elan la silenció, levantando la mano.

—Lo que prometiste el primer día de trabajo se ha incumplido por mis actos, no por los tuyos. Tranquila, no volveremos a mencionarlo. Os daré a ti y al niño todas las ventajas y oportunidades. Como esposa mía, no te faltará de nada. Llevarás mi nombre y formaremos una familia.

Su corazón se henchía con la idea. Era maravilloso que el destino le hubiera entregado a una mujer que estaba a su altura en todos los sentidos. El matrimonio era la solución ideal para la situación.

—Lo anunciaremos mañana. Nos casaremos antes de que acabe el mes, y nuestro hijo no tendrá de qué avergonzarse —se frotó las manos—. Planificaremos la boda de inmediato, quizá para la semana que viene...

—No puedo casarme contigo —afirmó ella, segura.

—Pero debes hacerlo —su reiterada negativa fue como una bofetada—. ¿Es que no lo ves? —no pudo evitar que la indignación

tiñera su voz.

—Sé que en ciertos sentidos el matrimonio parece lo más sensato, lo obvio, pero también sé que a la larga nos arrepentiríamos. Nos sentiríamos atrapados como si nos hubieran forzado a estar juntos.

—Los enlaces concertados son usuales en mi país. Pocos surgen del amor, pero muchos llegan a él.

Cruel ironía Ése era el argumento que su padre había usado con él cuando alcanzó la mayoría de edad: una esposa adecuada y una vida de obligaciones. Él lo rechazó de plano, alegando que tenía derecho a elegir a su esposa y a dirigir su destino, incluso si implicaba dejar su tierra natal para siempre.

—¿Tuvieron tus padres un matrimonio feliz?

La pregunta de Sara atravesó la oscura niebla de feos recuerdos relacionados con su último encuentro con el hombre que le había robado su infancia.

—No —no podía mentirle.

—Entonces sabes de primera mano que un matrimonio de conveniencia no siempre lleva al... amor —la palabra se le atragantó un poco.

A Elan se le encogió el corazón al oírla. Amor. No era algo que se comprara, vendiera, buscara o extrajera con equipo de alta tecnología. Era algo extraño y elusivo, que el dinero no podía comprar.

Dudaba reconocerlo si lo encontraba. Su vida había estado vacía de amor desde la muerte de su madre. Incluso sus hermanos eran casi extraños para él, todos víctimas de los juegos de poder de su padre.

—¿Qué fue mal en el matrimonio de tus padres? —Preguntó ella con cautela. A él le desagradaba la idea de airear la ropa sucia de su familia; la mirada de Sara le pedía honestidad.

—A mi padre le gustaba controlar y que quienes lo rodeaban supieran que era él quien controlaba todo.

—¿E intentó controlar a tu madre?

—Sí. Era mucho más joven que él, inteligente y de espíritu libre, con su propia manera de hacer las cosas —Elan tragó saliva. Después de tantos años, aún veía su cara sonriente y recordaba la suavidad de sus manos. Se había aferrado a esos recuerdos para paliar su soledad—. Mi padre no soportaba que lo contradijeran.

—Entonces, ¿discutían?

—Sí. De muchas cosas. Hasta que mi padre declaró que, en su casa, él imponía las reglas y había que obedecerlas. Mi madre lo desafió y la castigó de la forma más dura: enviando a sus hijos al extranjero.

—Tú incluido —musitó ella. Elan se puso rígido al ver algo parecido a la lástima en su expresión.

—Sí. Ella murió poco después, y el castigo fue permanente para todos nosotros. Él murió sólo y amargado, habiendo perdido a sus hijos y a su esposa.

—Eso es terrible —la expresión suave de sus ojos lo invitaba a refugiarse en sus brazos, pero su postura rígida le suplicaba que mantuviera las distancias.

Él se enderezó. No necesitaba la compasión de nadie. Había creado una coraza protectora alrededor de sus emociones y no creía que en su interior quedase nada capaz de recibir o dar amor.

Sus carencias debían resultarle aparentes a Sara. Era una joven vivaz que esperaba pasar el resto de su vida con un hombre completo, no uno agujereado por la soledad y endurecido por el exilio.

—Si te parece mejor, presentaré mi dimisión.

—¡No! —exclamó él. Sara dio un paso atrás, como si temiera que fuese a lanzarse sobre ella—. No debes dejar tu trabajo —lo alarmó la idea de que se subiera a un tren y no regresara... Era impensable.

El único curso de acción era un matrimonio inmediato. Era lo sensato y correcto. Su corazón no tenía que ver con la decisión. Manejaría la situación igual que cualquier crisis de negocios, con decisión.

—Seguirás en la sede central, desde luego. En cuanto a viajar en tu estado...

—Si me quedo, seguiré con mi trabajo tal y como es. No deseo condiciones ni favores especiales. Iré a Louisiana la semana que viene, como acordamos.

—No puedes estar en una plataforma petrolera —bufó él—. Es sucio y peligroso.

—No más que ayer, cuando nos informaste a la señora Dixon y a mí de mis responsabilidades allí.

—Ayer no estabas embarazada —se mesó el cabello—. Sí que lo estabas, pero yo no lo sabía. Nuestro negocio es peligroso y sucio, es inevitable, pero no te expondrás a sustancias contaminantes mientras estés embarazada de nuestro hijo.

—El Mansur Asociados se enorgullece de controlar las sustancias dañinas en todas las fases de perforación y extracción —sus ojos lo retaron—. Una de mis funciones es asegurarme de que eso se cumpla.

Él contuvo una risita. Esa mujer estaba a su altura.

—Te quedarás en la oficina durante el embarazo —dijo él, conteniendo una risita. En esa mujer había encontrado la horma de

su zapato—. Te necesito aquí.

—Preferiría estar en obra —ella alzó la barbilla.

—Como he dicho, te necesito aquí.

—Tú eres el jefe —espetó ella, tensándose. Él comprendió que se arriesgaba a un nuevo abuso de autoridad. Pero las circunstancias exigían mano firme.

—Ejerceré mi autoridad en cuestiones de empresa. Es un tema de seguridad, ¿no lo entiendes?

—Sí —aceptó ella tras un titubeo. Tenía la cabeza alta, orgullosa y bella. Fuerte pero suave y devastadoramente femenina. Sus ojos brillaban y las motas doradas reflejaban la luz de las claraboyas. Aún tenía las mejillas sonrosadas por el esfuerzo físico del largo viaje en bicicleta y el de revelar su secreto.

Un secreto que cambiaría su vida para siempre. Hasta entonces él sólo había deseado la calma de la soledad. Estaba harto de mujeres que querían enredarlo. Sin embargo, esa mujer lo había hechizado, y sus sangres se habían unido creando una criatura. No permitiría que lo abandonara.

Sara empezaba a marearse con la mirada fija de Elan. No había comido nada y debía de estar bajándole el azúcar de la sangre hasta el punto del desmayo.

—Estás pálida —dijo él con voz preocupada.

—Yo... tengo hambre. ¿Sería posible...?

—Claro, debes comer. Ven conmigo.

Le ofreció la mano, y ella la aceptó. Sintió una oleada de calor cuando cerró los dedos sobre los suyos. La guió a través del cavernoso espacio de su casa, mientas emociones y sensaciones zumbaban en su cabeza y su cuerpo como un enjambre de abejas. Era un alivio haberse sincerado, y agradecía que él se hubiera tomado la noticia con relativa calma.

Sin embargo, él quería a su hijo. La situación se parecía demasiado a la de sus padres. Sabía que su madre había rechazado a su padre al principio, consciente de que era un vividor y no la amaba. Pero él la había convencido de que casarse con el padre de su retoño era lo apropiado y sensato.

En cierto sentido lo fue, al menos al principio. Pero a la larga dio lugar a un matrimonio amargo y lleno de odio, que entristeció su infancia.

Sentía una intensa atracción por Elan, razón de más para estar prevenida. Sin duda, él era consciente del poder que tenía sobre ella. Debía de considerarla otra de esas mujeres lujuriosas que se rendían a sus pies.

Probablemente había esperado que aceptara su propuesta con júbilo, para luego pasar el resto de su vida lamentándose, mientras

él la despreciaba más y más cada año que duraba ese matrimonio surgido de las circunstancias y no del amor.

Si Elan era como su padre, no renunciaría a su estilo de vida de soltero. Pasaría noches en el desierto con otra mujer, mientras ella cuidaba de los niños.

Pensar en Elan con otra mujer le oprimió el corazón. Por lo que sabía, podía tener novia o incluso un harén. Preferiría andar descalza por el desierto a pleno sol, a verlo con otra.

Igual que prefería pasar unas semanas en un yacimiento a estar sentada a la puerta de su despacho.

—La cocina. Por favor, siéntate. Buscaré algo de comer —soltó su mano, y ella suspiró con alivio. Se sentó a una mesa hecha con una placa de granito salpicado con motas de metal. —¿quieres ensalada de pollo?

—Sí, eso estaría bien.

Elan parecía relajado, como si no hubiera ocurrido nada. Así era también en la oficina. Él se ocupaba de sus negocios mientras ella, atormentada por el deseo de tocarlo, se esforzaba por cumplir sus tareas. Y eso no había cambiado. Los músculos de su espalda se tensaron cuando abrió el frigorífico, y ella se hizo eco del movimiento internamente. Los vaqueros se ceñían a las firmes curvas de su trasero y a las piernas largas y fuertes. Tomó aire y rezó por mantener al menos la apariencia de dignidad.

—Debes de tener hambre, ahora que comes por dos —dijo él, volviéndose para mirarla.

—Eh, sí —la asombró que hablara del embarazo con tanta naturalidad. Ella aún tenía que recordarse constantemente que llevaba a otro ser en su interior.

Él sacó dos cuencos de cerámica negra y cerró el frigorífico con una rodilla. Sara se preguntó cómo podía tomárselo con tanta calma y si realmente esperaba que se casara con él.

Forzó una sonrisa educada mientras su cuerpo se agitaba con la mezcla de incómodas sensaciones que siempre la asaltaban en presencia de Elan.

Él sirvió dos ensaladas diferentes en una fuente de cerámica negra. La gracia y destreza de sus manos hizo que Sara las recordara sobre su cuerpo. Intentó controlar su mente. Había sido esa forma de pensar lo que la había llevado a la situación en la que estaba.

No era justo. Habían utilizado un preservativo. Sólo eran eficaces en un noventa y cinco por cierto de los casos y le había tocado el cinco restante.

—Mi cocinera insiste en preparar comida sana, así que te aseguro que estas ensaladas son muy nutritivas. Aunque ya veo que

te cuidas mucho —echó una ojeada a su cuerpo que a ella la dejó sin aliento.

Se sentía medio desnuda con su ropa deportiva. Debía empezar a aceptar que estaba embarazada y vestirse de otra manera. No cambiar su vestimenta y hábitos era una especie de negación.

—Intento comer bien. Pero no he ganado tanto peso como desearía mi doctora —confesó ella, agarrando el tenedor. La preocupaba que su tendencia a la negación pudiera perjudicar al bebé de alguna manera.

—¿Cuánto deberías haber ganado? —preguntó él con expresión preocupada.

—Entre cuatro y cinco kilos, según ella —murmuró, clavando el tenedor en la ensalada de pollo con aceite de sésamo—. Porque estoy por debajo de mi peso.

—¿Y cuánto has ganado?

—Sólo dos. Pero el bebé está creciendo con normalidad —se metió el tenedor en la boca, arrepintiéndose de habérselo dicho.

—¿Pesas de menos? —él abrió los ojos—. Olvida las ensaladas, son refrescantes en un día caluroso, pero necesitas algo más consistente —volvió al frigorífico—. Debes comer como yo, carne roja en abundancia.

—No, gracias. Te he visto comer y no estoy a la altura —rió ella, al ver la expresión seria de Elan.

Él se volvió para mirarla, y ella se sonrojó al recordar la vez que habían comido juntos, esa noche en el desierto. Primero habían comido y después se habían saboreado el uno al otro.

Elan abrió los labios como si lo asaltara el mismo recuerdo, y el rubor de Sara se intensificó.

—Esa noche... —él se pasó la mano por el pelo.

—Fue un terrible error —estalló ella—. No debería haber ocurrido —las lágrimas atenazaron su garganta. Una indiscreción con repercusiones permanentes. El rostro de Elan se oscureció y se dio la vuelta.

Elan tomó aire. Iba a decir que la noche no había sido planeada, pero que sus consecuencias podían ser... Maravillosas. Tenía que conseguir que ella también lo viera así.

—Sara, sé que es una situación inesperada. Como he dicho, asumo la responsabilidad y te aseguro que no te faltará de nada.

—No quiero tu dinero —dijo ella rápidamente.

Elan se tensó. Le había ofrecido compartir su vida con ella, y ella pensaba que sólo pretendía darle dinero. Se sintió insultado.

—El dinero no es lo importante —gruñó.

—Me gustaría seguir trabajando mientras sea posible —alzó los

ojos hacia él, suplicante—. Y preferiría que nadie supiera que el bebé es tuyo. No me respetarán en la oficina si saben que… «Me he acostado con mi jefe».

A él se le contrajo el corazón. Podía imaginar las risitas y cotilleos junto a la máquina de café. Por supuesto, si se casaba con él, eso sería muy distinto.

Tenía que conseguir que entrara en razón.

Desde el frigorífico, observó cómo comía. Tal vez sería posible que se casaran esa misma semana y anunciar el embarazo y la boda al mismo tiempo.

Señora de Elan Al Mansur.

Admitió que el nombre no cuadraba con su cabello rubio y grandes ojos color jade. Era un nombre pesado, con siglos de tradición a su espalda.

Pero sabía que el matrimonio podía funcionar. Formaban un gran equipo de trabajo. Y entre las sábanas… Bueno, no había habido sábanas, pero le subía la temperatura al recordar la sensación de estar dentro de Sara. Excitación explosiva y satisfacción total. Nunca había sentido nada igual.

—Sara, debo insistir. Dime por qué, exactamente, rechazas mi propuesta de matrimonio.

Si conocía sus razones, la convencería. Tenía reputación de ser un gran negociador. Se le daba bien cambiar la opinión de la gente. Y para él, el matrimonio era lo único razonable.

Ella se mordió el labio, nerviosa, y lo miró.

—No me amas —dijo las palabras suavemente. Parpadeó y volvió a ruborizarse.

Tenía razón. Él había perdido la capacidad de amar, pero tal vez la recuperan con su ayuda.

—El amor crece en el matrimonio.

—A veces sí, a veces no. Como tú bien sabes —se enderezó en la silla y sus ojos brillaron.

Él se arrepintió de contarle su historia familiar, porque tenía razón. El matrimonio de conveniencia de sus padres había sido un desastre. Se mesó el cabello, buscando algún razonamiento a su favor.

—Me gustas, Sara. Te respeto —sus palabras parecieron venir de muy lejos, y resonaron en las superficies de piedra de la habitación.

Ella inclinó la cabeza, y él vio una lágrima salpicar la superficie de granito. Apretó las manos, impotente.

—Sara, por favor… —fue hacia ella, incapaz de resistirse a abrazarla. Pero ella se puso rígida y lo miró con ojos brillantes de lágrimas, suplicando distancia.

—Nadie puede predecir el futuro, Elan —su voz tembló, pero luego se afirmó—. Mis padres se casaron porque mi madre estaba embarazada. Fue un matrimonio vacio que los empobreció a los dos. No quiero eso para mí ni para mi hijo.

Él sintió opresión en el pecho. Esa dura experiencia se parecía a la vivida por él. Seguía anhelando rodearla con sus brazos, pero no era el momento.

Su naturaleza fiera y testaruda requería que la manejara con destreza, como a su nueva yegua. Pero no tardaría en hacerla suya.

—Me gustaría irme a casa —musitó ella.

—Desde luego.

Elan miró a Sara entrar en su edificio, empujando la infernal bicicleta que él acababa de bajar del coche. Todo su ser se rebelaba contra dejarla marchar. Le compraría un automóvil, quisiera ella o no.

Sería una boda sencilla, pero no escatimaría en los lujos que merecía su finura esposa. Joyas que avivaran el brillo de sus ojos, un vestido que complementan su bella figura, regalos que la llenaran de gozo.

«Más me vale poner todo en marcha», pensó.

Capítulo Nueve

Sara se tensó cuando Elan apoyó el codo en el escritorio, y agitó las llaves que colgaban de su dedo.

Había insistido en que disfrutara con él en su despacho, a puerta cerrada, del delicioso almuerzo preparado y entregado por su chef personal.

Volvió a presionarla para que aceptara el mercedes e500 que había encargado sin consultarla.

—No, no puedo aceptarlo —se limpió los dedos en la servilleta y se reclinó en la silla.

—Es por pura eficiencia. Emplearás mejor tú tiempo trabajando que montando una bicicleta.

—No lo hago en horas de trabajo —protestó ella con ira—. ¿Acaso no soy la primera en llegar y la última en marcharme?

Él la observó en silencio un momento.

—Tu doctora debería aconsejarte que no montes esa maldita cosa estando embarazada. ¿No es un esfuerzo excesivo en tu estado?

—Dice que mientras no me sienta cansada o sin aliento, puedo hacer vida normal. De hecho, el ejercicio es bueno para el embarazo y facilita el parto.

—Bah. ¿Qué saben los médicos? Conducir un coche con aire acondicionado es más sano... Y los demás conductores te ven llegar —insistió él.

—No puedo aceptarlo —ella se cruzó de brazos. No quería sentirse en deuda con él. Tenía que tomar sus decisiones basándose en lo que consideraba correcto.

—Es innegable que montar en bicicleta te mantiene en forma —Elan se recostó en la silla y se cruzó de brazos, imitando su postura. Miró sus senos, mucho más hinchados, y una sonrisa curvó su sensual boca. A ella la irritó que se le endurecieran los pezones con su mirada de admiración. Lo maldijo para sí.

Era una nueva táctica. Desde que le había dado la noticia, hacía tres días, flirteaba con ella. Intentaba seducirla. En vez de sujetarle una puerta con rigidez para que pasara, ponía los dedos en su espalda y la guiaba con suavidad. En vez de mirarla de reojo, dejaba que su mirada descansara en su rostro y de vez en cuando en la curva de sus pechos hinchados.

La admiración oscurecía sus ojos y no lo ocultaba.

Sara, siempre en lucha con su atracción por Elan, estaba

desconcertada. Sabía que deberían irritarla sus miradas, dignas de una denuncia por acoso sexual.

Pero sólo deseaba aceptar su silenciosa oferta de arrancarle la ropa y seducirla allí mismo, sobre la moqueta de su despacho.

Su nueva estrategia era muy, muy peligrosa.

Apartó el plato de estofado de ternera y levantó la propuesta de prospección que estaban preparando.

—Punto tres, profundidad del pozo. Se ha determinado que el pozo debe ser de al menos 1000 metros —leyó—. Eso es mucho. Será caro.

—Sí, pero el resultado promete ser magnífico —comentó él. Ladeó la cabeza y su voz se hizo más grave—. Una vez establezcamos un flujo constante.

Era terminología ordinaria en su trabajo, pero entre ellos nada era ordinario; la voz de Elan tuvo el efecto que deseaba. En Sara provocó oleadas de calor, pensamientos eróticos y cálida humedad.

—Sin duda —se irguió en la silla y entrecerró los ojos—. Supongo que hablamos del dulce y ligero petróleo crudo, ¿verdad?

Elan enarcó una ceja y sonrió. Ella tuvo que controlar una sonrisa traicionera. En ese momento se abrió la puerta, y Sara dio un bote en la silla.

—Perdone la interrupción, señor Al Mansur —la señora Dixon asomó la cabeza un segundo—. Tiene una llamada urgente del señor Redding.

—Me llevaré los platos —Sara se levantó y recogió el escritorio, agradeciendo la excusa para poner fin a una conversación que seguía un derrotero peligroso.

Esa mañana las miradas de Elan la había asaltado con miles de palabras no expresadas. Una parte de ella quería oírlas, pero al mismo tiempo tenía miedo.

Elan no la amaba. Quería casarse con ella por razones equivocadas.

Era un hombre fuerte en todos los sentidos. Su impresionante físico era espejo fiel de su determinación. Tenía que mantener la perspectiva y la distancia, no dejarse arrastrar por la fuerza de voluntad de él ni por el deseo que la mantenía cautiva.

—Deja que las lleve yo —la señora Dixon se puso en pie cuando Sara salió con la bandeja cargada.

—No hace falta. Las llevaré a la cocina y las pondré en el lavavajillas.

—Deja que al menos lleve los platos —alzó los platos sucios de la bandeja y pulsó el botón del ascensor—. Me irá bien estirar las piernas. No podemos permitirnos que nos salgan varices, ¿no crees?

—sonrió, y Sara le devolvió la sonrisa.

A pesar de su rígida apariencia, la señora Dixon era una mujer agradable. Tan considerada que hacía que Sara se sintiera egoísta y vana por su ansia de experiencia y progreso. Últimamente no tenía tiempo de regar las plantas de Elan. Entraron al ascensor.

—Señora Dixon, sé que lleva años haciendo este tipo de trabajo y yo soy bastante nueva. ¿Dónde pone el límite entre las tareas que está dispuesta a hacer y las que no?

—¿Límite? No hay límite. Mi trabajo es ayudar a un ejecutivo y hago cuanto está en mi mano para satisfacer sus necesidades.

—¡Eso suena peligroso! —rió Sara— ¿Qué es lo peor que le ha pedido un jefe que hiciera? «¿Tumbarse desnuda bajo él en el desierto?». No se imaginaba qué pensaría la señora Dixon si lo supiera. O si supiera que llevaba un hijo de Elan.

—Bueno —la señora Dixon frunció los labios. Sus mejillas empolvadas se tiñeron de rubor—. Me temo que a veces mi función es ocuparme de regalos y favores para... ¿cómo decirlo? —ladeó la cabeza—. Para sus amantes.

—Cielos, ¿todos engañan a sus esposas?

—No todos —la señora Dixon apretó los labios—. Pero debemos recordar que estos hombres tan poderosos se ocupan de problemas y crisis que desquiciarían a un hombre normal. Necesitan un escape para su estrés —parpadeó rápidamente.

—Ahí estaría mi límite. No haría recados para la querida de mi jefe —Sara sintió un cosquilleo en la espalda que acabó poniéndole la carne de gallina.

—Quizá por eso las mujeres de mi generación seguimos teniendo trabajo —la señora Dixon sonrió—. Los hombres tienen sus necesidades, es mejor aceptarlo —se inclinó hacia Sara con aire conspirador—. De hecho, esta mañana el señor Al Mansur me ha pedido que asegure y envíe unas joyas a una mujer.

—¿Qué? —la voz de Sara sonó demasiado alta.

—Si —llegaron a la pequeña cocina y dejaron la vajilla en la encimera—. Deberías verlas. Exquisitas. Encargadas a Londres. Incluso me enseñó unas imágenes en el ordenador y pidió mi opinión —tocó el brazo de Sara—. Sesenta mil dólares —susurró—. Quienquiera que las reciba, es una chica afortunada.

Unas manchas negras bailotearon ante los ojos de Sara. ¿Una novia? Intentó controlar la respiración. O tal vez fueran para ella.

No habían vuelto a hablar de la propuesta de matrimonio. Por lo visto había perdido interés en el tema, lo que la tranquilizaba e incomodaba al mismo tiempo. Se preguntó si planeaba convencerla con joyas, miradas ardorosas y coches de ochenta mil dólares. Comprarla como compraría a una yegua.

—Sí, una chica con suerte. Las entregarán en una dirección de Las Vegas.

Eso fue un golpe directo al plexo solar de Sara. Las Vegas estaba a cientos de kilómetros. Había sido una estúpida al pensar que eran para ella. Una idea irrisoria. Rechinó los dientes. Nunca aprendería.

—Supongo que te resulta difícil imaginarte a nuestro señor Al Mansur con una corista —rió la señora Dixon—, pero llevo trabajando el tiempo suficiente para saber que hasta los caballeros más serios disfrutan de la compañía de esas chicas alegres. ¿Y por qué no iba a tener una novia guapa, o diez? Al fin y al cabo no está casado.

No. No lo estaba. Pensar en Elan con otra mujer la dejó helada. Se preguntó si pretendía casarse con ella y tener otra mujer, o varias, a su disposición.

Igual que había hecho su padre.

—¿Estás bien, querida? Te veo pálida.

—Muy bien —contestó—. Tengo un poco de acidez.

—Bueno, será mejor que volvamos a nuestros escritorios. No sería bueno que el señor Al Mansur saliera y ninguna de las dos estuviera disponible.

—No —Sara siguió a la señora Dixon. Se alegraba mucho de haber rechazado el coche. Si Elan creía que podía comprarla para incrementar su yeguada de mujeres estaba muy, pero que muy, equivocado.

La luz del intercomunicador de Sara parpadeó. Se preguntó qué quería; estaba a punto de irse a casa. Llevaba todo el día requiriéndola en su despacho con un pretexto u otro y tenía los nervios destrozados. Necesitaba estar lo más lejos posible de él.

—¿Sí?

—Ven, por favor.

—Ahora mismo —reunió coraje y entró.

—Cierra la puerta —Elan estaba en su sillón, con las manos detrás de la cabeza y los codos en el aire—. Felicidades —sonrió enigmáticamente un segundo—. Has conseguido la cuenta Anderson. Tu presentación y tu propuesta los impresionaron muchísimo.

—Excelente —Sara contuvo a duras penas el deseo de alzar el puño en el aire, en señal de victoria.

—Excelente es la única palabra que describe tu trabajo últimamente. Por desgracia, mis plantas se marchitan echando de menos tus cuidados. A la señora Dixon no parecen dársele tan bien como a ti.

—He estado muy ocupada con proyectos importantes, como sabes —dijo ella.

—Lo sé. Y, dadas las circunstancias, pretendo aligerar tu carga de trabajo —se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa—. Deberías estar durmiendo ocho horas, reservando tu energía y tomando comidas nutritivas y bien preparadas. Le pasaré la propuesta de Farouk a Andrew, Claire y Patrick trabajarán en el proyecto Macdorman y yo me ocuparé personalmente del proyecto Anderson.

—Pero eso me deja… —la sensación de alivio inicial se convirtió en alarma mientras él hablaba.

—Con tiempo para relajarte y disfrutar de tu embarazo. Últimamente pareces cansada y, como has admitido, no has ganado el peso suficiente. Debemos garantizarle a nuestro bebé las mejores condiciones, ¿no crees?

—Bueno, sí, pero… —iba a quitarle todos los proyectos. Y ya había delegado sus tareas administrativas en la señora Dixon. Tal vez pretendía que se pasara el día limándose las uñas, o regando sus plantas. O atendiendo a sus otras necesidades.

Necesidades que una corista de Las Vegas satisfaría mucho mejor que ella. Apretó los puños.

—Me gustaría concluir los cálculos de la propuesta Farouk yo misma. He investigado mucho, y creo que en este momento puedo ofrecer los datos más detallados… —su voz fue subiendo de volumen y Elan la silenció levantando una mano.

—Como quieras. Abdul Farouk me ha comentado lo impresionado que estaba con tu detallado análisis de la complejidad del proyecto. Pero quiero que informes a Andrew de todos los datos —le lanzó una mirada devastadora—. Porque dentro de poco tendré para ti otro proyecto muy importante.

Ella intentó mantener una expresión impasible mientras su cuerpo ardía de ira y excitación.

—Será mejor que me vaya —siseó—. Tengo revisión médica a primera hora de la mañana. Acabaré sobre las nueve y media, así que llegaré antes de la reunión. La propuesta de Farouk estará lista a mediodía.

—No lo dudo —sonrió él—. Confío en ti plenamente.

Sara se apresuró a salir, sintiendo el eco de su voz en los oídos. Lo había dicho como si se refiriera a mucho más que su capacidad de acabar un trabajo a tiempo. No sabía qué pretendía Elan.

Ya junto a su bicicleta, miró con añoranza el coche plateado que había junto al de Elan. Durante un instante lamentó no poder aceptarlo, igual que no podía aceptar convertirse en esposa de Elan. Cuando pensaba en pasar con él el resto de su vida sentía júbilo un instante, hasta que recordaba las palabras de su madre: *«No te cases*

con un hombre que no te ame. Te arrepentirás toda tu vida. Como yo».

Esas palabras siempre ponían coto a su febril imaginación y la devolvían a la tierra.

Elan miró su reloj otra vez, preguntándose dónde estaba Sara. La cita médica debería haber finalizado a las nueve y media. Fue a la ventana, buscando rastros de la maldita bicicleta a la que estaba tan apegada.

Una amplia sonrisa curvó su boca cuando la vio entrar al aparcamiento. Era grácil, atlética y se movía con la dignidad de una reina. Una reina con pantalones cortos elásticos y una deportiva camiseta de maternidad. Al menos la había convencido para que empezara a utilizar casco.

Sintió una cálida sensación mientras la observaba alzarse en el último giro e ir hacia la parrilla para bicicletas que sólo ella utilizaba. Un coche gris salió de repente y la lanzó al asfalto.

El terror disparó todas las neuronas de su cerebro. Agarró el teléfono, salió del despacho y corrió escaleras abajo mientras llamaba a emergencias.

—¿Cuál es el problema?

—¡Una ambulancia! ¡La han atropellado!

—Disculpe, señor. ¿Puede hablar más despacio?

—Un coche ha golpeado a Sara... Iba en bicicleta —jadeando, salió por la puerta de emergencia al sol cegador del aparcamiento —. En Canyon Road, 500. ¡Por favor, dense prisa!

Se le heló la sangre en las venas a ver a Sara tendida en el asfalto y al conductor mirándola. Corrió hacia ella y se arrodilló. Puso la mano en su cuello. El pulso era regular.

—No la vi —aseguró el conductor.

Elan lo ignoró. Sara estaba inconsciente, pero respiraba. Luchó contra el deseo de tomarla en sus brazos. No debía moverla por si tenía daños internos. Acarició su mejilla. Deseó gritar pidiendo una ambulancia, pero tal vez ella lo oiría y no quería asustarla.

—¿Sara?

No hubo respuesta, ni siquiera un parpadeo. El miedo oprimió su corazón y maldijo entre dientes. Se llevó el teléfono al oído.

—¿Dónde está esa ambulancia?

—Va de camino. ¿Está consciente la víctima?

—No —tragó aire—. No está consciente. ¡Dense prisa! Está embarazada.

—¿Respira?

—Sí, respira bien.

—No la mueva. La ambulancia llegará en cinco minutos.

El tiempo se hizo eterno mientras sujetaba su mano y contemplaba el ascenso y descenso de su pecho. Nunca se había sentido tan impotente, y ardía con la necesidad de hacer algo, lo que fuera, para ayudarla.

—Sara, ¿me oyes? —no hubo respuesta.

Una multitud se había congregado a su alrededor. Ella parecía pequeña y frágil tirada en el suelo, con el sol del desierto cayendo sobre ella. Deseó protegerla de sus rayos y refrescar el ardiente asfalto.

—Sara —susurró. Sin respuesta.

Por fin la ambulancia entró en el aparcamiento con la sirena aullando. La gente se apartó para dar paso a los paramédicos, que tomaron las constantes vitales de Sara y la subieron a una camilla.

Elan montó una escena suplicándoles que tuvieran cuidado; le revolvía el estómago ver a unos desconocidos tocarla y manipularla.

—¡Apártense! —gritó el paramédico, antes de cerrar la puerta trasera de la ambulancia.

—¡Déjeme subir! —gritó Elan.

—Lo siento señor, no hay sitio.

—Pero es mi… soy su… ¡soy el padre del bebé! —su grito resonó entre las voces que murmuraban.

—Lo siento, señor. La llevamos al hospital general, puede seguir a la ambulancia.

Él sintió ira y desesperación cuando la ambulancia se puso en marcha. Maldijo en voz alta al comprobar que no llevaba encima las llaves del coche.

Apartó a los mirones y corrió al edificio y escaleras arriba. Entró al despacho y agarró el llavero que había en el escritorio. Cuando se sentó tras el volante de su coche, sudaba y jadeaba.

—¡Que no se muera! —gritó con desesperación, culpándose del accidente. Había pecado de negligencia al permitirle utilizar esa ridícula bicicleta en su estado. A partir de ese momento la cuidaría, le gustara o no a ella. Era su deber, y no volvería a fallar.

Llegó al hospital con un chirrido de ruedas y aparcó ante la entrada de urgencias. Salió del coche y empujó las puertas de cristal.

—Sara Daly, ¿dónde está? —le exigió a la recepcionista, interrumpiendo su conversación con otra mujer.

—Un momento, por favor.

—Acaban de traerla… ¡está malherida! —se apartó del mostrador y fue hacia la puerta que había detrás.

—Señor, ¡no puede entrar ahí!

—Pero necesito… —dos ordenanzas se acercaron y sujetaron sus brazos para impedirle que pasara—. No lo entienden… soy su…

Su ¿qué? No era su marido, ni siquiera era su novio. Era su jefe.

—Señor, por favor, venga por aquí —había dejado de resistirse a los ordenanzas y permitido que lo llevaran a otro mostrador y lo depositaran sin ceremonias en una silla.

—Sara Daly —le dijo a la mujer de cabello plateado que miraba una pantalla de ordenador—. Necesito estar con ella —añadió con firmeza.

—Le entiendo. Deje que consulte su registro de entrada —lo miró con amabilidad y volvió a centrarse en la pantalla—. Está en una sala de examen, el médico está con ella.

Elan cerró los puños al imaginar a Sara tendida en una mesa con las manos de un extraño sobre ella.

—Tendrá que esperar aquí hasta que el médico…

—¡No puedo! —se levantó de un salto y, de inmediato, los ordenanzas lo aferraron.

—Sé que es un momento difícil, señor, pero supongo que no querrá impedir a médicos y enfermeras que realicen su tarea.

—No, claro que no —miró al ordenanza que tenía a la derecha, que lo observaba con pena—. Esperaré.

Recorrió la sala de espera de arriba abajo, sin descanso. Todo era culpa suya. Había roto sus propias normas y llegado a una situación sobre la que no tenía control. Sara tenía que vivir. Debía vivir. Y él se aseguraría de que no volvieran a separarse.

Sara estaba en un pequeño cubículo, sentada en una camilla con ruedas. Sólo una cortina azul la separaba del pasillo y de los demás cubículos. Oía a la paciente de al lado hablando en español. Le dolía el tobillo y casi deseó haber aceptado el calmante que le habían ofrecido, pero miró la curva de su vientre y se alegró de no haberlo hecho.

No sabía cuánto tiempo llevaba en el hospital, aunque había recuperado el conocimiento en la ambulancia. Le parecía una eternidad, llena de extraños examinando sus ojos, poniendo electrodos en su vientre y vendando su tobillo. El miedo había dado paso al agotamiento y estaba deseando irse a casa.

La cortina se abrió, dando paso a Elan. Se acercó a ella y agarró su mano.

—Sara —dijo con voz ronca.

—Sólo me he dislocado el tobillo —dijo ella con coraje fingido —. Y el bebé patea como un karateca.

Elan besó su mano, y ella sintió una oleada de calor reverberar

por sus vapuleados miembros. Sintió la necesidad de abrazarlo, pero su cuerpo dolorido y su mente cautelosa se lo impidieron.

—Es un milagro que estés bien. En un accidente como ése, podría haber ocurrido cualquier cosa.

La intensidad de su voz estuvo a punto de desencadenar la riada de emociones que había estado conteniendo desde que recuperó el conocimiento, con una luz en los ojos y oyendo voces desconocidas.

—Me duele todo —admitió. Y no sólo se refería al tobillo. También sentía el dolor de sentir el amor y consuelo de alguien que la quisiera de verdad. Justo cuando iba a rendirse a la tentación de abrazarlo, los rasgos de él se endurecieron.

—Tengo que llevarte a casa.

—Creo que la enfermera traerá el alta en unos minutos. El médico quería que pasara aquí la noche, por la conmoción. Pero como el bebé se mueve con normalidad, y mis constantes vitales están bien, ha accedido a dejarme marchar.

—Excelente —Elan dio una palmada—. ¿Dónde está esa enfermera? —apartó la cortina y miró el pasillo—. Vendrás a casa conmigo, por cierto. Y no discutas.

—Al contrario, te agradezco que me lleves a casa.

—Cuando he dicho «a casa conmigo», me refería a mi casa —advirtió él, enarcando una ceja.

—Oh, no. No puedo hacer eso.

—¿He pedido tu opinión? —salió a buscar a la enfermera.

Sara intentó ponerse en pie, pero el dolor de tobillo fue tan intenso, que lanzó un gritito.

—¿Qué ocurre? —Elan regresó de inmediato.

—He intentado ponerme de pie —confesó ella.

—No empeores las cosas —dijo él, exasperado—. Yo te llevaré en brazos si hace falta.

Sara casi se rió al imaginárselo llevándola con el vientre en pompa, como un gran Buda de porcelana.

—De verdad que quiero volver a mi casa —anhelaba caer en su cama y dormir.

—Imposible —dijo él, sin mirarla. Sara se indignó. Era su jefe, pero sólo en la oficina, no fuera de ella.

—¡No tienes ningún derecho! —exclamó.

—Puede que no, pero sí dos piernas sanas y brazos fuertes, que es más de lo que puedes decir tú ahora mismo. ¿Dónde estará esa enfermera?

La enfermera llegó en ese momento.

—Aquí traigo el alta, tiene que firmar abajo —le entregó una tablilla portapapeles a Sara.

—Sara recibió un golpe en la cabeza —dijo Elan—, aún hay riesgo de conmoción, ¿correcto?

—Sí. No hay hinchazón, pero...

—¿Debería estar con alguien que se ocupe de ella y la traiga aquí si tiene algún síntoma extraño?

—Por supuesto.

Elan le aseguró a la enfermen que estaría en buenas manos, excelentes. Su expresión satisfecha enervó a Sara aún más. El afecto que había sentido por él minutos antes se evaporó por completo.

Su empeño en llevarla a su casa debía ir unido a su campaña para conseguir que se casara con él. Mientras Elan empujaba su silla de ruedas pasillo abajo, casi sintió que su sonrisa le quemaba la nuca.

—Relájate, Sara, la tensión retrasará tu curación.

Su voz sonó tan risueña, que ella rechinó los dientes. Haría lo que fuera para curarse y alejarse de las excelentes manos de Elan y volver a la paz e intimidad de su piso.

Si creía que esa clase de comportamiento iba a convencerla para que se casara con él, se equivocaba.

Capítulo Diez

—Tengo que confesarte algo, Sara.

Estaba cómodamente recostada en la salita de estar, con aperitivos, zumo, libros y el mando de la televisión al alcance de la mano.

—¿Qué? —enarcó una ceja y lo miró con frialdad.

—Es posible que haya anunciado la paternidad del bebé, sin darme cuenta.

Ella dio un respingo, pero no dijo nada.

—Había mucha gente en el aparcamiento cuando llegó la ambulancia —se rascó la cabeza y la miró a los ojos—. Dije algo como: «Va a tener a mi hijo».

Sara abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Tenían que enterarse antes o después.

Ella se miró las rodillas y tensó los hombros.

—No me dejaron subir a la ambulancia —explicó él—. La verdad, no recuerdo lo que dije. Pero sí que deseé decir: «Es mi esposa».

Sara lo miró un instante.

—Pero como no has aceptado mi proposición, aún, me limité a decir la verdad.

En el fondo, a ella le gustó que el secreto ya no lo fuera. Ocultar algo tan importante no podía ser bueno. Los secretos originaban mentiras y medias verdades, feas sombras que distorsionaban la realidad.

—¿Te dejaron subir? —aunque no lo miró, dio un tono bondadoso a la pregunta.

—No, pero da igual. Fui de todas formas.

—Siento que no te dejaran subir a la ambulancia ella —estudió sus piernas, una estaba cubierta con una venda elástica color negro. La otra parecía muy delicada, larga y morena en comparación.

—Supongo que tenían que enterarse en algún momento. Apuesto a que fue una sorpresa para todos.

—Lo que piensen no me concierne.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a la idea —su expresión se suavizó un poco, y él se alegró.

—¿Te duele el tobillo?

—Un poco.

—¿Necesitas algo?

Ella se puso un dedo en los labios, pensativa.

—Sí, la luna en una cuerda —dijo, muy seria—. Estoy aquí con todo tipo de comodidades. No creo que me falte nada, excepto la libertad de volver a mi casa.

Desvió la mirada y tiró del bajo de los pantalones cortos que le había dejado. Se amoldaban a su figura igual que la camiseta talla extragrande. Era extraño que dos personas pudieran encajar tan bien teniendo tallas tan distintas.

—Oigo tu sonrisa —se quejó ella.

—La sonrisa queda oficialmente borrada de mi rostro —dijo él, pasándose la mano por la boca. La sonrisa, sin embargo, no desapareció. No le gustaba tenerla prisionera, pero sí a su alcance y a salvo.

No quería que Sara sufriera dolor, pero tampoco que el tobillo se curara demasiado pronto. Teniéndola cómodamente instalada en su casa, disfrutando de sus cuidados, llegaría a comprender que asociarse con él era la mejor solución para lo que estaba ocurriendo dentro de su delicioso cuerpo.

***

Todo el mundo sabía que se había acostado con su jefe. Era vergonzoso, pero verdad. Así acababa su cultivado aire de fría profesionalidad. Flotando al viento, como todo lo demás en su vida.

Y se estaba volviendo loca. Elan pululaba a su alrededor como el genio de la botella, exigiendo conocer todos sus deseos.

Verlo con un traje a medida era suficiente para embobarla. Pero su enorme, cálida y masculina presencia sin más que unos vaqueros desteñidos la desquiciaba del todo.

Sabía que él lo hacía a propósito. Quería que viera el movimiento de cada uno de los músculos de su físico perfecto. Era una tortura cruel e inhumana.

No bastaba con que tuviera un tobillo dislocado y el trasero amoratado. No. Él además quería asegurarse de que pulsara y se estremeciera por dentro y en todo tipo de lugares inconvenientes. De que sus pezones estuvieran siempre erectos bajo el suave algodón de la camiseta prestada. De que no se concentrara en las revistas, libros y vídeos que le llevaba.

Porque no podía dejar de pensar en él.

Y se portaba de maravilla. Atendía sus necesidades día y noche, organizando la habitación a su gusto, ahuecando las almohadas, llevándole sus comidas favoritas y un inacabable surtido de bebidas

frías y calientes. Esperando convertirla en su esposa.

Era suficiente para que cualquier mujer se rindiera. Para que olvidara el mundo exterior y se acomodara allí para siempre. Para que sus planes, sueños y objetivos se evaporaran ante un plato de trufas caseras servido por una mano grande y ancha.

Casi.

—¿Te apetece un masaje? —apareció de nuevo, con los músculos brazos cruzados estilo genio de la lámpara y una sonrisa risueña.

—No. ¡No me apetece un masaje! —le gritó, sorprendiéndose a sí misma—. Perdona. Creo que estar aquí encerrada me desquicia.

—¿Tú me cuidarías si estuviera herido? —preguntó él con un brillo travieso en los ojos.

—Ni en broma. Te habría dejado pudriéndote al lado de la carretera —abrió una revista con rabia.

—No te creo.

—¿No? —ella lo miró con una ceja arqueada—. Si fuera Florence Nightingale, habría estudiado Enfermería, no Dirección de Empresas.

—Entonces, es una suerte que nuestros hijos vayan a tenerme a mí para ocuparme de sus heridas —su boca se curvó con una sonrisa de medio lado.

—¿Nuestros hijos? —su voz sonó estrangulada por la furia—. Voy a tener un bebé. He visto la ecografía.

—Por ahora —sonrió enigmáticamente—. Te hace falta un masaje. Pareces muy tensa — afirmó él con voz suave y sensual.

Antes de que pudiera protestar, se situó detrás de su sillón y le retiró el pelo del cuello. Puso los pulgares a ambos lados de su columna y empezó a presionar con suavidad y firmeza el músculo agarrotado.

—¡Ay! —gritó ella con mezcla de dolor y alivio.

—Necesitas un masaje de tejidos profundos —gruñó él en su oído—. Muy profundos.

Ella gimió cuando los curtidos pulgares encontraron un nudo de tensión. Su varonil y delicioso aroma la envolvió; una peligrosa mezcla de jabón, caballo y almizcle. Tal vez incluso unas gotas de petróleo.

Los pulgares recorrieron su espina dorsal, trazando círculos y aliviando el dolor. Su cálido aliento le cosquilleaba la nuca.

—Tengo otra confesión que hacer —murmuró él.

Sara tragó saliva, preguntándose si iba a confesar sus aventuras. No quería oír nada al respecto.

—Debo pedirte disculpas por haberte cargado de trabajo —

clavó los pulgares justo encima de su cintura—. Fue inexcusable de mi parte.

—Al contrario —dijo ella—. Te agradezco el detalle de haberme dado la oportunidad de demostrar mi valía. Pocos jefes lo habrían hecho.

—Ninguno, creo yo —Elan soltó una risita profunda y peligrosa que ella sintió en el vientre—. Confieso que mis intenciones no eran del todo honorables —hizo una pausa—. Pretendía presionarte al límite, hacerte lamentar el día en que me conociste.

Tal y como Sara había imaginado. Ella sintió un destello de furia recorrer sus músculos.

—No imaginaba... —su aliento volvió a cosquillearle la nuca—, que responderías a cada reto con tanta brillantez. Comprobé que, sin duda, eres la única mujer para mí.

Mientras sus palabras la penetraban como un rayo, provocando un destello de orgullo, sus labios tocaron la base de su cuello. Sintió dientes, lengua y la sensación de estar siendo devorada. Dejó escapar un gemido y oyó campanas de alarma.

—Espera...

—No lo dices en serio —rozó su cuello con los dientes.

Tenía razón. Ella no podía resistirse mientras sentía sus manos en la piel, acariciando y palpando, mientras oía su respiración en la oreja.

—Eres mi destino, Sara. La mujer elegida por el universo para ser mi esposa. Fui demasiado testarudo para verlo, estaba ciego, hasta que el destino puso a mi hijo en tu vientre, dejando claro que debemos ser marido y mujer.

Sara se estremeció en lo más profundo. Lo que él decía sonaba correcto, obvio.

Con un ágil movimiento, se sentó en la chaise longue, ante ella; con los ojos bajos, agarró el borde de su camiseta y lo levantó.

—Quiero sentir tu piel junto a la mía.

Antes de que pudiera quejarse, le sacó la camiseta por la cabeza. Y sólo llevaba pantalones cortos y un sujetador deportivo. Él rodeó su cintura con las manos y la atrajo, igual que aquella noche en el desierto.

—Mi Sara —dijo, rozando un pezón con el pulgar.

La posesiva frase la alarmó y excitó a un tiempo. Se le aceleró la respiración cuando sus pómulos y su aristocrática nariz se acercaron. Durante un segundo, sus labios estuvieron a milímetros de los de ella. Sintió el calor de su piel e inhaló su viril aroma. En ese instante pensó que se moriría si no la besaba.

Después sus labios la atraparon y envolvieron en un torbellino de emociones.

Nunca había conocido a un hombre como él. Peligroso en su poder, fiero en su pasión y tierno en sus caricias. Un hombre de emociones profundas enterradas bajo una vida de duras pruebas y triunfos.

Mientras el gruñía en su boca, supo que su insistencia en mantenerla prisionera se debía a su afán de protegerla. De mantenerla a salvo. Y sintiendo sus poderosos brazos rodeándola, deseó que la mantuviera a salvo... para siempre.

«Te quiero», sintió las palabras surgir de su interior. Elan besaba sus labios, lamiendo y jugando, hasta que estuvo a punto de decirlas. Pero algo las contuvo.

Enredó los dedos en su espeso cabello, acercándolo hacia ella, mientras su cuerpo temblaba, locamente excitado. Se preguntó por qué no podía decirle que sus sentimientos por él iban más allá de la lujuria.

Porque no confiaba en él.

Como una ducha de agua fría, el recuerdo de sesenta mil dólares en joyas traspasó su cerebro y le puso la carne de gallina. Se apartó de él, jadeando.

Elan entreabrió los ojos, oscuros de pasión. La miró con los labios húmedos.

—No puedo —dijo ella con voz clara y firme.

La mirada de él la traspasó. Con media sonrisa, tiró de su cintura y volvió a atraerla.

—¡No! —exclamó ella, rígida—. No seré la última incorporación a tu establo. No seré tu nueva yegua.

—Todo semental necesita una buena yegua —dijo él con una sonrisa arrogante que intensificó la furia de Sara. Las oscuras palabras, acompañadas de un brillo divertido en los ojos, la enervaron.

—Todo semental tiene una manada de yeguas. No viviré así. Como ya te dije, así era como mi padre trataba a mi madre. Prefería morirme de hambre.

Para cuando terminó de hablar, estaba de pie, a pesar del pinchazo de dolor que sintió en el tobillo.

—¿De qué estás hablando? —él arrugó la frente—. No tengo ninguna intención de admitir a otras mujeres en mi vida. Tú, más que nadie, deberías saber que estaba harto de las mujeres hasta que apareciste.

—La señora Dixon me contó que habías encargado joyas —alzó la barbilla con despecho—. Para que las entregaran en una dirección de las vegas. Todos sabemos lo que ocurre en la ciudad del pecado.

Se sonrojó. Repetir en voz alta el cotilleo de una secretaria

sobre su vida personal la rebajaba.

—¿Eso te dijo la señora Dixon? —Elan soltó una carcajada—. Me sorprende. Parecía la discreción personificada. Creí que podía confiarle mis secretos.

Que se riera de su preocupación la enfureció.

—¿Cómo puedes reírte? ¿Cómo crees que me siento cuando me prometes una vida de compromiso y le compras joyas a otra mujer?

Elan volvió a reírse a carcajadas.

—Vaya, ¡una gata celosa! En cualquier momento tendré arañazos en el pecho. Sara, eres la mujer más maravillosa del mundo.

—Y tú eres... —buscó palabras—. ¡Un cerdo!

Elan volvió a reírse, ¡encantado!, se pasó una mano por el rostro y luego por el pelo revuelto, risueño.

Sara estaba a punto de soltarle un tortazo Elan debió notar que estaba perdiendo los papeles, porque se puso más serio.

—Encargué las joyas para ti.

A ella se le heló la sangre en las venas. Él mentía.

—No te creo. Yo no vivo en las vegas.

—No —titubeó—. Pero la coordinadora que contraté para ocuparse de la boda sí. Quería ver las joyas para elegir un vestido que las complementara. Veo que mi subterfugio se ha vuelto en contra mía.

—¿Nuestra boda? —Sara se sentía incapaz de procesar la información. Parpadeó.

—Sara, espérame —pidió Elan con una sonrisa avergonzada. Salió de la habitación.

Ella volvió a la chaise longue a pata coja, le dolía el tobillo. Él había seguido adelante con la planificación de la boda, aunque lo había rechazado.

Debería sentirse furiosa. Su arrogancia no tenía límites. Sin embargo, la idea de que le comprara tesoros y vestidos con el fin de hacerla su esposa le provocaba un emocionante cosquilleo.

Él regresó con las manos tras la espalda, risueño.

—Sara, me gustaría ofrecerte un pequeño regalo que ha originado cierta confusión. Llegó de las vegas esta mañana, con otras cosas para nuestra boda.

Mostró las palmas de sus manos. Un lío de joyas destelló con el sol que entraba por la claraboya. Alzó una con el dedo y el pulgar. Una ristra de diamantes engarzados con una filigrana de hilos metálicos.

—¿Puedo ponértelo?

—Hum, bueno —aceptó ella. Tragó saliva. Era obvio que él se

había esforzado.

Se sentó frente a ella y colocó el collar alrededor de su cuello. El roce de sus antebrazos en los hombros cosquilleó la piel de Sara.

—La belleza del diseño mejora con el encanto de la mujer que lo luce —dijo él, satisfecho, tras examinar el resultado—. Iré a por un espejo.

Regresó con uno instantes después.

—Oh, dios mío —delicados hilos de metal pálido, tal vez platino, flotaban entre diamantes de talla perfecta, tejiendo un intrincado patrón que parecía moderno y ancestral a un tiempo.

Las gemas iluminaban su piel y recogían las chispas de sus ojos.

—Deja que te ponga la pulsera.

Ella le ofreció la muñeca y la impresionó la facilidad con que sus enormes dedos controlaban el cierre.

—No compré pendientes porque he notado que no llevas. Tus preciosas orejas no necesitan adornos —se inclinó hacia ella y succionó el lóbulo de una de ellas.

—Yo... No sé qué decir —llevó la mano al collar. Sesenta mil dólares en joyas. Para ella —son una sencilla muestra de mi afecto. Una mujer brillante y bella como tú se merece regalos más impresionantes y significativos que unos brillantes.

Agarró su mano temblorosa. El cuerpo de ella reaccionó al contacto, calentándose y estirándose hacia él, con los pezones erectos. Él alzó su barbilla hasta que lo miró a los ojos.

—Eres mi Sara —dijo.

—Creo que sí lo soy —sonó tan sorprendida como se sentía. Lágrimas inesperadas le quemaron la garganta, y se mordió el labio para contenerlas.

Él se acercó más. Sus bocas se encontraron con la fuerza de un imán.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rodeó su cuello con los brazos. Dio la bienvenida a su lengua, introdujo los dedos entre su cabello y los clavó en los duros músculos de sus hombros.

Sus pechos, pesados y sensibles, anhelaban sus caricias. Él obedeció a la llamada, quitándole

EL sujetador y tomándolos en sus manos. Sus pezones se tensaron de placer cuando los ásperos dedos los frotaron delicadamente.

Gimió al sentir su lengua en los dientes y la suave piel interior de sus labios. Besó su barbilla y luego dibujó un camino de besos en su vientre.

Le quitó los pantalones y posó la boca en el vello suave de su entrepierna. La acarició con la lengua y ella dio un bote, sus neuronas se dispararon cuando él prendió la mecha de lo que

prometía ser todo un despliegue de fuegos artificiales.

Enterró el rostro entre sus piernas y lamió y chupó, absorbiendo sus jugos con la boca. Los pechos y el vientre de Sara se estremecieron mientras él la llevaba a nuevas cumbres de sensación. Lo arañó mientras se debatía bajo su fiera caricia.

Y los fuegos artificiales se dispararon, llevándola al frenesí mientras su piel siseaba con el calor de la pasión. Cada centímetro de su cuerpo se sentía vivo y jubiloso, maravillado de hacer el amor con Elan.

Las semanas de deseo, de control, se disiparon como un recuerdo lejano, mientras se entregaba al hombre al que amaba. Todo su ser deseaba unirse a él, compartirlo todo, cada aspecto de su vida, de sí misma y de su amor.

Un último destello la recorrió, dejándola sin aliento, temblorosa y latiendo de éxtasis. En brazos del hombre que había sitiado y ganado su corazón, la inundó la paz. Lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho. No podía imaginarse en otro sitio más que allí, con ese hombre.

Se tendió a su lado y cubrió su pelo y su rostro con tiernos besos. Después se acurrucó contra ella y puso la mano en su cintura, como si la reclamara a ella y al bebé de ambos.

—Somos buenos juntos, tú y yo —la miró fijamente. Sus ojos oscuros brillaban maravillados. Tentativamente, ella puso la mano sobre la de él, y él le dio la vuelta y la rodeó con los dedos. —Hacemos buena pareja en los negocios —dijo él con voz grave y aterciopelada—, y en el dormitorio.

—No estamos en el dormitorio —apuntó ella.

—Ah, Sara, eres un soplo de vida para mí —Elan rió en su oído —. Y tienes razón. Nunca hemos estado juntos en un dormitorio. Pero eso puede arreglarse.

Deslizó sus poderosos brazos bajo ella y la levantó. Por primera vez, ella no sintió deseos de resistirse, mientras la llevaba por el fresco pasillo hacia una doble puerta de roble.

—El dormitorio espera, mi lady.

—Gracias, mi lord.

Elan abrió la puerta con el codo, y Sara se enfrentó al dormitorio más bonito que había visto en su vida. Todo era blanco: el suelo de mármol travertino, las paredes encaladas, y una enorme cama con dosel y cortinas de gasa que flotaban en la brisa.

Una pared de ventanas mostraba el desierto como un gigantesco y colorido óleo, que iba del ocre de la tierra al azul índigo del cielo despejado. él la depositó cuidadosamente en las níveas sábanas de satén.

—Es tan... blanco.

—Podemos cambiarlo como quieras.

—Me encanta. Nunca había visto nada igual.

—Es práctico en verano. En mi país sabemos que el blanco es el color más fresco.

—¿Deseas alguna vez regresar a Omán?

—Sí —sus ojos chispearon—. Para enseñártelo, te gustará. Del calor y las tormentas de aire del desierto, a las playas y los tranquilos mares de la costa, es un estudio de contrastes que me recuerda a alguien —sonrió—. Es muy bonito, pero éste es mi hogar.

«Y tú mi mujer». No lo dijo, pero sus ojos la reclamaron, recorriendo su rostro, su cuello, sus pechos y su vientre, hasta llegar a las piernas. Sara contuvo un temblor, tenía la extraña sensación de estar siendo tomada a la fuerza, con una simple mirada.

La sobrecogía su reacción a Elan. Los unía un vínculo tan poderoso e incontrolable que daba miedo.

—¿Sara? —Elan agarró sus dedos y se los llevó a los labios, entreabriéndolos para dar un beso. La miró a los ojos con tanta intensidad, que la dejó sin aliento—. ¿Serás mi esposa?

Capítulo Once

—Sí.

Era la única respuesta posible. Cada célula de su cuerpo la exclamó con alivio.

Elan metió la mano en el bolsillo del vaquero y sacó una última joya del juego. El anillo.

Un diamante solitario en un engarce exquisito.

Ella intentó controlar el temblor de su mano mientras le ponía el anillo en el dedo. Sintió una corriente de emociones cuando él besó su boca. Se entregó a él por completo; todas sus dudas y miedos se evaporaron en el ardor del beso. El bebé se movió en su vientre, acomodándose entre ellos, cuando se tumbaron en la cama para pasar la mañana abrazados.

Sara se removió inquieta en la chaise longue de cuero, hojeando un libro mientras el sol de mediodía iluminaba la claraboya que había sobre ella.

Elan entró como el siroco del desierto, pero en vez de los habituales vaqueros gastados, llevaba un elegante traje oscuro, camisa blanca y corbata a rayas rojas. Su uniforme de «jefe».

—¿Vas a la oficina? —sara se enderezó y dejó el libro a un lado —. Iré contigo. Estoy lista para reincorporarme al trabajo —tres días de aire acondicionado, lujos y caprichos ya le parecían demasiados.

—No hace falta —sonrió él—. He mantenido todas las reuniones del día por videoconferencia, desde mi despacho.

—Ah.

—Y he dado nuestra noticia —añadió, sonriente y emocionado.

—¿Has dicho al personal de oficina que vamos a casarnos? —sintió un inesperado pinchazo de miedo.

—Y que vamos a tener un hijo.

—Dios, es tan... súbito —el bebé dio una patada y se puso una mano en el vientre para tranquilizarlo.

—¿No quieres compartir nuestro júbilo con el mundo? —preguntó él, alzando la barbilla.

—Sí, pero... —pero, ¿qué?—. Tal vez habría sido agradable comunicárselo a la gente juntos.

—Tienes razón —Elan frunció los labios y asintió—. A partir de ahora haremos muchas cosas juntos. Pero necesitas descansar. Estás recuperándote.

—La pierna apenas me duele ya.

—Excelente. ¿Y tu precioso trasero?

—Creo que todos esos besos tenían poderes curativos mágicos —sonrió ella.

—Tal vez esta noche te dé más «medicina», pero ahora tengo una cita. He pedido la licencia y hablado con un juez de paz para que celebre la ceremonia.

—¿Qué? —su estómago se encogió con una nueva oleada de aprensión.

—Debemos casarnos de inmediato. Ya eres mi esposa en muchos sentidos, pero quiero que lo seas ante el mundo —agarró una de sus manos—. Será una ceremonia sencilla: tú, yo, el juez y Olga, mi cocinera como testigo La coordinadora de boda ha contratado a un buen fotógrafo que registrará el evento.

—Pero yo… —a Sara le dejó sin habla que lo hubiera organizado todo sin consultarla. Liberó su mano.

—¿Qué, cariño?

—Siempre he deseado una boda, grande —las lágrimas le quemaban los ojos—. Con toda mi familia. Mis hermanos y hermanas. Quería que mi hermano mayor me entregara; se llama Derek —lo miró y parpadeó—. Ni siquiera sabes los nombres de mis hermanos y hermanas. Quiero que todos te conozcan.

—Habrá tiempo para eso después. Estoy deseando conocer a tu familia. Los traeremos a todos aquí, de visita. Podríamos celebrar una gran fiesta después de que nazca el bebé.

Ella se dio cuenta de que ni siquiera había llamado a su familia para decirles que iba a casarse. Elan la había envuelto en un capullo de confort tal que el mundo exterior, incluida su adorada familia, parecía estar a años luz, casi olvidado.

—Una modista experta vendrá mañana por la tarde para probarte el vestido.

—¿El vestido? ¿El que la coordinadora eligió a juego con las joyas?

—Exacto.

Él puso las manos a ambos lados de su vientre. Después inclinó la cabeza y lo besó con tanta ternura, que ella sintió un júbilo irracional.

Apoyó la mejilla encima de su ombligo, apretando la oreja contra su piel, como si escuchara al bebé.

—Quiero darle mi apellido a nuestro hijo —alzó la cabeza y la miró con ojos brillantes—. Y anhelo que tú lleves mi apellido, que seas mía para siempre.

El corazón de Sara volvió a henchirse de júbilo, pero esa vez también sintió cierta ansiedad. Todo iba muy deprisa, y ella no

tenía control sobre nada.

—Dejé varias cosas a medias en la oficina. Necesito ir y organizar algunos archivos para poder trabajar desde aquí.

—Sara —Elan rió y se puso en pie—. Vas a ser mi esposa, no necesitarás trabajar para ganarte la vida. No te faltará de nada.

—Pero me gusta trabajar, tengo deudas que pagar, deudas enormes —lo miró con cautela, preguntándose cómo reaccionaría.

—Ya no tienes deudas —agitó la mano en el aire.

—¿Qué? ¿Las has pagado?

El asintió.

—¿Cómo sabías...?

—Tengo mis recursos —se dio un golpecito en la nariz—. Ya no tendrás que preocuparte del dinero. Descansa, cariño, para andar sin problemas la semana que viene, en nuestra boda —la besó en la mejilla.

El mero contacto de sus labios caldeó la sangre de Sara. Cuando él se apartó, se llevó la mano a la mejilla, le ardía la piel. Sus senos y pezones se tensaron anhelando, como siempre, su caricia. Intentó retomar el control de sus sentidos, y de su vida.

—Quiero hacer mi trabajo. Quiero tener una carrera, soy ambiciosa, he trabajado mucho...

Elan se inclinó hacia ella y lamió su boca mientras hablaba, borrando sus palabras y pensamientos. Llevó la mano izquierda a su pecho y le acarició un pezón mientras ponía la mano derecha tras su nuca.

Introdujo la lengua en su boca, y ella contuvo un gemido de placer.

Él deslizó la mano de su cintura a su cadera y tiró de los pantalones y las bragas a la vez, bajándolos y obligándola a tumbarse en la chaise longue.

El cuerpo de ella se derritió como cera cuando sus dedos la penetraron mientras exploraba su boca con la lengua. Gimió de placer. Se estremeció cuando él la controló con sus dedos y su boca, llevándola más allá del límite de la razón, a un mundo distinto en el que ella sólo deseaba entregarse, sin negarle nada.

Después, temblorosa e impotente tras su clímax, Elan le subió los pantalones y la besó en los labios.

—Tengo asuntos legales en la ciudad, mi Sara. Volveré pronto —sonrió con confianza y le dedicó una última y larga mirada antes de darse la vuelta y salir.

«Mi Sara».

Las palabras reverberaron en sus oídos, mientras, saciada, seguía tumbada. Elan era un huracán que la alzaba en vilo y la arrastraba

con su pasión. Sin fuerza ni voluntad, rendida al puro placer que la hacía flotar, se quedó dormida.

Se despertó de golpe y sacudió la cabeza para borrar las feas imágenes de su pesadilla. Ella, cubierta de pintura dorada, sudando bajo el sol del desierto.

—Estás preciosa —murmuraba la gente al pasar.

«No puedo respirar», intentaba gritar, sin éxito.

Recordó un artículo que había leído sobre la filmación de la película goldfinger. Cuando pintaban a la actriz de color dorado, tenían que dejar una zona grande sin pintar, para que no se sofocara.

—¡Me estoy ahogando! —gritaba, por fin.

No sabía cuánto tiempo había dormido, ni siquiera sabía qué día era. Creía llevar allí tres días, pero tal vez fueran más.

Elan se había apoderado de su vida y la había pintado de oro. Al comprenderlo se levantó de golpe y su tobillo herido le recordó su existencia. Pero casi estaba curado, no había razón para estar allí tumbada, como un cerdo al que engordaran para el matadero.

Vio un avance de la película en la que podía convertirse su vida. Una existencia en la que todos sus deseos fueran satisfechos, donde no le faltaría nada... excepto Elan.

La asustaba el poder que tenía sobre ella. Que pudiera silenciar sus protestas con su boca, e invadir su cuerpo provocándole un placer que le robaba todo atisbo de racionalidad. Que pudiera quitarle su vida y encerrarla en un paraíso, incluso pagar todo lo que debía para dejarla en deuda permanente con él.

No podía vivir así.

Preguntándose si había regresado, fue descalza hasta la puerta que daba al pasillo.

—¿Elan?

Tenía que decirle que era propietaria de su vida, que necesitaba tomar sus propias decisiones, perseguir sus objetivos profesionales y hacerse camino. De otra manera no sería una persona completa ni una buena madre para su hijo.

—¿Elan? —pensó que no debía haber regresado.

Llevaba tres días encerrada. Recorrió el largo pasillo, abrió la puerta trasera y salió a inhalar el cálido aire del desierto. Y vio algo que la dejó sin aire.

Su bicicleta. Más bien lo que quedaba de ella.

Se acercó cojeando al montón de metal. Las ruedas sin cámara, la cadena colgando, el marco de la bicicleta en el suelo, boca abajo. Se le puso la carne de gallina al ver que habían arrancado la tapicería acolchada del sillín. El accidente no podía haber dañado la bicicleta hasta ese punto. Entre las piezas había una llave inglesa

y un trapo grasiento.

Habían desmontado su bicicleta a propósito.

Se preguntó cómo había llegado hasta allí. Elan era un hombre que lo controlaba todo. Odiaba la bicicleta, y la había destrozado. El último símbolo de su libertad e independencia era un amasijo inservible.

—¡No! —la protesta emergió como un aullido de angustia que reverberó en el desierto y rebotó en las paredes de la casa. Pero no había nadie que lo oyera.

Allí no tenía familia, ni amigos. Sólo a Elan.

«Nunca me ha dicho que me quiere», pensó. La quería como esposa, eso sí, pero no era lo mismo. Cuando se cansara de ella, no tendría nada ni a nadie. Igual que su madre, atrapada por la culpabilidad, la obligación y la tradición; sin recursos para escapar.

«Tengo que salir de aquí», se dijo. Le costaba respirar. Miró el horizonte. La bicicleta era irreparable. Volvió a la casa para llamar y pedir un taxi. Dio la dirección del rancho a la operadora. Después buscó su mochila que, por suerte, aún contenía su cartera y el traje que había dentro cuando tuvo el accidente.

El taxi tenía que venir desde muy lejos, y rezó para que llegara antes que Elan. Él no la dejaría irse sin discutir, y sabía que no tenía fuerzas para resistirse a él. Una mirada y caería en sus brazos, olvidando todo lo demás.

«Se doblegará a mi voluntad. Es cuestión de tiempo». Recordó las palabras de Elan al hablar de la yegua que intentaba domar. *«La alimento, la cuido y la protejo del sol. Aprenderá que todo eso tiene un precio, y a pagarlo».*

El precio era demasiado alto.

Una lágrima surcó su mejilla mientras se quitaba el anillo del dedo. Lo dejó, con el resto de las joyas, en la mesa de la cocina y le escribió a Elan una carta en la que intentó ser lo más honesta posible. Él se merecía eso por lo menos. Le dijo que esperaba que, en el futuro, llegaran a un acuerdo para que pudiera ver a su hijo. Pero que antes necesitaba tiempo para olvidarlo. Mucho tiempo.

Oyó el ronroneo de un motor y fue a la ventana. Por fortuna, era el taxi. Tendría tiempo de llegar al único tren diario con destino en Chicago.

Dejó la carta en la mesa, agarró la mochila y salió tan rápido como le permitía su tobillo dolorido.

—A la estación de tren, por favor —la estación estaba cerca de su apartamento, pero no se atrevía a ir allí. Elan podría encontrarla. Sylvia, su vecina, embalaría sus escasas posesiones y las enviaría a Wisconsin si le ofrecía doscientos dólares. Dinero bien empleado si le devolvía su libertad. Y también devolvería a Elan cada centavo

de las deudas que había cancelado, tardara lo que tardara.

No miró hacia atrás mientras el taxi iba hacia la carretera. Ver la preciosa casa que podría haber sido su hogar podría haber minado su resolución.

Era mejor no pensarlo y huir mientras pudiera. Ya tendría tiempo de llorar después.

En la estación paseó de un lado a otro, esperando al tren. El tobillo le dolía, y el bebé estaba muy activo, pateando y moviéndose sin descanso. Supuso que eran los nervios y la súbita descarga de adrenalina lo que lo había convertido en un torbellino.

Deseó que el tren llegara antes de que pudiera cambiar de opinión.

No quería pensar en él, ni siquiera recordar su nombre. Pero no dejaba de recordar cosas: el vello negro que salpicaba el dorso de sus poderosas manos, las orejas, pequeñas y delicadas, sobre el ancho y musculoso cuello, su forma de mesarse el cabello mientras pensaba...

¡No!

Por fin llegó el tren y encontró un asiento en el último vagón. Apretó los puños. Saldría adelante. Siempre lo había hecho.

—¡Mi Sara! —Elan abrió la puerta y dejó la chaqueta en una silla. Había tardado más de lo esperado en preparar los documentos y añadir el nombre de Sara a sus cuentas bancarias e inversiones. Estaba deseando perderse entre sus brazos.

Abrió la puerta de la salita despacio. No quería despertarla si dormía. Pero allí no estaba.

—¡Sara! —llamó. Su voz hizo eco y se preguntó dónde estaba.

Fue a la cocina. Pero estaba vacía, como el comedor, el salón y su dormitorio... No estaba en casa. Antes no había sido vulnerable a la posibilidad de un secuestro, porque no tenía a nadie a su cargo. Pero había hablado de su boda inminente con Sara por toda la ciudad; quizá había puesto su vida en peligro y había sido abducida.

Agarraba el teléfono de la cocina para llamar a la policía cuando vio una hoja doblada en la mesa de granito. Junto a los diamantes que le había regalado.

Dejó el teléfono y abrió el papel.

Querido Elan:

Me temo que no puedo casarme contigo... El resto se emborronó ante sus ojos mientras buscaba una mención de su

destino.

Hoy volveré a Wisconsin. Por favor; no me sigas. Te llamaré cuando esté preparada para hacerlo.

El tren. Había un tren a Chicago, que no quedaba lejos de su estado natal. Sabía que no podía conducir con el tobillo malherido y dudaba que hubiera elegido un avión, dado su miedo a volar.

Agarró las llaves, montó en su coche y se lanzó desierto a través a toda velocidad. Comprendió de repente que no conocía el destino exacto de ella. Sabía que sus deudas eran con un banco de Milwaukee, el detective que había contratado se lo había dicho. Pero no sabía si era originaria de esa ciudad. Ni siquiera conocía los nombres de sus parientes. y temía que si ella se iba, no la recuperaría nunca.

Había un tren diario, a las cuatro y media. Eran las cuatro y veintidós. Pisó el acelerador a fondo. Llegó a la ciudad y perdió unos segundos preciosos parado ante un semáforo.

Las cuatro y veintinueve.

Arrancó de nuevo y llegó a la estación justo cuando el tren se ponía en marcha. Iba muy despacio, pero se iba sin él.

Siguió la carretera hasta que se acabó el asfalto y se convirtió en un camino de arena. Adelantó al tren, condujo un kilómetro más, bajó del coche y corrió junto a la vía.

Volvió la cabeza y vio al tren acercarse. Tenía una oportunidad. Siguió corriendo, mirando hacia atrás y ubicando las barras metálicas que había a los lados de las puertas. Serían su punto de apoyo.

El primer vagón lo alcanzó. Él aceleró el ritmo y, cuando la barra pasaba a su lado, la aferró y saltó sobre los escalones. Abrió la pesada puerta con esfuerzo y se lanzó hacia dentro.

La inercia lo lanzó de rodillas contra el suelo, y se quedó a gatas un momento, recuperando el aliento y disfrutando de un intenso alivio.

La gente lo miraba cuando se puso en pie.

Escrutó los asientos, buscando el cabello claro de Sara entre los pasajeros, sin verlo. Abrió la puerta de conexión al siguiente vagón y entró.

Siguió escrutando rostros, atenazado por la ansiedad. Cuando pasó al vagón siguiente, el sudor chorreaba por su espalda y tenía el corazón desbocado.

Vio una cabeza rubia y pensó que la había encontrado, pero no era ella.

En el tercer vagón sólo había un pasajero, un hombre mayor. Sólo quedaba un vagón. Si Elan se había equivocado y no estaba en

el tren...

Pero sí estaba.

La reconoció de inmediato. Estaba al final del pasillo, de espaldas a él, mirando por la ventanilla trasera del tren.

—¡Sara!

Ella giró en redondo, sobresaltada por el grito de júbilo. Él corrió hacia ella, rebosante de alivio, y agarró su muñeca cuando llegó a su lado.

—¿Por qué me has dejado? —preguntó.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas que pronto surcaron sus mejillas. Verlas le rompió el corazón.

—No llores, mi Sara. No hay problema que no podamos resolver juntos —besó su mano con emoción. La posibilidad de perder a Sara casi le había hecho perder la cordura—. Gracias al cielo que te he encontrado. Podemos bajar en la siguiente estación y volver a casa en un taxi.

Ella lo miró y arrugó la frente, perpleja.

—No puedo.

Las palabras emergieron como un sollozo. Diez segundos antes había arañado la ventana, diciendo su nombre entre dientes. Quería quedarse con él, al precio que fuera. Lo amaba y lo necesitaba más que a su independencia y a su orgullo.

Pero en ese momento, mientras él agarraba su mano, clavaba los ojos negros en ella y le daba otra orden, sólo tuvo un impulso: resistirse.

—No puedes dejarme —el rostro de Elan estaba convulso de emoción.

—Puedo —susurró ella, bajando los ojos para no ver su dolor—. Debo hacerlo.

—Pero ¿por qué?

—¿Leíste mi carta? —le preguntó con voz queda.

—Decías que no podías casarte conmigo y que te ibas hoy... no tuve tiempo de leer el resto — soltó su mano y rebuscó en sus bolsillos—. No la llevo encima.

Sara emitió un sonido mezcla de sollozo y risa.

—¡Ni siquiera la leíste! —movió la cabeza—. Ni siquiera te importaba lo que dijera. Sólo sabías que tenías que seguirme, fueran cuales fueran mis deseos.

—Yo... Yo... —abrió las manos con gesto suplicante—. No podía dejarte marchar.

—De eso se trata —su voz sonó aguda y desesperada—. No podías dejarme tú tienes la razón, en tu cabeza siempre la tienes. Sabía que tenías que casarte conmigo y no te rendiste hasta que dije

que sí. Y cuando consentí me quitaste mi vida de las manos y la sustituiste con otra sin preguntar siquiera qué quería yo. Soy una persona, Elan, te guste o no, y no voy a convertirme en tu posesión mimada, encerrada en una jaula de oro, mientras tú vuelas libre.

Hizo una pausa para tomar aire.

Los labios de él se movieron, sin duda para protestar, pero no lo hizo. La miró en silencio.

—Te amo, Sara —dijo al fin. Las palabras no sonaron a exigencia ni a orden. Fueron suaves, una disculpa, un ofrecimiento —. Simplemente, te amo.

El corazón de ella se estremeció. La quería. Deseó lanzarse a sus brazos, pero ganó su cautela.

—Yo también te amo, Elan —susurró ella—. Pero a veces ni siquiera basta con el amor —apretó los párpados para evitar nuevas lágrimas.

—Eres mi esposa, lo sabes, no necesitamos un papel o un vestido bonito. Nuestro matrimonio está escrito en las estrellas.

Mientras lo decía, ella vio que apretaba las manos para no agarrarla. Sintió el deseo de tocarlo, abrazarlo y tranquilizarlo.

—Si no quieres casarte conmigo, lo aceptaré —alzó la barbilla y sus ojos brillaron de dolor y desafío. Después su mirada se suavizó —. Pero vive conmigo, sé mi compañera, comparte mi vida. No intentaré controlarte, sólo amarte, a ti y a nuestro hijo.

Sara empezó a temblar. Todos los átomos de su cuerpo vibraban con un anhelo tan intenso, que dolía. «Te amo», gritó su cuerpo. Se preguntó si sería bastante con eso, si se atrevía a correr el riesgo.

—Has entrado en mi casa vacía, en mi corazón vacío, y los has llenado de amor —abrió las palmas de las manos, ofreciéndose—. Nuestro amor es un don precioso, y ha creado un hijo. Ven a casa conmigo.

Esas palabras la relajaron y estuvo a punto de rendirse a sus brazos. Pero su cerebro lanzaba señales de alarma y luces de advertencia.

—¿Qué pasó con mi bicicleta? ¿La destrozaste tú?

—Sí —admitió él.

—¿Destrozaste a propósito mi único medio de transporte? —las alarmas sonaron aún más fuertes.

—Se rompió en el accidente. Y sabes que te había comprado un coche —se pasó la mano por el pelo—. La verdad, el accidente me asustó mucho. Temí perderte —hizo una pausa—. Desahogué mis emociones con tu bicicleta. No debería haberlo hecho, y te pido disculpas. Te compraré una nueva.

La contrición de sus ojos y de su expresión oprimió el corazón de Sara. Se preguntó si lo lamentaba de verdad. Inspiró con fuerza.

—Yo me compraré una bicicleta nueva.

—Sí —los ojos de él brillaron—. O, mejor aún, podemos comprarla juntos. No te impediré que vivas como quieres. Estaré a tu lado, en todo.

—¿Y la oficina? Quiero trabajar —afirmó ella. Él debía de estar notando que derrumbaba sus barreras.

—Desde luego. Compartiremos la junta directiva… —el brillo de sus ojos se convirtió en una chispa—, además del dormitorio. Criaremos juntos a nuestro hijo y dirigiremos juntos nuestra empresa. Un auténtico matrimonio igualitario.

Ella, aunque deseaba decir «sí» y abrazarlo, seguía teniendo dudas y miedos.

—Elan, ni tú ni yo sabemos lo que es un matrimonio feliz. Nuestros padres se destrozaron entre ellos, ¿cómo podemos evitar ese legado?

—Crearemos uno nuevo, uno que no se base en patrones gastados que nos limiten. Ya has demostrado que eres lo bastante fuerte para estar a mi lado y para enfrentarte a mí. Rompamos el molde antiguo.

Le ofreció una mano, con la palma hacia arriba. Sara la contempló. Afirmó los pies contra el traqueteo del tren y de repente su mano estuvo en la de Elan, cuando lo agarró para equilibrarse.

Él cerró los dedos sobre los suyos, y ella se estremeció por la tranquilidad y apoyo que le daba esa mano. Tuvo la sensación de que sus destinos se fundían y convertían en uno solo. Entre ellos fluyó una corriente de amor y energía positiva tan intensa, que podría durar toda una vida.

—Ven a casa conmigo —susurró ella, resuelta—. Ven a Wisconsin y conoce a mi familia. Hagamos juntos este viaje y descubre quién soy.

Los ojos de Elan se agrandaron de sorpresa. Entreabrió los labios y sus rasgos de suavizaron.

—Sí —afirmó—. Iremos juntos —esbozó una sonrisa—. Viajaré contigo a donde quieras llevarme, Sara.

Apretó su mano, y ella sonrió, radiante. Se lanzaron el uno sobre el otro, en un revoltijo de brazos y piernas deseosos de acortar distancias. Se besaron.

El cuerpo de ella se derritió al sentir su lengua en la boca. Enterró las manos en su camisa, intentando sentir la piel caliente y viva que había debajo.

Soltó una exclamación al comprender que el tren empezaba a detenerse. Elan abrió los ojos. Tenía las pupilas dilatas y la mirada nublada por el deseo.

—¿Qué?

—La estación.

Riendo, fueron hacia los asientos más cercanos.

—No tengo billete —confesó Elan—. Ni siquiera llevo mi cartera.

—No te preocupes, yo cuidaré de ti —dijo ella, metiendo la mano en la mochila.

Él se recostó en el asiento con una sonrisa satisfecha y las manos detrás de la cabeza.

—Cuida de mí, mi Sara, y yo cuidaré de ti.

—Será un placer.

Epílogo

Nueve meses después, Club Lían;
Seminee, Wisconsin

—¡Está encantador con esmoquin! —Erin acarició la barbilla del bebé—. No sé cómo habéis encontrado uno tan diminuto.

—¿Encontrarlo? ¿Bromeas? Elan se lo encargó a su sastre de Londres —soltó una risita.

—Estás preciosa —su hermana se mordió el labio.

—¡No empieces a llorar otra vez!

—Es que me alegro tanto por ti, y por Elan. Me cuesta creer que sólo lo conozcamos desde hace unos meses. Ya me parece parte de la familia.

—Él siente lo mismo. Y conoceros ha despertado su instinto familiar. Ya lo has visto con sus hermanos esta semana. Es como si ya... No temiera encariñarse de la gente —Sara se emocionó.

Los tres hermanos se demostraban tanto afecto, que era increíble, y triste, que hubieran estado distanciados.

—Hablando de sus hermanos... —Erin se abanicó con la mano —. ¡Están de miedo!

—Olvídate de Quasar; es un notorio playboy —susurró Sara, mirando al conquistador de ojos azules, rodeado, como siempre, de jovencitas embobadas.

—Lo haré. Eso no me va —Erin le guiñó un ojo—.¿Qué me dices de Salim? Parece tan... Digno. Como si necesitara a alguien que lo alegrara un poco.

—Difícil, supongo. Heredó el negocio familiar y las responsabilidades que conlleva cuando era muy joven. Elan dice que nunca ha podido olvidar a su novia de la universidad.

—Lástima. Yo podría ayudarlo —Erin enarcó una ceja—. Pero no sé si me gustaría trasladarme a Omán.

—¡Ni se te ocurra! Esperamos que vengas a Nevada. Elan imagina a toda la familia reunida a diario.

—¿En serio? Entonces seguirá intentando convencernos para que nos traslademos allí, ¿verdad?

—Sí. Elan no se rinde hasta que consigue lo que quiere. Lo sé de primera mano.

—Bueno, tal vez me guste el aire del desierto. Y la oferta de trabajo es muy tentadora. ¿Crees que tengo lo que hace falta para ser planificadora de eventos?

—Sin duda —Sara apretó el brazo de su hermana—. Si yo puedo ser vicepresidenta de desarrollo, tú puedes planificar eventos. Estás

sola a cargo de tu familia, y no hay reto mayor que ése. Y los niños lo pasarán de miedo en la nueva guardería.

—Eres tan peligrosa como él —Erin estrechó los ojos y miró por encima del hombro de Sara.

—Es peor —la voz de Elan cosquilleó la oreja de Sara. Rodeó su cintura desde atrás, y ella suspiró, feliz—. Pero piensa en lo bien que estarán los niños en un clima sano, jugando al aire libre todo el año.

—Ya he oído el mensaje comercial —Erin le guiñó un ojo y se puso a Ben sobre el hombro.

—Espero que Ben no babee sobre tu bonito vestido —Sara se volvió hacia Elan—. ¿Dónde está Derek? ¿Tiene los anillos? —anhelaba que empezase la boda.

—Salim tiene los anillos, mi Sara. Es el padrino. Tu hermano te llevará hasta el altar, acuérdate.

—Lo sé —sonrió ella—. Es sólo que estoy tan...

—¿Feliz? —Elan se situó delante de ella.

—Sí. Feliz —se mordió el labio—. Estoy deseando convertirme en tu esposa.

—Y yo en tu marido —besó su mejilla. Ella sintió el ardor de sus labios, que no dejaba de sorprenderla. Elan la miró con ojos brillantes y le quitó a Erin el bebé. Apartó el pelo oscuro de su diminuta frente y lo apoyó contra su hombro.

—No hay prisa. Pasaremos juntos el resto de nuestra vida, y pienso disfrutar de cada glorioso segundo —se inclinó hacia su oído—. Pero confieso que anhelo disfrutar de los placeres de nuestra noche de bodas.

El cuerpo de Sara se acaloró bajo el virginal vestido de novia, y sus pezones se tensaron.

—Ni se te ocurra tocarme hasta después de la ceremonia. Sabes que no soy de esa clase de chicas.

Todos se echaron a reír, y el pequeño Ben los sorprendió emitiendo su primera y maravillosa risita.

Fin